



# Laicos Hoy

*Colección de estudios  
editada por el Consejo Pontificio para los Laicos*

PONTIFICIUM CONSILIUM PRO LAICIS

# Redescubrir la Eucaristía



LIBRERIA EDITRICE VATICANA  
2005

Portada: *La Cena*  
Sassetta (1392-1451)  
Siena, Pinacoteca (Cliché Grassi)

© Copyright 2005 - Libreria Editrice Vaticana - 00120 Città del Vaticano  
Tel. (06) 698.85003 - Fax (06) 698.84716

ISBN 88-209-7735-4

[www.libreriaeditricevaticana.com](http://www.libreriaeditricevaticana.com)

## PRÓLOGO

Con gran alegría presento las Actas de la vigésima Asamblea plenaria del Consejo Pontificio para los Laicos sobre el tema «Es necesario seguir caminando “volviendo a partir” de Cristo, es decir de la Eucaristía»,<sup>1</sup> cuyos trabajos se desarrollaron en Roma del 21 al 23 de noviembre de 2002, cuando era Presidente del Dicasterio, concluyendo el ciclo de las Plenarias dedicadas a los Sacramentos de la iniciación cristiana.

Bautismo, Confirmación y Eucaristía son los sacramentos que constituyen la identidad misma del cristiano, que de ellos extrae forma y alimento. Por eso, para los fieles laicos, captar completamente el sentido, significa comprender cuál es la esencia de su vida, de su vocación y de su misión. La Eucaristía es la plenitud de la vida cristiana. Culminación del itinerario en el cual fuimos incorporados a Cristo y recibimos el don del Espíritu Santo que nos hace capaces de confesar la fe, la Eucaristía nos coloca delante del “escándalo” de la Encarnación. También nosotros, como los primeros discípulos de Jesús, debemos ser curados de nuestra ceguera para llegar a contemplar su gloria «gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad» (Jn 1, 14). El desafío más grande con el que nos debemos medir en nuestros días es de hecho la tendencia a vivir una fe desencarnada, una tendencia desviadora que corre el riesgo de atentar los fundamentos mismos de la Iglesia, edificada sobre la piedra angular que es Nuestro Señor Jesucristo. La identidad cristiana, que se manifiesta en la unidad entre fe y vida, se funda en el misterio mismo de la Encarnación del Señor, en donde se realiza la unidad indefectible de las dos naturalezas de Cristo, la divina y la humana. Justamente de esto brota la misión de la

<sup>1</sup> Cfr. JUAN PABLO II, *Omelia nella solennità del Santissimo Corpo e Sangue di Cristo*, “L'Osservatore Romano”, 15-16 giugno 2001, 6-7.

Iglesia de ser signo y sacramento del Verbo encarnado de Dios en el mundo. La Iglesia está constituida como *communio* para educar a los propios hijos en la fe, para que maduren una conducta ética que refleje en el mundo la santidad de la vida trinitaria.

Lo que surge con mayor evidencia del análisis de la situación actual es la crisis de identidad del bautizado laico, generada precisamente por la fractura entre fe y vida, entre Evangelio y cultura. No es casualidad que Juan Pablo II en la *Christifideles laici*, exhorte a los fieles laicos a «superar en sí mismo [tal] fractura, recomponiendo en la cotidiana actividad, en la familia, en el trabajo y en la sociedad, la unidad de una vida que encuentra en el Evangelio inspiración y fuerza para realizarse en plenitud». <sup>2</sup> Expresión por excelencia de esta correspondencia entre vida y fe en el Señor muerto y resucitado es la doxología, es decir la dimensión de la acción de gracias y de la alabanza, que constituyen como la trama de la exhortación apostólica en la cual los fieles laicos son «enviados a volver a escuchar las palabras de San Agustín: “Alegrémonos y agradezcamos: nos transformamos no sólo en cristianos, sino en Cristo... ¡Maravíllense y alégrese: nos transformamos en Cristo!”». <sup>3</sup>

La unidad de vida genera espontáneamente en los bautizados la adhesión al «llamado de Cristo para trabajar en su viña, para tomar parte viva, consciente y responsable en la misión de la Iglesia», <sup>4</sup> porque «la vida según el Espíritu se [expresa] de modo peculiar en su inserción en las realidades temporales y en su participación en las actividades terrenas». <sup>5</sup> En efecto, ellos, como afirma el Concilio, «son llamados por Dios para contribuir, casi desde dentro a modo de fermento, a la santificación del mundo mediante el ejercicio de su función propia y bajo la guía del espíritu evangélico y de este modo hacer a Cristo visible para los otros, principalmente con el testimonio de sus vidas y con el fulgor de la fe, de la esperanza y de la caridad». <sup>6</sup>

<sup>2</sup> JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Christifideles laici*, n. 34.

<sup>3</sup> *Ibid.*, n. 17.

<sup>4</sup> *Ibid.*, n. 3.

<sup>5</sup> *Ibid.*, n. 17.

<sup>6</sup> *Ibid.*, n. 15.

Cuando el Santo Padre recibió en audiencia a los participantes de la Asamblea plenaria remarcó que el lugar privilegiado de la educación de la fe es la parroquia, justamente porque en ella se articula el itinerario sacramental de la iniciación cristiana.<sup>7</sup> Por eso ya en la *Christifideles laici*, Juan Pablo II expuso la posibilidad de una «catequesis posbautismal a modo de catecumenado, volviendo a proponer algunos elementos del “Ritual de la iniciación cristiana de los adultos” para poder incorporar a la propia vida y vivir las inmensas y extraordinarias riquezas y responsabilidades del Bautismo recibido».<sup>8</sup>

Las conferencias recogidas en el presente volumen desarrollan una reflexión sobre la Eucaristía desde perspectivas diversas y complementarias. El libro comienza con una contribución mía orientada a demostrar cómo solamente a través de la recuperación ritual y teológica de los sacramentos de la iniciación cristiana, la parroquia puede adquirir un lenguaje que sea capaz de alcanzar el corazón de los discípulos de Cristo en nuestro tiempo, consolidando su identidad cada vez más amenazada por el proceso de secularización en acto. Desde su puntual *excursus* histórico, teológico y dogmático, el profesor Arturo Elberti S.I., presenta los argumentos necesarios para afrontar algunas problemáticas esenciales de la actual praxis sacramental, que frecuentemente, invirtiendo el orden, termina por desvalorizar el sentido mismo de los sacramentos de la iniciación. Su Excelencia Monseñor Francesco Pio Tamburrino, que fue Secretario de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, muestra la íntima unidad y la actualidad de las tres dimensiones de la Eucaristía – el sacrificio, la comunión y la presencia – que expresan la donación que Cristo hace de sí mismo y vuelven capaces a los cristianos de donarse a los hermanos. El profesor Matteo Calisi trata el sacerdocio común de los fieles y la obra del Espíritu Santo que hace que la Eucaristía transforme la vida de los fieles en una auténtica ofrenda de sí. Finalmente, dos exposiciones

<sup>7</sup> Cfr. JUAN PABLO II, *Discorso ai partecipanti all'Assemblea plenaria del Pontificio Consiglio per i Laici*, “L'Osservatore Romano”, 24 novembre 2002, 5.

<sup>8</sup> JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Christifideles laici*, n. 61.

sobre la Eucaristía dominical. El primero se confió a Sua Excelencia Monseñor Vincenzo Paglia, Obispo de Terni-Narni-Amelia, el cual refiriéndose a las enseñanzas y la praxis de la Iglesia en los primeros siglos, individua en la celebración del día del Señor la surgente de la identidad cristiana y además de la misma Iglesia, e indica algunas posibilidades implícitas en la celebración de la Misa que podrían ser más valorizadas. El segundo se encomendó a la señora Anouk Meyer, quien afirma que la Eucaristía dominical es el núcleo y pilar de la familia cristiana, un momento que se debe poner en el centro de la organización misma de la vida familiar. Además, compartiendo su experiencia de madre, la señora Meyer subraya la importancia de educar a los hijos para que aprendan a rezar, haciéndolos participar desde pequeños, en la medida de lo posible, en la Santa Misa.

Confiamos en que estas reflexiones ofrecidas en esta publicación susciten entre los lectores el deseo de profundizar y comprender siempre más el significado de la Eucaristía en la vida cristiana. El volumen se concluyó en concomitancia con la apertura del Año de la Eucaristía, inaugurado por el Papa el 17 de octubre de 2004 al concluir el 48° Congreso Eucarístico Internacional que se realizó en Guadalajara, México. Una feliz coincidencia para anunciar a una humanidad lacrada de la enemistad el misterio de la *comuni3n*, milagro de unidad que realiza la Eucaristía y vive la Iglesia.

JAMES FRANCIS Card. STAFFORD

## Discurso de Su Santidad Juan Pablo II a los participantes de la asamblea plenaria recibidos en audiencia el sábado 23 de noviembre de 2002

1. « **L**a gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros » (2 Co 13, 13). A todos ustedes, queridos Hermanos y Hermanas, reunidos en estos días para la vigésima Asamblea plenaria del Consejo Pontificio para los Laicos, dirijo este saludo del apóstol Pablo a los Corintios.

Saludo antes de todo al Presidente, al Señor Cardenal James Francis Stafford, al Secretario, al Subsecretario y a todos los colaboradores del Dicasterio. Saludo a ustedes, queridos Miembros y Consultores de este Consejo Pontificio, provenientes de diversos países y continentes.

Un pensamiento especial dedico a ustedes, queridos Hermanos y Hermanas, que representan las diversas experiencias de los *Christifideles laici* y prestan su servicio al sucesor de Pedro en el ámbito de las competencias de vuestro Dicasterio. Dándole a cada uno la más cordial bienvenida, deseo manifestar la más profunda gratitud por la generosa disponibilidad con la cual ustedes ofrecen su fiel y competente colaboración.

2. Los trabajos de la Asamblea plenaria se desarrollan en el 40° aniversario de la inauguración del Concilio Vaticano II, el más grande acontecimiento eclesial de nuestro tiempo, que hizo confluir en la Iglesia una vasta corriente de promoción del laicado, en el seno de la renovada conciencia de la Iglesia de ser misterio de comunión misionera. Con ocasión del Jubileo del Apostolado de los laicos en el año dos mil, invité a todos los bautizados a volver al Concilio, a retomar en las manos los documentos del Concilio Vaticano II para redescubrir la riqueza de los estímulos doctrinales y pastorales.

Como dos años atrás, hoy renuevo esta invitación a los fieles laicos.

A ellos «el Concilio abrió extraordinarias perspectivas de participación y compromiso en la misión de la Iglesia», recordándoles la peculiar participación en la función sacerdotal, profética y real de Cristo.<sup>1</sup> Volver al Concilio significa por lo tanto, colaborar en la continuación de su realización según las orientaciones trazadas en la Exhortación apostólica *Christifideles laici* y en la Carta apostólica *Novo millennio ineunte*. Hoy, es necesario que los fieles laicos, conscientes de su vocación evangélica y de la responsabilidad que en ellos deriva al ser discípulos de Cristo, testimonien la caridad y la solidaridad en todos los ámbitos de la sociedad moderna.

3. Han elegido como tema de su Asamblea: «Es necesario seguir caminando “volviendo a partir” de Cristo, es decir de la Eucaristía». Es un tema que complementa el itinerario respecto a los sacramentos de la iniciación cristiana, iniciado con la profundización del Bautismo y de la Confirmación durante las dos Plenarias precedentes. La reflexión sobre los sacramentos de la iniciación cristiana orienta naturalmente la atención hacia la parroquia, comunidad en donde estos grandes misterios se celebran. La comunidad parroquial es el corazón de la vida litúrgica; es el lugar privilegiado para la catequesis y para la educación de la fe.<sup>2</sup> En la parroquia se desarrolla el itinerario de la iniciación y de la formación de todos los cristianos. ¡Qué importante es redescubrir el valor y la importancia de la parroquia como lugar en donde se transmiten los contenidos de la tradición católica!

Muchos bautizados, incluso por el impacto de fuertes corrientes de descristianización, parece que perdieron el contacto con este patrimonio religioso. La fe es frecuentemente relegada a episodios y fragmentos de vida. Un cierto relativismo tiende a alimentar actitudes discriminatorias con respecto a los contenidos de la doctrina y de la moral católica, aceptados o rechazados sobre la base de preferencias

<sup>1</sup> Cfr. JUAN PABLO II, *Omelia nella solennità di Cristo Re, a conclusione del Congresso del laicato cattolico*, “L'Osservatore Romano”, 27-28 novembre 2000, 6-7.

<sup>2</sup> Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2226.

subjetivas y arbitrarias. Se deja de vivir la fe que se recibió como don divino, como extraordinaria oportunidad de crecimiento humano y cristiano, como acontecimiento que da sentido y lleva a una conversión de vida. Solamente una fe que hunde sus raíces en la estructura sacramental de la Iglesia, que se sacia en las fuentes de la palabra de Dios y de la tradición, que se vuelve nueva vida y renovada inteligencia de la realidad, puede capacitar a los bautizados para soportar el impacto de la cultura secularizada dominante.

4. La Eucaristía, «fuente y cumbre de toda la vida cristiana»,<sup>3</sup> completa y corona la iniciación cristiana. Ella acrecienta nuestra unión con Cristo, nos separa y preserva del pecado, refuerza los vínculos de caridad, sustenta las fuerzas a lo largo de la peregrinación de la vida, hace degustar la gloria a la que estamos destinados. Los fieles laicos, participan del oficio sacerdotal de Cristo, en la celebración eucarística entregando la propia existencia – los afectos y los sufrimientos, la vida conyugal y familiar, el trabajo y los compromisos que asumen en la sociedad – como ofrenda espiritual acepta al Padre, consagrando de este modo, el mundo a Dios.<sup>4</sup>

Iglesia y Eucaristía se compenetran en el misterio de la *communio*, milagro de unidad entre los hombres en un mundo, en donde las relaciones humanas a menudo se oscurecen incluso hasta herirse por la enemistad.

Los animo a tener siempre presente esta centralidad de la Eucaristía en la formación y en la participación en la vida de las comunidades parroquiales y diocesanas. Es importante volver a empezar siempre desde Cristo, es decir de la Eucaristía, en toda la densidad de su misterio.

5. Una oración que ayuda a profundizar el misterio de Cristo con la mirada de la Virgen, es el Rosario, que se transformó para mí y para

<sup>3</sup> CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium*, n. 11.

<sup>4</sup> Cfr. *ibid.*, n. 34.

innumerables fieles una familiar experiencia contemplativa. Confiense, queridos Hermanos y Hermanas, con esta oración a María. En su seno inmaculado se formó el cuerpo humano de aquel Jesús de Nazaret, muerto y resucitado, que nos viene a encontrar en la Eucaristía.

La Eucaristía, queridos Miembros y Consultores del Consejo Pontificio para los Laicos, Dicasterio al cual me siento particularmente ligado por haber sido uno de sus Consultores mientras era Arzobispo de Cracovia, los hará capaces de realizar su importante misión al servicio de una «madura y fecunda epifanía del laicado católico».<sup>5</sup>

Con estos sentimientos, imparto una especial Bendición Apostólica a ustedes y a sus familiares.

<sup>5</sup> JUAN PABLO II, *Udienza generale*, "L'Osservatore Romano", 25 novembre 1998, 6.

## Los sacramentos de la iniciación cristiana hoy: un desafío pastoral

Card. JAMES F. STAFFORD

Los sacramentos de la iniciación constituyen la cumbre de la pedagogía sacramental de Dios en la Iglesia. En efecto, el Dios invisible se puede percibir solamente a través de “percepciones sensibles”. En el Bautismo, en la Confirmación y en la Eucaristía, los cristianos reciben como la impronta de la vida misma de la Trinidad.

En la *Christifideles laici*, el Papa Juan Pablo II, refiriéndose al tema de la viña con el que introduce su Exhortación apostólica, escribe: «la imagen evangélica de la vid y los sarmientos nos revela otro aspecto fundamental de la vida y de la misión de los fieles laicos: *La llamada a crecer, a madurar continuamente, a dar siempre más fruto*»,<sup>1</sup> evidenciando así la vitalidad del sarmiento unido a la vid. Un poco más adelante, llama la atención sobre el fundamento trinitario de esta vitalidad, recordando que los Padres sinodales han «descrito la formación cristiana como “un continuo proceso personal de maduración en la fe y de configuración con Cristo, según la voluntad del Padre, con la guía del Espíritu Santo”».<sup>2</sup>

El Santo Padre deduce de los textos joaneos, la insigne verdad que

Originario de Baltimore (Maryland), realizó sus estudios en el Loyola College, el St. Mary's Seminary University y en la Catholic University of America de Washington D.C. En 1976 recibió el nombramiento episcopal, fue Auxiliar en Baltimore, Obispo en Memphis (Tennessee) y Arzobispo de Denver, trabajando en el campo del ecumenismo y del diálogo interreligioso.

En 1996 lo llamaron para presidir el Consejo Pontificio para los Laicos, recibiendo el nombramiento de Cardenal el 21 de febrero de 1998.

El 4 de octubre del 2003, lo nombraron Penitenciario Mayor de la Penitenciería Apostólica, es miembro de las Congregaciones para la Doctrina de la Fe, para la Causa de los Santos y para los Obispos y también miembro del Consejo Pontificio para los Textos Legislativos.

<sup>1</sup> JUAN PABLO II, Exhortación apostólica, *Christifideles laici*, n. 57.

<sup>2</sup> *Ibid.*

el Espíritu Santo es la vitalidad misma del amor del Padre y del Hijo, y el manantial de la infinita vitalidad de la Trinidad en el mundo. Él hace fructuosa la *kenosis*, la expoliación del Hijo, según la íntima naturaleza de la vida trinitaria que es el don de sí. La vida sacramental de la Iglesia es el *curriculum* mistagógico indispensable que todo bautizado debe tener. En esto, Cristo muerto y resucitado imprime y expresa lo que se puede llamar la paradoja trinitaria: la unicidad de cada ser humano dentro de una comunión de amor de personas.

Es por eso que, los tres sacramentos de la iniciación constituyen los aspectos más relevantes de la pedagogía de Dios en la parroquia. Esta es la razón por la cual, en nuestra Asamblea plenaria de octubre de 1997, estudiamos el Sacramento del Bautismo y en la Asamblea sucesiva de marzo de 1999, estudiamos el Sacramento de la Confirmación. Ahora, nos dedicaremos al Sacramento de la Eucaristía. El desafío pastoral consiste en la capacidad de afrontar la tensión que se percibe en la teología sacramental católica, entre racionalismo abstracto, esencialmente teórico y los signos concretos de los ritos basados en la narrativa simbólica bíblica. Esta tensión se percibe intensamente en la parroquia, que puede ser considerada casi la presencia institucional de Cristo en medio de su pueblo.

En 1977 no nos detuvimos en conceptos abstractos sino en el significado y la interpretación de los ritos bautismales. Fundamentalmente, tratamos de recuperar el contenido catequético de las enseñanzas de la Biblia y de las homilías de los Padres. Aquí, ofreceré algunas breves reflexiones de acuerdo a la comprensión que actualmente tengo de estos sacramentos. Intentaré aclarar cuál es el desafío pastoral de hoy, en relación a la situación concreta de la parroquia.

El Sacramento del Bautismo señala el inicio de la peregrinación espiritual de los cristianos. El Bautismo es «una iniciación mistagógica a la “forma” de Cristo crucificado, porque iniciados en la Iglesia por el Bautismo se entra en el dominio del Espíritu Santo, que educa a los creyentes para acoger a Cristo».<sup>3</sup> El rol del Espíritu

<sup>3</sup> K. MONGRAIN, *The Systematic Thought of Hans Urs von Balthasar, An Ireanaean Retrieval*, New York 2002, 116 (Tdt).

Santo en el Bautismo manifiesta que, este sacramento no es en absoluto simplemente una iniciación en una comunidad cristiana sino es sobre todo una iniciación en la íntima comunión con las Personas divinas en la Trinidad.

La parroquia podría instituir un curso de mistagogia basándose en las enseñanzas de los Padres de la Iglesia. Personalmente, recomiendo a San Cirilo, Obispo de Jerusalén en el siglo IV, por su insistencia en el realismo sacramental, si bien el uso que hace de la tipología bíblica sirve solamente para explicar el significado de los ritos, «no para asegurar la conexión entre evento de salvación y rito litúrgico».<sup>4</sup>

San Cirilo subraya cómo las acciones litúrgicas pueden actualizar el pasado que narra la Sagrada Escritura. Con las tres inmersiones en el agua bautismal, se repite en el que se bautiza el drama de la sepultura de Cristo. Eso significa que el bautizado, ahora está unido a Cristo en su muerte y resurrección bajo la guía del Espíritu Santo. Para San Cirilo, la triple inmersión en las aguas bautismales es símbolo e imitación de los tres días que Cristo estuvo en el sepulcro. Así, instruye el Obispo de Jerusalén a los bautizados acerca de su identidad:

«Con la primera inmersión en el agua, celebraron el recuerdo del primer día que Cristo pasó en el sepulcro, como con la primera inmersión confesaron la primera noche pasada en el sepulcro: como quien en la noche no ve y en cambio en el día goza de la luz, también ustedes mientras antes inmersos en la noche no veían nada, al contrario emergiendo se encontraron el pleno día».<sup>5</sup>

Las homilias mistagógicas de San Cirilo fueron proclamadas justamente en la Basílica de la Crucifixión y Resurrección de Jesús en Jerusalén. Estas homilias desarrollan y profundizan el valor sacramental de la “imitación” de Cristo simbolizada en el Sacramento del Bautismo:

<sup>4</sup> E. MAZZA, *Mystagogy*, New York 1989, 164 (Tdt).

<sup>5</sup> CIRILO DE JERUSALÉN, *Catechesi mistagogica*, 2, 4 (Tdt).

«Misterio de la muerte y del nacimiento, este agua de salvación fue para ustedes tumba y madre. [...] Para ustedes [...] el tiempo de la muerte coincide con el tiempo del nacimiento, uno solo y al mismo tiempo realizó en ustedes ambos eventos».<sup>6</sup>

Instruyendo a los nuevos bautizados, trata de la misma relación sacramental entre símbolo e imitación, diciendo:

«En sentido literal, no estamos ni verdaderamente muertos, ni verdaderamente sepultados, ni verdaderamente crucificados; la imitación imaginaria de estos acontecimientos expresa la verdadera realidad de nuestra salvación: Cristo verdaderamente crucificado, verdaderamente sepultado, verdaderamente resucitado para dispensarnos generosamente todos estos dones, porque participando en la imitación de la pasión obtuviésemos la realidad de la salvación».<sup>7</sup>

Enrico Mazza, comentando este pasaje, afirma que el Bautismo es «participación, a través de la imitación, en los verdaderos sufrimientos de Cristo». Más adelante agrega: «La finalidad de la imitación está en la pasión de Cristo y esto significa que imitándola se participa verdaderamente en ella: “se participa en sus sufrimientos a través de la imitación”».<sup>8</sup>

El Bautismo está espiritualmente asociado a la Pascua judía y a la peregrinación por el desierto de Egipto a la Tierra Prometida. Así, el Bautismo representa la travesía del gran umbral de la vida. La parroquia debería valerse de la expresividad de estos acontecimientos bíblicos fundamentales para enriquecer posteriormente la percepción que el bautizado tiene de la propia identidad y dignidad.

En el libro-entrevista *Cruzando el umbral de la Esperanza*, el Papa Juan Pablo II, subraya que el Bautismo es el momento fundamental de la identidad cristiana, porque Jesús está personalmente presente en cada cristiano por la virtud de este Sacramento. Y explica:

<sup>6</sup> *Ibid.* (Tdt).

<sup>7</sup> *Ibid.*, 2, 5 (Tdt).

<sup>8</sup> E. MAZZA, *Mystagogy*, cit., 158 (Tdt).

«Por eso, ya en tiempo de los Santos Padres, era costumbre afirmar : “*Christianus alter Christus*” (“el cristiano es otro Cristo”), queriendo con eso resaltar la *dignidad del bautizado* y su vocación, en Cristo, a la santidad».<sup>9</sup>

Es la experiencia liminal por excelencia. Es la experiencia del pasar de una era, de un eón a otro, de ser transportados más allá de un umbral decisivo, un pasaje de las tinieblas a la luz. Por Es por eso que el Santo Padre exhorta a los bautizados y a los jóvenes de modo particular, con las siguientes palabras: «¡No tengan miedo! ¡Ustedes son hijos de Dios!».

Pablo identifica a los bautizados con Jesús crucificado y resucitado, justamente porque han imitado su muerte y resurrección sumergiéndose y emergiendo de la profundidad de las aguas bautismales:

«¿O es que ignoráis que cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte? Fuimos, pues, con él sepultados por el bautismo en la muerte, a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos por medio de la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva. Porque si nos hemos hecho una misma cosa con él por una muerte semejante a la suya, también lo seremos por una resurrección semejante» (*Rm* 6, 3-5).

Los bautizados fueron configurados a la pasión, muerte y resurrección de Cristo por la potencia del Espíritu Santo. A través de la imitación sacramental de su misterio pascual, gracias a una iniciación mistagógica, los bautizados participan en la forma misma de Cristo crucificado y por lo tanto en la vida de la Trinidad. Con la iniciación eclesial a través del Bautismo, ellos entran en el dominio del Espíritu Santo, que educa a los bautizados para estar dispuestos a acoger a Cristo. Están en comunión con Él. De ahora en adelante su muerte se puede entender solamente a la luz de la muerte de Cristo. Y la muerte de Cristo no fue consecuencia del pecado sino de su obediencia al Padre.

<sup>9</sup>JUAN PABLO II, *Cruzando el umbral de la Esperanza*, Barcelona 1994, 34.

En 1999 nos preguntamos: ¿De qué manera la parroquia instruye a sus miembros sobre el significado del Sacramento de la Confirmación? ¿Qué aporta este sacramento a la identidad del cristiano? También en este caso, la parroquia debería sacar algunos elementos de las enseñanzas de los Padres. En el contexto de una valiosa exposición de teología sacramental, San Cirilo de Jerusalén identifica las raíces mismas de la Confirmación:

«Cristo no fue crismado por los hombres ni con aceite o con un unguento material, sino por el Padre que designándolo Salvador del mundo entero, lo ungió del Espíritu Santo. [...] Como por el Bautismo ustedes fueron hechos dignos de ser crucificados, sepultados y resucitados a semejanza de Cristo verdaderamente crucificado, muerto y resucitado, así, por la unción ustedes fueron ungidos con el místico unguento de la exultación con la cual fue ungido Él – es decir, con el Espíritu Santo, llamado aceite de la exultación porque es la fuente verdadera y propia de toda alegría espiritual – volviéndose con la unción partícipes y consortes de Cristo».<sup>10</sup>

Cuando los cristianos reciben el sacramento del Espíritu Santo, se transforman en imagen de Cristo, el Ungido, el Mesías, porque la unción con el sagrado crisma que se realiza después de la inmersión bautismal es el “sacramento” con el cual fue ungido Cristo. Es el Espíritu Santo. Hay una relación de identidad entre el descenso del Espíritu Santo sobre Cristo después de su bautismo en el río Jordán y el descenso sacramental del Espíritu Santo sobre los cristianos en la Confirmación.

Así como el Bautismo es el sacramento de la regeneración, la Confirmación es el sacramento de la perfección cristiana mediante los dones del Espíritu. El sacro *myron* es una mezcla de aceite de oliva, bálsamo y hierbas aromáticas, con un perfume intenso y fuertes connotaciones simbólicas. Esta santa unción, según Dionisio, pone en movimientos las energías

<sup>10</sup> CIRILO DE JERUSALÉN, *Catechesi mistagogica*, 3, 2 (Tdt).

recibidas en el baño sacro, es decir en las aguas del Bautismo.<sup>11</sup> El Espíritu Santo, el Espíritu de verdad viene para «dar testimonio de Jesús». Con la Confirmación, el Espíritu les da a los cristianos el “sentido” o capacidad espiritual para llegar ya sea a percibir el perfume de la divinidad escondida en Jesús, ya sea para que ellos se transformen en dulce perfume de Cristo mediante su vida virtuosa en la familia y en el mundo. Esta imagen del perfume espiritual del cristiano en el mundo, puede constituir una referencia sugestiva para la enseñanza que la parroquia realiza sobre la Confirmación como sacramento de la madurez cristiana.

Este año nos interrogamos sobre el significado de los signos concretos en el rito del Sacramento de la Eucaristía. En *1 Co* 11, 17-34, San Pablo sugiere que el Sacramento de la Eucaristía es una proclamación dramatizada análoga al Bautismo. Sin embargo, en este caso se supera el simbolismo del primer sacramento y de la Confirmación. La Eucaristía es el compendio de la Iglesia. En este sacramento la representación de Cristo es tan real que nos ponemos en contacto no con un simple alimento material sino con el verdadero Cuerpo y Sangre del Señor y con su verdadera muerte: «Porque nuestro cordero pascual, Cristo, ha sido inmolado» (*1 Co* 5, 7). En *1 P* 1, 13-21 a los bautizados se los compara con el antiguo pueblo de Dios: redimidos por la sangre del Cordero sin mancha ni defecto, se ponen en viaje en su peregrinación, con los lomos ceñidos.

El evangelio de Juan suele designar a los discípulos como aquellos a los cuales Jesús llama amigos. En los evangelios de Lucas y de Juan, Jesús frecuentemente usa la palabra “amigo” para describir a sus seguidores. «Os digo a vosotros, amigos míos: No temáis a los que matan el cuerpo, y después de esto no pueden hacer más. Os mostraré a quién debéis temer: temed a Aquél que, después de matar, tiene poder para arrojar a la gehenna» (*Lc* 12, 4-5). Juan el Bautista se define «el amigo del novio» (*Jn* 3, 29). «Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos» (*Jn* 15, 13).

Los vínculos de comunión entre amigos cristianos radican en la proclamación eucarística de Jesús abandonado en su Pasión. La parroquia misma, como toda comunidad cristiana, incluso la familia, está

<sup>11</sup> Cfr. PSEUDO DIONISIO, *La Gerarchia ecclesiastica*, IV, 11.

fundada en esta soledad del Crucificado. Estamos en presencia de un misterio profundo, de la paradoja suprema de la fe. La parroquia es una comunidad fundada en la amistad de Jesús. No se trata de una amistad que nace de la carne y de la sangre sino del Espíritu Santo, es decir de una amistad que nace de un carisma. La amistad entre los discípulos es más profunda, más fuerte y vital de los simples lazos de parentela. Su comunión en la fe proviene de la extrema soledad de Cristo en la cruz. «Cada vez que comemos de este pan y bebemos de este cáliz anunciamos tu muerte, Señor, esperando tu venida».<sup>12</sup> La absoluta soledad del abandono que Jesús experimentó debería constituir un referencia imprescindible para la pedagogía de la parroquia.

En el evangelio de Juan, la relación entre la Última Cena y la cruz, indica que ambas conjuntamente constituyen la “hora”, el supremo *kairòs* de Cristo. La irresistible y perspicua lógica de la Encarnación del Hijo Eterno de Dios aquí es extremadamente evidente. ¿Cuál es esta lógica? «Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (*Jn* 3, 16). Ésta es la gloria a la cual Cristo se refería cuando rezaba en la Última Cena, la gloria que el Padre dará a Jesús, es decir:

«el poder de compartir su vida con otros; a través de este compartir, el amor del Padre entrará en el mundo. [...] Aquí encontramos una recíproca glorificación de las Personas de la Trinidad: el Hijo glorifica al Padre ofreciéndose como vía para que a nosotros nos llegue el amor del Padre y el Padre y el Espíritu glorifican al Hijo resucitándolo de entre los muertos. La Resurrección hace de la celebración eucarística de la Iglesia, un acontecimiento doxológico entre el Padre y el Hijo porque es aquí que, por obediencia, el Hijo es “licuefacido” y derramado en los corazones. Von Balthasar es muy claro sobre el hecho que “el licuefacerse eucarístico” de Cristo es un realidad de comunión con efectos comunionales».<sup>13</sup>

<sup>12</sup> *Ordinario de la Misa. Aclamación después de la Consagración.*

<sup>13</sup> K. MONGRAIN, *The Systematic Thought of Hans Urs von Balthasar, An Ireanaean Retrieval*, cit., 117 (Tdt).

La parroquia en su catequesis sobre la Eucaristía puede reprender con gran eficacia el concepto que implica la maravillosa expresión “licuefacer”. Cuanto más se reflexiona sobre ella, tanto mayor aparece el extraordinario valor connotativo que posee. Meditando sobre su rico significado, nos vienen a la mente las palabras de Jesús en el capítulo vigésimo primero del *Apocalipsis*: «Yo soy el Alfa y la Omega, el Principio y el Fin; al que tenga sed, yo le daré del manantial del agua de la vida gratis» (*Ap* 21, 6). También otra reminiscencia, de carácter litúrgico:

«Te ofrecemos Padre, el pan de vida y el cáliz de salvación».<sup>14</sup> Desde esta perspectiva podemos comprender mejor porqué la Iglesia usa los términos “vida” y “salvación” en esta antiquísima oración con la cual cada parroquia alaba a Dios a través de la ofrenda del pan y del cáliz eucarísticos.

A partir de esta consideración, también debería resultar claro que el sacerdocio universal de los laicos no es en absoluto una pálida imitación del sacerdocio ordenado. La ofrenda del culto a Dios por parte de los laicos no debe ser trivializada, reducida a una mera y pasiva asistencia al ministro ordenado. El Concilio, recuperando esta doctrina que por mucho tiempo estuvo eclipsada, describe la fecunda complementariedad entre el sacerdocio ministerial y el universal en la celebración de la Eucaristía:

«Dado que Cristo Jesús, supremo y eterno Sacerdote, quiere continuar su testimonio y su servicio por medio de los laicos, los vivifica con su Espíritu y los impulsa sin cesar a toda obra buena y perfecta. Pues a quienes asocia íntimamente a su vida y a su misión, también les hace partícipes de su oficio sacerdotal con el fin de que ejerzan el culto espiritual para gloria de Dios y salvación de los hombres».<sup>15</sup>

<sup>14</sup> *Plegaria Eucarística II*.

<sup>15</sup> CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium*, n. 34.

Es indiscutiblemente evidente cómo estos tres sacramentos inician al creyente en una interpretación agonística, combativa de la vida y de la historia. El ámbito de la historia constituye para el bautizado como el escenario de un drama de libertad divino-humana. Como resulta claro en el *Apocalipsis* y en otros textos apocalípticos del Nuevo Testamento, «la historia es una arena de conflictos en donde la Iglesia debe combatir para afirmar su concepción del bien en medio a situaciones de competencia, hostilidad y oposición».<sup>16</sup> Los sacramentos de la iniciación revelan la naturaleza y el contexto del combate propio del actuar cristiano. Concluyendo, creo poder corroborar que para poder responder a los desafíos hodiernos, es necesario que la parroquia aprenda a ofrecer una síntesis vital de la fe según las modalidades que una mistagogía doxológica puede ofrecer. En efecto, las contradicciones y las tensiones de la sociedad posmoderna destruyeron todos los puntos de referencia tradicionales. Nuestros fieles laicos avanzan en la vida a tientas, como en la niebla, vislumbrando con mucha dificultad el sentido espiritual de la existencia. Contemplan el rostro de Cristo crucificado a través de esta niebla. Al mismo tiempo, ellos experimentan el caos vertiginoso de la vida de todos los días; su equilibrio y su serenidad son puestos constantemente a prueba; a lo largo de la vida terrena inevitablemente se encontraran delante del altar de la cruz. Sin embargo, saben bien que no tiene sentido escapar porque en el centro de la historia está Cristo que victoriosamente venció la muerte. Estar bautizados en la muerte de Cristo no puede tener otros significados. San Pablo les dice a los Romanos: «¿O es que ignoráis que cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte? [...] a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos por medio de la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva» (*Rm* 6, 3.4b).

<sup>16</sup> K. MONGRAIN, *The Systematic Thought of Hans Urs von Balthasar, An Ireanaean Retrieval*, cit., 117 (Tdt).

# La Eucaristía: plenitud de la iniciación cristiana

ARTURO ELBERTI, S.I.

## INTRODUCCIÓN

La vida y la identidad cristiana, según el proyecto de Dios sobre el hombre que acoge en sí su presencia y su acción, culmina inevitablemente en la Eucaristía. El Sacramento del Bautismo y el Sacramento de la Confirmación preparan al creyente a la Eucaristía, sacrificio, sacramento y real presencia del Hijo de Dios hecho hombre, Jesucristo nuestro Señor. La Eucaristía pertenece, como elemento constitutivo esencial, al universo y a la identidad cristiana. Estos no se conciben por otra parte sin la Eucaristía, como igualmente la Eucaristía misma no se concibe sin ellos.

A cuarenta años del Concilio Vaticano II, se sigue discutiendo sobre el rol de la liturgia y de la Eucaristía en la vida de la Iglesia, no tanto como disciplina teológica y doctrinal, cuanto como momento conmemorativo, si bien la asamblea conciliar declaró *apertis verbis* que debía ser considerada *culmen et fons*. La misma Constitución *Sacrosanctum concilium* prefirió la denominación Eucaristía en vez de la denominación genérica liturgia, pues la primera podía gloriarse de una larga tradición teológica y magisterial, en modo particular si se relaciona con la iniciación cristiana.

Incluyendo la Eucaristía en el concepto de iniciación, se comprenden mejor las dos imágenes de “*culmen et fons*”, que los sucesivos do-

Nació en Nápoles en 1951 y entró en la Compañía de Jesús en 1971. Se laureó en Letras y se doctoró en Sagrada Liturgia. Actualmente se encarga de enseñar Teología de los Sacramentos y Liturgia en el Instituto de Ciencias Religiosas y en la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Gregoriana y en la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Antonianum. Entre sus publicaciones se encuentra: *Il sacerdozio regale dei fedeli nei prodromi del Concilio Ecumenico Vaticano II* (1989); *Dalla religiosità naturale alla fede. Centralità del mistero pasquale nella riforma liturgica* (1995); *La liturgia delle Ore in Occidente. Storia e teologia* (1998); *Prospero d'Aquitania, discepolo y teologo* (1999).

cumentos conciliares<sup>1</sup> reprenden en relación a la Eucaristía, en el conjunto de la iniciación cristiana y en su momento conmemorativo, con un apreciado matiz respecto a la tradición teológica que se limitaba a insistir sobre la sola presencia objetiva de Cristo.

La *Sacrosanctum concilium* afirma que la tarea de la Iglesia, en relación con los no creyentes, consiste en conducirlos mediante la fe y el Bautismo, a la asamblea eucarística.<sup>2</sup> En lo que se refiere a los creyentes, su tarea es prepararlos, mediante la penitencia, a los sacramentos, a la regular cita eucarística, exhortándolos a una vida coherente.<sup>3</sup> Así, la celebración litúrgica-eucarística se transforma en el momento constitutivo y constructivo de la Iglesia.

Como sucede en el singular creyente, que participando por primera vez en la asamblea litúrgica, cumbre de la iniciación cristiana, inserto en Cristo y en la Iglesia, adquiere su plena fisonomía cristiana; así sucede para la misma Iglesia, que se reúne y se construye en torno a la celebración eucarística, cumbre de la propia actividad, es más de la propia vida. El término “vida”, que la comisión conciliar primeramente excluyó de la *Sacrosanctum concilium*,<sup>4</sup> fue posteriormente acogido en los documentos conciliares sucesivos en relación a la Eucaristía.

## 1. LA EUCARISTÍA Y LA IDENTIDAD CRISTIANA

El Vaticano II, después de haber afirmado que «la liturgia es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza»,<sup>5</sup> coloca el misterio eucarístico como vértice de la liturgia: «sobre todo de la Eucaristía, mana hacia no-

<sup>1</sup> Cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium*, n. 11; Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros *Presbyterorum Ordinis*, n. 5; Decreto sobre el ecumenismo *Unitatis redintegratio*, n. 15.

<sup>2</sup> Cfr. ID., Constitución sobre la sagrada liturgia *Sacrosanctum Concilium*, n. 10.

<sup>3</sup> Cfr. *ibid.*, n. 9.

<sup>4</sup> Cfr. *ibid.*, n. 10.

<sup>5</sup> *Ibid.*

sotros la gracia como de su fuente y se obtiene con la máxima eficacia aquella santificación de los hombres en Cristo y aquella glorificación de Dios a la cual las demás obras de la Iglesia tienden como a su fin».<sup>6</sup>

La Eucaristía es por lo tanto, la perfección de la iniciación cristiana y es, al mismo tiempo, la consumación escatológica de la vida cristiana en su peregrinación terrena.

Al inicio de la existencia cristiana, la acción litúrgica presenta una trilogía sacramental: Bautismo, Confirmación y Eucaristía.<sup>7</sup> Al final de la vida terrena, la acción litúrgica ofrece igualmente una trilogía sacramental: Penitencia, Unción y Eucaristía.

Entre estos dos momentos extremos, la Eucaristía constituye el crecimiento y la maduración de la existencia, del vivir y del obrar cristiano. En efecto, hacia la Eucaristía se orientan y de la Eucaristía emanan los otros sacramentos, incluso aquellos que más específicamente expresan el aspecto social de la estrecha unión eclesial, es decir, el Matrimonio, signo de la unión entre Jesucristo y la Iglesia y el Orden en sus diversos grados, signo de la mediación de Cristo, sumo y eterno sacerdote, pastor y maestro.

Desde esta perspectiva podemos comprender como el camino de la iniciación cristiana se completa con el Sacramento de la Eucaristía:

– el *Bautismo*, redime los pecados, nos hace hijos de Dios, nuevas criaturas que renacen del agua y del Espíritu, miembros de la Iglesia, partícipes de la dignidad real-profética.

– la *Confirmación*, que nos signa con el don del Espíritu Santo, nos confiere un más profunda configuración a Cristo y una nueva efusión del Espíritu Santo para hacernos capaces de llevar al mundo el testimonio del Espíritu hasta la plena madurez del Cuerpo de Cristo. Donándonos la dignidad del sacerdocio real, nos prepara para ofrecer al

<sup>6</sup> *Ibid.*

<sup>7</sup> *Rituale battesimo dei bambini*, versión italiana, *Introduzione generale*, nn 1-2, 15-16; *Ordo baptismi parvolorum* (editio typica latina), *Praenotanda generalia*, nn. 1-2, 7; *Rito dell'iniziazione cristiana degli adulti*, versión italiana, *Introduzione generale*, nn. 1-2, 17-18; *Ordo initiationis christianae adutorum* (editio typica latina), *Praenotanda generalia*, nn. 1-2, 7.

Padre el verdadero culto espiritual instaurado por el Hijo con la Encarnación y el Misterio Pascual.

– la *Eucaristía*, nos hace celebrar y participar en plenitud del Sacrificio del Señor, verdadero culto en Espíritu y Verdad, en comunión con la Carne y Sangre del Hijo del Hombre, para recibir la vida eterna y manifestar la unidad del pueblo de Dios.<sup>8</sup>

En la celebración eucarística, en cuanto acción de Cristo y del pueblo de Dios jerárquicamente organizado, culminan ya sea la acción con la cual Dios santifica el mundo en Cristo, sea el culto que los hombres rinden al Padre, adorándolo por medio de Cristo, Hijo de Dios.<sup>9</sup> Hoy, el Magisterio subraya la necesidad que se preserve siempre la unidad profunda y dinámica del misterio eucarístico, su carácter de acción sacra por excelencia.<sup>10</sup>

## 2. CONFIRMACIÓN Y EUCARISTÍA

En el actual debate sobre la Confirmación, en relación a los sacramentos de la iniciación cristiana, teólogos y liturgistas expresan posiciones muy diversas, ya sea porque parten de argumentos de la tradición, o por alguna problemática teológica, o por preocupaciones pastorales.<sup>11</sup>

Creemos que solamente se puede contribuir a la solución del problema, siguiendo una vía litúrgica que vuelva a relacionar la Confirmación al Bautismo y a la Eucaristía, que son respectivamente el principio y el tér-

<sup>8</sup> Cfr. *Rito dell'iniziazione cristiana degli adulti*, ed. it. a cargo de la Conferenza episcopale italiana, n. 1.

<sup>9</sup> *Instructio generalis missalis romani* (1970), n. 1.

<sup>10</sup> Cfr. las Encíclicas *Mediator Dei* (1947) y *Mysterium fidei* (1965); las Instrucciones *Eucharisticum mysterium* (1967) e *Instructio generalis missalis romani* (1970); la Carta *Dominicae cenae* (1980). Sobre este tema también se puede ver L. RENWART, *L'Eucharistie à la lumière des documents récents*, in *Nouvelle revue théologique* (NRT) 89 (1987) 225-296.

<sup>11</sup> Cfr. A. ELBERTI, *Testimoni di Cristo nello Spirito*, in PONTIFICIUM CONSILIUM PRO LAICIS, *Riscoprire la Confermazione*, Città del Vaticano, 2000, 35-81.

mino de la iniciación cristiana. La unidad del ciclo de iniciación es el elemento tradicional que posee un valor dogmático y las preocupaciones de orden pastoral deberían obedecer a esta estructura litúrgica inmutable. Inicialmente, la Comisión central preconiliar eligió esta vía, desarrollada en el esquema dedicado al Sacramento de la Confirmación: «La Confirmación es el segundo sacramento de la vida cristiana. Este Sacramento completa, por así decir, el Bautismo y prepara para la Comunión».<sup>12</sup>

En este sentido, la Confirmación capacita plenamente al cristiano a la participación activa, en cuanto completa el Bautismo y prepara para la Eucaristía. Siguen esta línea, algunas confesiones protestantes que postergan la Comunión después de la Confirmación al duodécimo año de edad: «La Iglesia *confirma* a aquellos que ella considera ya como sus miembros, en signo de lo cual, llegado ese momento los invita a participar de la Santa Cena».<sup>13</sup>

La orientación de la Confirmación hacia la Eucaristía es evidente si se parte del pensamiento patrístico y teológico. Cuando los Padres declaran que los fieles están preparados para participar en la mesa del Cuerpo y de la Sangre del Señor, siempre suponen que ellos ya están confirmados, pues de ninguna manera entienden que un cristiano sea verdaderamente tal y esté plenamente incorporado en la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo, sino en cuanto que está confirmado.

Si todos los sacramentos están orientados a la Eucaristía, ¿solamente la Confirmación no tendría esta finalidad, al punto de postergarla para después de la Primera Comunión? No basta justificarse, afirmando que es suficiente inserirla en la celebración eucarística o que el *antes* y el *después* no le quitan nada respecto a la orientación hacia la Eucaristía, porque se trata del ciclo de la iniciación cristiana, es decir de una progresiva introducción al misterio, que implica necesariamente una sucesión temporal y no un puro y simple enlace lógico.

<sup>12</sup> *Comptes rendus des travaux de la III session de la Commission centrale*, “La Documentation Catholique” 1370 (18 février 1962) 237; cfr. *La riforma liturgica* (1948-1975), Roma, CLV 30, 1997, 596-607.

<sup>13</sup> Cfr. L. VISCHER, *La confirmation au cours des siècles*, Neuchâtel 1959, 87.

La orientación de la Confirmación hacia la Eucaristía se puede también entender partiendo de lo que le es más específico: el nexo con el Espíritu Santo. El confirmado, recibiendo el Espíritu, es idóneo para participar plenamente en el culto eucarístico como sacrificio de la Nueva Alianza, pudiendo así revivir su gracia pentecostal comunitariamente. Se vuelve *naturaliter* participe de aquella plenitud de reactualización que se realiza en la Eucaristía, de manera particular en la celebración dominical, día de la Alianza y nuevo Pentecostés.

“*Si vera sunt exposita*”, se derivan necesariamente tres consecuencias: la Eucaristía es la coronación y la plenitud de la iniciación cristiana, la Confirmación no puede y no debe celebrarse después de este gran Sacramento y la edad no puede subvertir el orden de la salvación querido por Cristo para la Iglesia.

### 3. EUCARISTÍA E INICIACIÓN CRISTIANA: PANORAMA HISTÓRICO Y SIGNIFICADO TEOLÓGICO

#### a) *La primera Eucaristía*

*Eucaristía bautismal, primera Eucaristía, Primera Comunión, Misa de la Primera Comunión*: son términos usados para designar a lo largo de los siglos la primera participación de los bautizados en el misterio eucarístico. Las preocupaciones hodiernas parecerían que atañen a la preparación y a la forma de la celebración presuponiendo el momento o la edad del candidato (aproximadamente a los ocho años) según la normativa de Pío X, descuidando el significado teológico de la Eucaristía.

Es oportuno detenerse en este problema, primero con un veloz *excursus* histórico, para identificar las causas, después realizando una alusión a la actual propuesta de la Iglesia Católica.

#### *Una mirada hacia la historia*

Desde la segunda mitad del siglo II, encontramos testimonios explícitos de una Eucaristía que concluye la celebración bautismal: el re-

generado en el agua y en el Espíritu completa su “iniciación”, cuando la comunidad cristiana lo acoge alrededor de la mesa eucarística. San Justino describe por separado la Eucaristía bautismal y la Eucaristía dominical. Posteriormente las informaciones se multiplican con la descripción de algunos ritos (beso santo, ofrendas, etc.) como la entera vigilia pascual, sobre todo en los textos de la catequesis patrística que explican el misterio y las diferentes partes de la celebración. El neófito después de la celebración pascual, entra a pleno título en la “familia” de Dios y escandirá sus semanas participando cada domingo en la cena del Señor. La praxis se refiere a los adultos y también a los niños: si estos son “infantes” reciben la Eucaristía con algunas gotas de vino mediante una cucharita o chupan el dedo del diácono que éste sumerge en el cáliz. A los niños bautizados, si bien todavía no fueron *consignati* (confirmados) por el Obispo, siempre se la da la comunión, considerada necesaria para la salvación, a la par que el Bautismo, según las palabras de Jesús que reporta Juan: «si uno no nace de lo alto [...] si uno no come mi carne» (cfr. Jn 3, 3; 6, 53). La Eucaristía se entiende como un alimento de vida e inmortalidad, de participación con la *ecclesia* en la cena del Señor.

Ya en el siglo III, la estructura de la celebración aparece definida en sus rasgos fundamentales: la iniciación sacramental comprende, junto con el Bautismo, la celebración de la Confirmación y de la Eucaristía. En el IV y V siglo, los ritos bautismales recibirán un enriquecimiento expresivo y algunas Iglesias, integran a los ritos algunas novedades en la celebración, como por ejemplo la apertura del bautisterio, el rito del *effetà*, el lavatorio de los pies y la lámpara encendida, mientras que se detallará mejor la composición de los ritos de la celebración de la Primera Eucaristía.

Inmediatamente después del Bautismo seguían los ritos post bautismales, y respecto a este tema las diferencias entre las Iglesias no son pocas.<sup>14</sup> Hay dos ritos principales: la imposición de las manos con la unción crismal y el rito de la vestidura blanca.

<sup>14</sup> Cfr. R. CABIÉ, *L'iniziazione cristiana*, in *La Chiesa in preghiera. Introduzione alla Liturgia*, a cura di A. G. MARTIMORT: *I sacramenti*, Brescia 1987, III, 51-81.

Ocupaban un puesto que estaba reservado para ellos y por primera vez participaban en la celebración de la Eucaristía, comenzando por el ofertorio. Con la celebración de la Eucaristía, el neófito completaba su participación en el misterio pascual y se incorporaba plenamente en la Iglesia. Ordinariamente, en la semana de la Pascua, según testimonios del IV y V siglo, a los neobautizados, se los introducía en la comprensión de los misterios celebrados durante la vigilia pascual, a través de algunas catequesis que normalmente realizaba el Obispo. En fin, como nos recuerda Agustín, el domingo *in albis* los neófitos dejaban sus vestiduras blancas y abandonando sus puestos, se mezclaban con la multitud de los fieles: «Hoy nuestros nuevos nacidos se reúnen con los otros fieles y vuelan, por así decir, fuera del nido».<sup>15</sup>

Hasta el siglo V, la solemne celebración bautismal, se realizaba generalmente en la iglesia principal. El Obispo presidía la ceremonia en la cual colaboraban presbíteros y diáconos y en algunas iglesias diaconisas. Siempre se conservaba la celebración unitaria de los tres sacramentos: Bautismo, Confirmación y Eucaristía.

En el siglo XII se asiste a una doble transformación que trae consecuencias imprevistas: una separación total del Bautismo y la privatización de la Eucaristía, que a esta altura, ya no es bautismal. *En primer lugar* se enseña que la Eucaristía no es necesaria para la salvación y esto en base a un texto falsamente atribuido a San Agustín (en cambio, lo compuso Floro de Lyon) acogido en las colecciones canónicas, que entró después en las *Sentencias* de Pedro Lombardo. *En segundo lugar*, a la Eucaristía se la presenta no ya como nutrimento sino como remedio de los pecados. Se comulga porque se es pecador, enfermo y por eso se necesita la gracia. La edad más adecuada parece ser la edad de la razón, previo un período de preparación. Así lo dispone el Concilio Lateranense IV en 1215: el precepto de la confesión y comunión por Pascua para los que llegaron a la edad de la razón. El Concilio declara obligatoria la Confirmación a partir de la edad de la discreción.<sup>16</sup> Se prohibía

<sup>15</sup> AGUSTÍN DE HIPONA, *Discurso*, 376/A, 2.

<sup>16</sup> Cfr. H. DENZINGER – P. HÜNERMANN, *Enchiridion symbolorum*, Barcelona 1999, n. 812.

por lo tanto la comunión a los neonatos y consecuentemente, los sacramentos de la iniciación cristiana ya no permanecen unidos entre sí, subvirtiendo el orden tradicional. En efecto, la Confirmación se celebrará a menudo después de la Penitencia y la Eucaristía. En cambio, como precedentemente lo indicamos, la Iglesia antigua no admitía que alguien participase al cuerpo eucarístico de Cristo, si antes no era signado con el sigilo del Espíritu.

En el mismo período desapareció la comunión del cáliz (más tarde prohibida) y la Eucaristía, identificada con la persona de Cristo, se vuelve objeto de culto. A los niños pequeños se les niega la comunión eucarística (el Concilio de Trento condena a quien la considera necesaria) porque ya se pedía una adecuada catequesis. Aparece un nuevo término “Primera Comunión” y prevalece la dimensión intimista: no es más un derecho ni una necesidad sino un premio y una conquista. En este clima surge el jansenismo, que favorecerá, especialmente en Francia, el desplazamiento de la Primera Comunión hacia los 12-14 años. Aquí, a partir del siglo XVII, se instaura la “fiesta de la Primera Comunión”, con un suntuoso ritual (procesión, vestuario, cantos, recuerdos, almuerzos, etc.), precedida de una intensa preparación en grupo, con retiros organizados por algunas congregaciones religiosas, como los lazaristas, los sulpicianos y los jesuitas. Debe ser “el día más bello de la vida”, pero puede ser también motivo de un sacrilegio y un juicio, por eso se realiza después de una confesión general.

Pío X con el decreto *Singulari* de 1910 y otras intervenciones precedentes,<sup>17</sup> partiendo de la óptica de que la comunión ayuda al niño a formarse la reconduce a la edad de la razón, alrededor de los ocho años, cuando el niño se encuentra en grado de discernir el cuerpo de Cristo, provocando fuertes reacciones negativas en los episcopados francés y alemán (en Francia se distinguirá entre comunión “privada” y comunión

<sup>17</sup> Cfr. Pío X, *Sull'istruzione dei fanciulli alla Prima comunione*, “Acta Sanctae Sedis” XXXVII (1904-1905), 425-432; *Sacra Tridentina Synodus*, “Acta Sanctae Sedis” XXXVIII (1905-1906), 400-406; cfr. también CONGREGACIÓN PARA LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, *Sull'età della Prima comunione*, “Acta Apostolicae Sedis” II (1910), 577-583.

“solemne”). El cambio provoca un nuevo reajuste de la edad de la Confirmación, si se considera que ésta debe conferirse en un momento de mayor madurez. La Confirmación que podía diferirse a los 12 años de edad, en el momento de la primera Eucaristía, se encuentra después de “la Primera Comunión”. Para no olvidar que la Eucaristía es la cumbre de la iniciación cristiana, se instituye la “comunión solemne”.

### *Il significato teológico: la actual proposta*

El aspecto de cumbre de la iniciación fue fuertemente resaltado a partir del Concilio Vaticano II y de la reforma litúrgica. Todos los documentos conciliares y postconciliares, sin la mínima excepción hasta el *Catecismo de la Iglesia católica*, incluyendo los catecismos de la Conferencia Episcopal Italiana,<sup>18</sup> corroboran la unidad y la sucesión de los tres sacramentos y asignan a la Eucaristía el significado o el rol de vértice y fuente de la vida cristiana. Sin embargo, la praxis todavía está esperando poder acoger estas enseñanzas, limitándose simplemente a cambiar la denominación del rito por “Misa de Primera Comunión” y a reorganizar la catequesis. Con todo, *si no se llega a recuperar su valor iniciático*, a costa de interesarnos por la edad del candidato, continuaremos viviendo el drama de la incomprensión del misterio eucarístico por parte de los jóvenes, de su falta de influencia en la vida y del alejamiento progresivo pero inexorable de este sacramento, fuente de nuestra fe.

### b) *La Eucaristía origen y epílogo de la iniciación en la doctrina de Santo Tomás*

Nuestra breve exposición sobre el “primado eucarístico” se encuentra expresada en la síntesis teológica del pensamiento de Santo Tomás, considerando justamente el apogeo del axioma: *culmen et fons*.

<sup>18</sup> CONSIGLIO EPISCOPALE PERMANENTE DELLA C.E.I., Nota pastorale *L'iniziazione cristiana. 1 e 2 Orientamenti per il catecumenato degli adulti*, 1997 e 2001.

### *El primado eucarístico*

Sobre la base de una relectura del *De ecclesiastica hierarchia* del Pseudo Dionisio, Tomás formula algunas tesis sobre el primado eucarístico que podremos sintetizar así:

– la Eucaristía es *teleuté teleutòn* (*iniciación de las iniciaciones*) o bien perfección de todas las perfecciones y cumplimiento de todos los sacramentos.<sup>19</sup>

– en la administración de todos los otros sacramentos, el vértice y el apogeo del rito es la celebración eucarística.<sup>20</sup>

– si en el orden de la preparación, el Bautismo se ubica antes de la Eucaristía, en el orden de la intención la Eucaristía precede el Bautismo.<sup>21</sup>

– en fin, la necesidad de la Eucaristía tiene un razón diversa respecto a la del Bautismo y de todos los otros sacramentos.<sup>22</sup>

Sobre esta última afirmación volveremos más tarde, para captar y subrayar el valor ejemplar. Al considerar sumariamente estos argumentos, resulta evidente la consistente convergencia de esta lectura tomista con la línea interpretativa global que nosotros asumimos.<sup>23</sup>

### *El sacramento « más importante »*

Hay dos confirmaciones posteriores que surgen de un examen atento sobre dos artículos de la *Summa Theologiae*, y ofrecen una solución genial del problema.

En la últimas batutas del *De sacramentis in genere*, en donde se ocupa *de numero sacramentorum* (*pars III, quaestio 65*), después de pro-

<sup>19</sup> TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, III q. 75 a 1.

<sup>20</sup> *Ibid.*, q. 65 a 3 ; q. 63 a 6.

<sup>21</sup> *Ibid.*, q. 73 a 5 ad 4.

<sup>22</sup> *Ibid.*, q. 73 a 3c.

<sup>23</sup> Cfr. A. GRILLO, *Eucaristia "culmen et fons": il sacramento più importante*, AA.VV., *L'Eucaristia. Cristo sorgente di vita per l'umanità*, Milano 2000, 116-117.

poner en los dos primeros artículos algunos argumentos en favor del “septenario”, Tomás en el artículo 3 se pregunta *utrum sacramentum Eucharistiae sit potissimum inter sacramenta* (si el Sacramento de la Eucaristía sea el más importante de los sacramentos). El Aquinense responde positivamente alegando tres argumentos: solamente en la Eucaristía Cristo está presente en modo sustancial, mientras en los otros sacramentos está presente por participación; todos los otros sacramentos tienden a la *Eucaristía como a su fin*, el tercer motivo es de orden ritual: en efecto, casi todos los otros sacramentos se celebran en la Eucaristía y como quiera que sea con la Eucaristía se realizan.

El *corpus* del artículo prepara ulteriores argumentos que encontramos en las respuestas a las tesis contrarias, en particular en la *ad secundum* y en la *ad quartum*. La *ad secundum* – que discute la tesis según la cual más importantes serían los sacramentos conferidos por un ministro más importante (Confirmación y Orden) – se concluye con la siguiente afirmación: «*per sacramentum vero Eucharistiae non deputatur homo ad aliquod officium: sed magis hoc sacramentum est finis omnium officiorum*» (a través del Sacramento de la Eucaristía no se le da al hombre algún deber: sino más bien, este Sacramento es el fin de todos los deberes).

### c) *El Concilio de Trento*

Se sabe que la obra doctrinal del Concilio de Trento, exceptuando la sesión sobre el pecado original y la sesión sobre la justificación, se refiere a los sacramentos, entre los cuales el más ampliamente discutido fue el *sacramento de la Eucaristía y el Sacrificio de la Misa* (este último en el plano doctrinal de la praxis cultural y conmemorativa). Todo a través de tres largas sesiones: *Decreto sobre el sacramento de la Eucaristía* (1551), *Doctrina y cánones sobre la comunión bajo las dos especies y la comunión de los niños pequeños* (1562), *Doctrina y cánones sobre el sacrificio de la Misa* (1562) y *Decreto sobre la petición de la concesión del cáliz* (a los laicos) (1562). El Concilio fue, como todo Concilio, un punto de llegada y un punto de partida.

Un *punto de llegada* porque allí confluyeron todos los datos de la tradición. En efecto, al Concilio no le costó trabajo formular el dato de fe a propósito del sacramento, en lo que concernía a la presencia del Cuerpo y la Sangre de Cristo (institución del banquete sacro): estaba claramente testimoniado por la Escritura y la Tradición. En cambio, no era tan fácil definir cómo la fe fuese expresada en la *praxis conmemorativa*, que en la Iglesia de la época tridentina estaba fuertemente centrada en la Eucaristía. En efecto, justamente sobre la “praxis eucarística”, la “reforma” de los protestantes orientó críticas feroces porque para ellos la “praxis conmemorativa y cultural” revelaba cómo los católicos no tuviesen una conveniente competencia sobre el sacramento.

El Tridentino fue también *punto de partida*, porque representó un relanzamiento en la vida de la Iglesia. El tema “Eucaristía”, en cuanto sacrificio adquirió una importancia y una dimensión jamás vistas hasta el momento.

No se debe olvidar que la perspectiva doctrinal del Concilio estaba dominada por errores que surgieron en el movimiento de la reforma protestante; en esta clave se deben leer las decisiones doctrinales: ellas solas no pueden darnos una visión completa de toda la realidad eucarística y permanecen condicionadas por los esquemas culturales y racionales del tiempo.

### *Apología de la praxis conmemorativa*

El Concilio afirma la absoluta superioridad de la Eucaristía sobre los otros sacramentos. Es por eso que no debe ser necesariamente *distribuida toda* a los fieles, puede ser *conservada* en el sagrario, ya sea para ser *llevada a los enfermos*, ya sea para que sea *adorada* con pleno culto de latría (que se debe al verdadero Dios), llevándola *en procesión* y *exponiéndola* para la adoración pública.

Sobre el *modo* de recibir la comunión, el Concilio defiende el uso de que sean los sacerdotes que distribuyan la Eucaristía a los laicos, mientras que sobre el problema de las especies eucarísticas, el Concilio, no recurrió a un principio de fe, sino de “costumbre”, limitándose a

definir “la costumbre de la sola especie de pan”, sin actuar directamente contra aquellos que seguían la praxis de la comunión bajo las dos especies. En el plano de la *praxis commemorativa*, el Concilio, sin ignorar los abusos gravísimos que se habían introducido, se encontró obligado a asumir una posición apologética. Por ejemplo, frente a las celebraciones de la Eucaristía excesivamente concurridas, en las cuales sólo el celebrante lograba comulgar, el Concilio justifica el hecho, sin subrayar la importancia de que los fieles comulguen. El mismo criterio también se adoptó en el *Decreto sobre la no obligatoriedad de los niños a la comunión sacramental*.<sup>24</sup>

#### d) *El Concilio Vaticano II*

La *Sacrosanctum concilium* en los números 64 al 71 restablece el catecumenado de los adultos e indica los criterios para la reforma de los ritos del Bautismo y la Confirmación. Hablando de este último, el Concilio quiere que «aparezca más claramente la íntima relación de este sacramento con toda la iniciación cristiana». <sup>25</sup> Evitando fórmulas estrictamente doctrinales sobre la Eucaristía, el Vaticano II afrontó el tema en un contexto más amplio referido a la Iglesia, a los otros sacramentos y sobre todo, a la iniciación cristiana. Sobre la relación Iglesia-Eucaristía (se encuentra alrededor de 40 veces) el Concilio afirma:

«Por el Bautismo, en efecto, nos configuramos en Cristo [...] Participando realmente del Cuerpo del Señor en la fracción del pan eucarístico, somos elevados a una comunión con Él y entre nosotros [...] Así todos nosotros nos convertimos en miembros de ese Cuerpo...».<sup>26</sup>

«Los otros sacramentos, así como todos los ministerios eclesiásticos y obras de apostolado, están íntimamente trabados con la Sagrada Eu-

<sup>24</sup> Cfr. H. DENZINGER – P. HÜNERMANN, *Enchiridion symbolorum*, Barcelona 1999, nn. 1730; 1734.

<sup>25</sup> CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución sobre la sagrada liturgia *Sacrosanctum Concilium*, n. 71.

<sup>26</sup> Id., Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium*, n. 7.

caristía y a ella se ordenan.[...] Por lo cual la Eucaristía aparece como la fuente y la culminación de toda la predicación evangélica, como quiera que los catecúmenos son poco a poco introducidos a la participación de la Eucaristía, los fieles, sellados ya por el sagrado Bautismo y la Confirmación, se insertan, por la recepción de la Eucaristía, plenamente en el Cuerpo de Cristo».<sup>27</sup>

En otra parte, ulteriormente, subraya:

«El carácter sagrado y orgánicamente estructurado de la comunidad sacerdotal se actualiza por los sacramentos y por las virtudes. Los fieles, incorporados a la Iglesia por el Bautismo, quedan destinados por el carácter al culto de la religión cristiana, y, regenerado como hijos de Dios [...] por el Sacramento de la Confirmación se vinculan más estrechamente a la Iglesia, se enriquecen con una fuerza especial del Espíritu Santo. [...] Participando del sacrificio eucarístico, fuente y cumbre de toda la vida cristiana, ofrecen a Dios la Víctima divina y se ofrecen a sí mismos juntamente con ella».<sup>28</sup>

«El Bautismo, por tanto, constituye un vínculo sacramental de unidad, vigente entre todos los que por él se han regenerado. Sin embargo, el Bautismo por sí mismo es sólo un principio y un comienzo, porque todo él tiende a conseguir la plenitud de la vida en Cristo. Así, pues, el Bautismo se ordena a la profesión íntegra de la fe, a la plena incorporación a la economía de la salvación tal como Cristo en persona la estableció, y, finalmente, a la íntegra incorporación en la comunión eucarística».<sup>29</sup>

«Revísense ambos ritos del Bautismo de adultos, tanto el simple como el solemne, teniendo en cuenta la restauración del catecumenado, e insértese en el Misal romano la Misa propia “In collatione baptismi”».<sup>30</sup>

<sup>27</sup> ID., Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros *Presbyterorum Ordinis*, n. 5.

<sup>28</sup> ID., Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium*, n. 11.

<sup>29</sup> ID., Decreto sobre el ecumenismo *Unitatis redintegratio*, n. 22.

<sup>30</sup> ID., Constitución sobre la sagrada liturgia *Sacrosanctum Concilium*, n. 66.

e) *La Eucaristía hoy*

Para definir la naturaleza del primado eucarístico distinguiremos dos niveles diversos y correlativos:

– como *sacramento de la iniciación* o según una terminología más tradicional, como *sacramento mayor* (junto con el Bautismo), la Eucaristía adquiere un primado respecto a los otros cuatro sacramentos “menores”. No se debe olvidar que, el Concilio de Trento estableció no sólo el “número de los sacramentos”<sup>31</sup> sino también la no uniformidad de los siete en relación a un único parámetro, y es más la desigualdad y la mayor dignidad de algunos respecto a otros.<sup>32</sup>

– también en relación al Bautismo y la Confirmación, la Eucaristía representa la *culmen* y la *fons*. No se debe olvidar que, si bien la fórmula recientemente pasó a definir la cualidad de la relación *entre la liturgia y la acción de la Iglesia*,<sup>33</sup> ella nace originalmente para indicar la relación entre la Eucaristía y el resto de la liturgia de la Iglesia cristiana.

#### 4. LA EUCARISTÍA PLENITUD DE LA INICIACIÓN CRISTIANA

a) *Los ritos de la iniciación cristiana*

El movimiento evangelizador y catecumenal de la Iglesia Católica y el movimiento ecuménico valorizaron el rol de la iniciación y el valor inestimable del Bautismo de los adultos.<sup>34</sup> Bautismo, Confirmación y Eucaristía, afirma el *Rito de la iniciación cristiana*, «están así íntimamente unidos entre ellos, que llevan a los fieles a aquella madurez cristiana por la cual pueden cumplir, en la Iglesia y en el mundo, la misión propia del pueblo de Dios».<sup>35</sup>

<sup>31</sup> Cfr. H. DENZINGER – P. HÜNERMANN, *Enchiridion symbolorum*, cit., n. 1601.

<sup>32</sup> *Ibid.*, n. 1603.

<sup>33</sup> Cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución sobre la sagrada liturgia *Sacrosanctum Concilium*, n. 10.

<sup>34</sup> Cfr. D. LAMARCHE, *Le baptême, une initiation?*, Montreal-Paris, 1984.

<sup>35</sup> *Rito dell'iniziazione cristiana degli adulti*, n. 2.

Como hemos constatado, la iniciación cristiana no es solamente bautismal sino eucarística. «Los Sacramentos del Bautismo, de la Confirmación y de la Santísima Eucaristía están tan unidos – afirma el nuevo *Código de Derecho Canónico* – que se exigen juntos para la plenitud de la iniciación cristiana».<sup>36</sup> Según Tillard, la iniciación comprende «el catecumenado, los ritos litúrgicos propios del Bautismo y de la Confirmación y, por último, el Sacramento por excelencia, la Eucaristía».<sup>37</sup> La Eucaristía está en la mitad del catecumenado y es el punto de partida, una iniciación ininterrumpida. Por otra parte, la iniciación cristiana no se reduce al elemento litúrgico-sacramental. La iniciación «se debe entender por encima de todo – afirma Regli – como el crecimiento de una persona en la fe cristiana, en la comunión de fe, en la existencia cristiana, como el ejercicio y el familiarizarse con el *ser* cristiano pleno y convencido (ortopraxis cristiana) dentro de la Iglesia».<sup>38</sup>

La plena iniciación cristiana se consuma con la participación en la Eucaristía de la comunidad cristiana y en la misión de la comunidad misma de los creyentes.

Como el Bautismo y la Confirmación son sacramentos *puntuales* o únicos (siempre estuvo rigurosamente prohibido repetirlos), la Eucaristía es un sacramento *duradero* o repetitivo. Entre la Primera Comunión y el Viático, último sacramento, se suceden diversos tipos de eucaristías o de comuniones, con acentos particulares según que se trate de niños no confirmados, jóvenes que recibirán el crisma o adultos que se bautizan, después de haber seguido un catecumenado en sentido estricto. Evidentemente, si bien la primera comunión es importante, más importante es la “comunión frecuente”, o si se prefiere, la participación plena, consciente y activa en la celebración comunitaria eucarística.

Los elementos fundamentales de la iniciación se pueden sintetizar así: unión concreta, dinámica y eficaz con Cristo Resucitado (fe); cam-

<sup>36</sup> *Código de Derecho Canónico*, can. 842, § 2.

<sup>37</sup> J. M. R. TILLARD, *Los sacramentos de la Iglesia*, cit., 396.

<sup>38</sup> S. REGLI, *El Sacramento de la confirmación y el desarrollo cristiano*, in *Mysterium Salutis*, V, Madrid 1984, 286.

bio de vida y perdón de los pecados (conversión); sigilo del Espíritu Santo (don); vida comunitaria eclesial (koinonía); servicio en el mundo (diaconía).

### *Lenguaje de la Eucaristía*

La acción litúrgica celebrada por los cristianos, semanalmente o cotidianamente, al inicio se llamó *fracción del pan* (Lucas) o *cena del Señor* (Pablo). Más tarde se le da el nombre de *Eucaristía*, término que corresponde a la acción de gracias, el cuerpo central de la celebración. Después se llamó *Misa*, de acuerdo al saludo de despedida latino “*Ite, missa est*”. Hoy, se vuelve a llamar a la Misa con el excelente término *Eucaristía*.<sup>39</sup>

*La Eucaristía es la cena de los hermanos del Señor*: el cristianismo es la religión de la palabra (Biblia) y de la comida (Eucaristía), en fraternidad (comunidad o iglesia) como servicio al mundo (ministerio) para su salvación.

*La Eucaristía es sacrificio redentor de Jesucristo*: la muerte de Jesús es el sacrificio pascual escatológico y la Eucaristía es el sacramento del sacrificio de Jesús. La celebración eucarística no es memoria de una muerte genérica sino memoria de la muerte salvadora y profética de Jesús, justificada en la acción pascual. Con la resurrección del Hijo, Dios constituye Mesías y Señor a quien, en su mesianismo y en su señoría, fue conducido a morir por todos, en defensa del amor y de la justicia, quinta esencia del reino.

*La Eucaristía es acción de gracias al Padre*: agradecer es reconocer la gratuidad del dono, un concepto que no considera en absoluto nuestro contexto cultural que tiende a enfatizar más bien el concepto de “derecho”. *Eucaristía* corresponde exactamente a *acción de gracias*; deriva

<sup>39</sup> Para un conocimiento simple y documentado cfr. P. JOUNEL, *La misa, ayer y hoy*, Barcelona 1988; C. FLORISTAN, *La teología y pastoral de la Eucaristía: La comunidad eucarística*, in *Los sacramentos hoy: teología y pastoral*, XIII Jornada de pastoral educativa, Madrid 1982, 27-51.

de las raíces *khàris* (alegría, o todo aquello de lo cual nos alegramos) y *eu* (bien, bueno, justo y conveniente). Equivale, por otra parte, a alabanza (del verbo *ainèò* que significa mencionar, prometer, hacer votos, aprobar o aplaudir). Toda la liturgia, por otra parte, es bendición, alabanza, doxología. La bendición es antes que todo, un don de Dios. Dios bendice y su bendición es vida. Los hijos, por ejemplo, son una bendición de Dios. El cristiano en la liturgia le restituye a Dios la bendición que el Señor la dispensó ya generosamente. Es adoración cuando se vuelve una actitud ininterrumpida.

*La Eucaristía es memorial de la nueva alianza*: la alianza es un concepto clave en la Biblia, expresa las relaciones entre Dios y su pueblo. Equivale a “decisión irrevocable” o compromiso de uno en favor de muchos. Así son los pactos de Yahveh con Noé (*Gn* 6, 18), Abraham (*2 R* 13, 23) y David (*Jr* 33, 20-21) o las alianzas de Dios con el pueblo (*Ex* 34). La historia de la alianza es una historia definitiva de salvación, anticipación del Evangelio dado que crea una comunidad de vida definida a partir de la fidelidad a Dios. La segunda o “nueva” alianza, preanunciada por Jeremías (31, 31), se vuelve efectiva gracias al sacrificio de Cristo (*Hb* 9, 15). En los cuatro relatos de la Última Cena, el concepto de alianza es central (*1 Co* 11, 25; *Mc* 14, 24; *Mt* 26, 28; *Lc* 22, 20), siempre unido a la fórmula de la copa, por su conexión con la sangre. Marco y Mateo actualizan la expresión hebrea “sangre de la alianza”. Alianza y reino de Dios son dos conceptos correlativos: memorial y profecía en acción, simbolizada en el ágape fraterno, última cena y Eucaristía cristiana. Los efectos son evidentes: perdón y salvación liberadora, así como evidentes son las exigencias derivadas de la fidelidad al compromiso de edificar el reino de Dios. La nueva alianza se traduce en misión o evangelización liberadoras.<sup>40</sup>

*La Eucaristía es presencia real de Cristo*: el sentido de esta afirmación se advierte en los escritos neotestamentarios relativos a la cena del Señor o a la fracción del pan. La tradición cristiana admitió siempre esta pre-

<sup>40</sup> A. JAUBERT, *La notion d'alliance dans le judaïsme aux abords de l'ère chrétienne*, Paris 1963.

sencia en virtud de la *epiclesis* o invocación al plano santificador del Espíritu Santo. Fue objeto de discusión el *modo* de esa presencia, interpretado según concepciones filosóficas y teológicas diversas. La presencia de cualquier ser humano se puede manifestar de muchos modos: por medio de un regalo, de una carta, de un mensaje, de una conversación telefónica, o hoy en día, a través de un vídeo o por directa espacial. En cambio, Cristo, está presente entre los cristianos “solamente” de dos modos: cuando ellos se reúnen en su nombre y cuando alguno practica el mandamiento de la caridad socorriendo a los desamparados. Especialmente, el Señor está presente en la celebración de la Eucaristía cuando los creyentes se reúnen, en donde la mesa simboliza la totalidad de la caridad. El pan (su cuerpo) y el vino (su sangre) son su Persona completa en modo real, no meramente intencional. Se trata de un signo eficaz de comunión, en el cual Cristo está presente activamente.<sup>41</sup>

Las explicaciones relativas a la presencia real de Cristo en la Eucaristía, oscilaron entre dos polos: el *ultrarealismo*, que entendía la presencia casi en modo físico y el *puro simbolismo*, que la reducía a una mera representación simbólica y alegórica, carente por lo tanto de efectividad. Para explicar el cambio del pan y del vino en el cuerpo y la sangre de Jesús, los padres griegos hablaban de “transformación sustancial” en sentido ontológico. Hacia el siglo XI, el término *sustanciación* se fue afirmando, la Escolástica lo acogió a través de las categorías aristotélicas de “sustancia” y “accidente”, aferradas por innumerables generaciones de católicos a través de los catecismos.

En algunos sectores de la teología contemporánea ligados a la filosofía simbólica o existencialista, se prefiere hablar de *transignificación* o *transfinalización*: el pan y el vino son realidades correlacionadas al hombre, su núcleo basilar está en la “relacionalidad”. Así es que, con la oración eucarística se cambia el contexto relacional del pan y el vino, que se transforman en alimentos para la vida eterna, dones divinos, símbolos sacramen-

<sup>41</sup> Cfr. el *Rapport Final* de la Comisión Internacional anglicana-católica-romana, *Jalons pour l'Unité*, París 1982, o un comentario realizado por P. PARRÉ, *L'Eucharistie dans le Rapport Final d'ARCIC I*, in *Irénikon* 57 (1984) 469-489.

tales de Cristo presente autodonándose. Así, lo concreto de la fe se reduce a una dimensión puramente mental. Negando la presencia real de Cristo, la Eucaristía se reduce a una “colección” religiosa de recuerdos psicológicos, un psicodrama puesto en escena sin un compromiso personal de los actores, un alimento compartido sin eficacia sacramental o una oración de los creyentes sin la epiclesis del Espíritu Santo. Mientras en los otros sacramentos, no cambian los elementos materiales, en la Eucaristía se verifica un cambio de sustancia, significativo y escatológico, en el pan y en el vino: Cristo mismo, con su ofrecimiento y el don total de sí.

### b) *Los sacramentos pascales*

El primer sacramento de la fe es el Bautismo. Esto quiere decir, en primer lugar, que la fe representa una condición para poder recibir el Bautismo. La fe cristiana que reconoce el Dios de Jesucristo, a través del testimonio de la Iglesia, conoce al hombre en lo profundo de su ser. La fe está estrechamente ligada a la conversión. En segundo lugar, el Bautismo es sigilo y ratifica la fe. La Iglesia reconoce la profesión de fe del candidato y retiene válido que pida ser bautizado, introduciéndolo en la comunidad. El Bautismo sigila la fe del neófito y la confirma plenamente mediante el sacramento.

La iniciación sacramental constituida por el binomio Bautismo-Confirmación, alcanza su plenitud en la *primera Eucaristía*. En la catequesis, que precede la vigilia pascual, y en aquella ulterior al tiempo pascual es necesario subrayar los aspectos fundamentales de la Eucaristía. Mientras Cristo pasa de la muerte a la vida, el neófito pasa de la muerte del pecado a la vida nueva. La victoria de Cristo que ilumina toda la existencia del hombre es celebrada en la Eucaristía pascual, *cumbre y fuente de toda la vida cristiana*.

### *La octava de Pascua*

La gran fiesta de la Pascua se prolonga por un período de cincuenta días. Es una octava de domingos y una semana de semanas. Este período, llamado *tiempo pascual* o *cincuentena pascual*, conmemora a

Cristo Resucitado, presente en la Iglesia, y al Espíritu Santo, don-promesa del Padre. Como la Cuaresma es tiempo de prueba, la cincuentena es signo de perfección y de eternidad. Desde finales del IV siglo, el significado originario de la cincuentena pascual comenzó a desaparecer y se comenzó a celebrar la octava pascual. Dentro del antiguo ciclo de siete semanas se afirmó un nuevo ciclo de ocho días, con un carácter eminentemente bautismal. La finalidad primaria de esta semana era la de impartir a los neófitos las últimas catequesis, llamadas *mistagógicas*. La octava de Pascua, por lo tanto, está en estrecha relación con la iniciación a los sacramentos de aquellos que han sido bautizados durante la vigilia pascual. En los siete domingos pascuales, la liturgia celebra el *mensaje pascual* de la resurrección del Señor, la *alegría* de la Iglesia por la esperanza que resurge, la *vida nueva* de los neófitos y la *acción del Espíritu Santo* en la comunidad cristiana.

### *La mistagogia*

El primer contacto con la liturgia bautismal de la vigilia pascual debía ser para los neófitos demasiado simbólico y expresivo para que pudiesen comprenderla adecuadamente. La experiencia de la noche de Pascua es profunda. Todos necesitan un tiempo para saborear el significado de los símbolos apenas vividos y para penetrar en la realidad misteriosa de la nueva vida que aceptaron. Éste es el sentido de la *catequesis mistagógica*: proveer los elementos para poder formar parte plenamente de la comunidad eclesial. El tiempo de la *mistagogia* de los neófitos constituye la última etapa de la iniciación. El *Rito de la iniciación cristiana de los adultos* enseña que una más plena y fructuosa inteligencia de los *misterios*, se adquiere con la novedad de la catequesis y especialmente con la experiencia de los sacramentos recibidos.

### c) *La Eucaristía coronamiento de la iniciación*

El restablecimiento del ritual de los adultos no previó nada para resaltar la primera celebración eucarística del iniciado. Creemos que

hubiese sido interesante tenerlo en consideración. Si podría, por ejemplo, subrayar la importancia de la celebración con una monición apropiada cuando el comulgante lleva al altar el pan y el vino para el sacrificio. En el momento de la comunión sí podría proponer otra monición, por ejemplo: “Beato eres tú que por primera vez eres invitado a la cena del Señor con toda nuestra comunidad”. Todavía, desafortunadamente, es necesario insistir diciendo que constituiría una grave irregularidad dar la Eucaristía al iniciado con pan consagrado en otra Misa: el vaciamiento total del signo alcanzaría así el punto máximo. Nos preguntamos también, si no se podría recuperar la costumbre que señala la *Tradición apostólica*, ofreciendo al iniciado agua, leche y miel, acompañando el gesto con una adecuada catequesis, para evidenciar el significado de su primera participación en la Eucaristía. En la liturgia de la noche pascual, después de celebraciones bastante inusuales (como la renuncia, la unción antes y después del Bautismo, la imposición de las manos y la unción de la Confirmación), la asamblea vuelve a celebrar un rito al que está acostumbrada y si no se lo subraya oportunamente, se corre el riesgo de no apreciar el singular aspecto de esta Eucaristía, que corona la iniciación.

#### d) *La Eucaristía “fuente” y “cumbre” de la vida cristiana*

El atribuir a la Eucaristía la prerrogativa de “fuente y cumbre de la vida cristiana” por parte de la *Lumen gentium* se consideró casi obvia: los comentarios son escasos y se limitan a citar textos ya conocidos de Santo Tomás y del *Catecismo del Concilio de Trento*, que justifican la tesis con la presencia de Cristo autor de la vida. Se trata de los mismos textos que la *Sacrosanctum concilium* había utilizado en el n. 10 pero para sustentar la misma designación atribuida a la liturgia en general («cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza»); respecto a ellos algunos padres conciliares antes y algunos teólogos después, manifestaron el temor de una sobrevaloración del momento conmemorativo. No se consideró adecuadamente el contexto de la aserción, que incluye en el

concepto de liturgia el de Eucaristía, en cuanto su centro y máxima expresión y vuelve a mandar al proceso de iniciación.

La doble imagen “fuente” y “cumbre”, en el pasaje de la *Sacro-sanctum concilium* a los sucesivos documentos conciliares, se reservó exclusivamente a la Eucaristía, privilegiando “fuente” respecto a “cumbre”: «el sacrificio eucarístico, fuente y cumbre de toda la vida cristiana» (*Lumen gentium*, n. 11); la Eucaristía «es la fuente y la culminación de toda la predicación evangélica [...] es pues, la sinaxis eucarística el centro de toda la asamblea de los fieles» (*Presbyterorum ordinis* n. 5); «fuente de la vida de la Iglesia y prenda de la futura gloria» (*Unitatis redintegratio* n. 15); los sacerdotes y los párrocos procuren que «la celebración del sacrificio eucarístico sea centro y culminación de toda la vida de la comunidad cristiana» (*Christus Dominus* n. 30). Del conjunto, resulta claro que, la Eucaristía se debe entender en su aspecto de celebración, expresión por lo tanto de la *ecclesia*, por eso no sólo como simple realidad objetiva de la presencia de Cristo sino también y sobre todo como sacrificio, memorial del misterio pascual de Cristo celebrado por la Iglesia que comprende por eso la prospectiva escatológica.

La preferencia dada al término “fuente” pone a la Eucaristía antes y por encima de la Iglesia, como don de Cristo, “crea” la Iglesia, convocándola con la palabra e insertándola después en el dinamismo pascual y en la nueva alianza. La Iglesia no es su propietaria, no puede disponer de ella a voluntad. La Eucaristía se revela como la fuente de todos los sacramentos, sacramento “fontal” (en la dimensión ritual y en su contenido pascual).

Los textos conciliares no precisan el sentido de la frase “fuente de toda la vida cristiana” y los que realizan los comentarios – por lo que parece – evitan toda aclaración y profundización. Lo mismo se puede decir de la imagen “cumbre/culmine” que se vuelve comprensible en el decreto *Presbyterorum ordinis* (que depende de *Sacro-sanctum concilium* n. 10) respecto a los catecúmenos y a los fieles bautizados-crismados, pero no es lo mismo respecto a la comunidad cristiana. Resumiendo, las reservas de “liturgización” de la vida cristiana y de la múltiple actividad de

la Iglesia, corren el riesgo de perpetuarse mortíferamente justamente en el silencio de la teología. Para comprender correctamente la afirmación conciliar se deberían profundizar los tres elementos que están estrechamente enlazados: Eucaristía, Iglesia y misterio pascual.

Una segunda observación pretende permanecer en el nivel de aplicación del principio conciliar, colocando la atención en la imagen “cumbre” que, tanto en la *Sacrosanctum concilium* como en *Presbyterorum ordinis*, se refiere a la iniciación cristiana, ya sea en su aspecto de celebración eclesial, como de comunión personal en el cuerpo de Cristo; los mismos catecismos italianos no se distancian de esta formulación, si bien la praxis no corresponde a la doctrina. Las propuestas de una “Eucaristía de la madurez” manifiestan el disgusto por esta disgregación entre doctrina y praxis, causa inevitable de una formación desviada en la fe y en la vida cristiana. Si el fiel no vive la primera Eucaristía en su plenitud ¿cómo podrá percibirla como “centro” de su vida futura? Con la praxis vigente, el nuevo cristiano no adquiere ni el sentido eclesial ni el sentido eucarístico. Ni siquiera advierte que su fisonomía cristiana, no puede subsistir sin celebrar junto a sus hermanos el evento pascual. ¿Por qué asombrarse si al final de la así llamada iniciación cristiana, que se concluye con la Confirmación, presentada sobre todo en modo individualista, operativo o testimonial, debemos registrar un abandono general de la praxis sacramental, comenzando por la participación en la Eucaristía dominical?

## 5. INICIACIÓN CRISTIANA Y SACERDOCIO REAL

Afirmar que los confirmados son “colmados” por el Espíritu Santo, quiere decir que el Espíritu se dona a sí mismo (diversamente que en Bautismo), para realizar una transformación (el pasaje del hombre-creatura a hijo de Dios) para que el don no se quede sin efectos. En la terminología patrística los verbos *dare* y *accipere* en relación al Espíritu Santo se usan en relación a la imposición de las manos de los Apóstoles. Los Padres están de acuerdo sobre esta peculiaridad de la Confir-

mación;<sup>42</sup> sin embargo, tal don implica también un servicio eclesial. El significado teológico de la oración que presenta Hipólito para la imposición de la mano hecha por el Obispo, subraya esta finalidad:

«Señor Dios, que los has hecho dignos de merecer la remisión de los pecados mediante el lavado de regeneración del Espíritu Santo, infunde en ellos tu gracia, para que te sirvan según tu voluntad, porque a ti es la gloria, al Padre, y al Hijo con el Espíritu Santo en la Santa Iglesia, ahora y en los siglos de los siglos. Amén».<sup>43</sup>

Los bautizados, por lo tanto, reciben la gracia “... para que Te sirvan según tu voluntad...”.

«En otros pasajes de la Tradición Apostólica encontramos la expresión “servir”. A menudo, se trata del servicio en la oración litúrgica. Servicio, parece que frecuentemente se identifica aquí con la oración, con el servicio litúrgico, con el ofrecer el sacrificio, en el cual se cumple la voluntad del Padre...».<sup>44</sup>

La intuición del Padre Ligier, que ve en la Confirmación el Sacramento que capacita para la oración cristiana,<sup>45</sup> pareciera que tiene puntos de contacto con algunos textos de Hipólito: el tema servicio-oración, entendido como una consecuencia del haber recibido el don del Espíritu, se encuentra en la conclusión del rito de la Confirmación:

<sup>42</sup> Cfr. J. LECUYER, *La confirmation chez les Pères*, in *LMD* 54 (1958) 23-53; A. ELBERTI, *Accipe signaculum doni Spiritus Sancti. La Confermazione: fonte del sacerdozio regale dei fedeli?*, in *Gregorianum* 72.3 (1991) 491-513; Id., *Testimoni di Cristo nello Spirito*, in *Riscoprire la Confermazione*, a cura del PONTIFICIO CONSIGLIO PER I LAICI, Città del Vaticano 2000, 74-75.

<sup>43</sup> HIPÓLITO DE ROMA, *Traditio apostolica*, in B. BOTTE, *La tradition apostolique*, Paris 1968, 88 (Tdt).

<sup>44</sup> A. NOCENT, *I tre sacramenti dell'iniziazione cristiana*, in *Anàmnesis* 3/1, *La liturgia. I sacramenti*, Genova 1986, 98 (Tdt).

<sup>45</sup> Cfr. L. LIGIER, *La confirmation: sens et conjoncture œcuménique hier et aujourd'hui*, Paris 1973, 261ss.

«... (Los neobautizados) recen ahora juntos con todo el pueblo; pero no recen juntos con los fieles si no sólo después de haber recibido todo esto. Después de haber rezado, den el beso de la paz».<sup>46</sup>

Es claro que, el don del Espíritu conferido en el sacramento *está relacionado desde la antigüedad al culto divino*.

También para Santo Tomás, el Espíritu se dona e imprimiendo en el alma de la persona un carácter indeleble, lo capacita para el culto cristiano (*Deputatio ad cultum*); tal sentencia será acogida por la entera tradición de la Iglesia hasta nuestros días. En la *Summa*, respecto a la Confirmación, Tomás afirma:

«... En cambio, no todos los sacramentos están directamente ordenados al culto divino. [...] Por la naturaleza misma del acto, el sacramento que dice relación directa al culto divino en la misma acción sacramental es al Eucaristía, en la cual consiste, principalmente, el culto divino, por cuanto ella es el sacrificio de la Iglesia [...] siendo más bien, la Eucaristía, según Dionisio, el fin y la consumación de todos los sacramentos; más aún, contiene a Cristo mismo, que no tiene carácter, sino la plenitud absoluta del sacerdocio [...] sin embargo, no todos los sacramentos deputan el culto en calidad de miembros activos o pasivos del sacerdocio de Cristo. [...] Pero algunos sacramentos, los que imprimen carácter, santifican al hombre de una manera especial mediante una consagración que le destina al culto divino [...] se debe subrayar que con el Sacramento del Orden y con la Confirmación, los fieles cristianos son idóneos para algunos oficios particulares que pertenecen al oficio sacerdotal».<sup>47</sup>

En el Concilio Vaticano II, el don del Espíritu y la relativa capacitación para el culto son explícitamente subrayadas en conexión con el sacerdocio común:

<sup>46</sup> HIPÓLITO DE ROMA, *Traditio apostolica*, ibid. (Tdt).

<sup>47</sup> TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, III q. 63 a 6.

«Los bautizados, en efecto, son consagrados por la regeneración y la unción del Espíritu Santo como casa espiritual y sacerdocio santo, para que, por medio de toda obra del hombre cristiano, ofrezcan sacrificios espirituales...».<sup>48</sup>

El oficio real, sacerdotal y profético es inherente al fiel en virtud de su ser cristiano. En efecto, en el Bautismo, el Espíritu *actúa* purificando la criatura del pecado original y del pecado actual, lo hace hijo de Dios y miembro del Cuerpo Místico de Cristo. En la Confirmación, el fiel recibe el *Espíritu en persona* que lo vuelve idóneo para un culto que es el verdadero culto cristiano: servir en una liturgia que es culto espiritual, en donde el sacrificio es auténtico, según la intuición de Ligier. La Eucaristía, verdadero culto de la Iglesia al Padre, en cuanto sacrificio postula un sacerdocio, el único, el de Cristo que lo participó a su Iglesia.

La unión de los tres momentos sacramentales de la iniciación, evidencia su valor salvador: *el hombre que renace de las aguas bautismales (Bautismo) recibe el Espíritu que lo vuelve idóneo para el culto (Confirmación) que es el verdadero culto en Espíritu y verdad: la Eucaristía.*

Cristo confió el memorial a la comunidad creyente como tal, a la Iglesia, y la comunidad *actúa* a través de aquél que le fue donado en el Espíritu de Cristo.<sup>49</sup> Quien ejercita el ministerio de presidir *actúa* solamente en Cristo y en nombre de la comunidad creyente (“*in persona Ecclesiae*”). Todos los fieles, laicos y ordenados, se ofrecen ellos mismos al Padre con Cristo en el Espíritu. Es más, ¿la máxima expresión de su sacerdocio común, no es quizás poder ofrecer al Padre a través de sus propias vidas el sacrificio de Cristo, buscando en la potencia del Espíritu las riquezas de la resurrección de Cristo, escondidas para ellos en el corazón del Padre?

<sup>48</sup> CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium*, n. 10.

<sup>49</sup> Sobre la presencia de esta dimensión en el Misal de Paulo VI, cfr. B. NEUHEUSER, *La relation entre le prêtre et les fidèles dans la liturgie de Pie V et celle de Paul VI*, in *L'assemblée liturgique et les différents rôles dans l'assemblée*, Roma 1977, 239-252.

## 6. OBSERVACIONES CONCLUSIVAS

Al finalizar esta reflexión en la que hemos querido profundizar el misterio eucarístico, se podrían todavía decir muchas cosas sobre el sentido que recibe la Eucaristía dentro de la totalidad del misterio cristiano y sobre el sentido que le confiere.

¿En qué medida el misterio eucarístico cuestiona al misterio cristiano y en qué medida es fuente de comprensión del mismo? Siempre es necesario explicar el misterio eucarístico pero también es necesario dejarse explicar por ese misterio: ninguna realidad cristiana le es indiferente y no deja de ser de algún modo iluminado por ella. En el misterio eucarístico se revela quién es el Dios viviente, quién quiere ser para nosotros y quiénes queremos ser nosotros en este mundo para Dios y con Él.

¿Cuál es el sentido nuevo que toma la Palabra de Dios del hecho que existe el misterio eucarístico? ¿cuál es el sentido nuevo que recibe el ejercicio cotidiano de la vida cristiana del hecho que existe el misterio eucarístico? ¿cuál es el sentido nuevo que recibe la contestación cristiana del mundo del hecho que existe el misterio eucarístico?

Se necesitaría un constante referimiento a otros ámbitos de la teología de la cual dependen más directamente estos interrogantes. Por lo demás, justamente porque el misterio eucarístico constituye como el “compendio cultural” de todo el misterio cristiano de la salvación, todo podría en definitiva integrarse en una reflexión teológica orientada al hecho litúrgico. Sin dejar de reconocer el rol que le compete a la teología.

Sea como sea ¡es decisiva para todo cristiano, una síntesis personal, partiendo tal vez de lo que hemos intentado! “*Finis operae, sed non finis laboris*”: “La obra está terminada pero el trabajo a realizar no” (San Bernardo).



# El misterio de Cristo en el sacramento de la Eucaristía: sacrificio, comunión y presencia

Mons. FRANCESCO PIO TAMBURRINO, O.S.B.

## INTRODUCCIÓN

El misterio del Cuerpo de Cristo “entregado” y el de su sangre “derramada” es un tema prácticamente inagotable para la reflexión y para la contemplación cristiana. Este misterio trasciende de tal modo nuestra capacidad de comprensión, que es lógico y fecundo el hecho de que se multipliquen las reflexiones teológicas sobre el tema.

Hoy, no es raro encontrar entre los teólogos y los liturgistas, el intento de hacer más aceptable y “conveniente” el misterio eucarístico, mostrando la lógica de partir “desde abajo”, es decir de la antropología cultural:

«Se dice, que el rito del banquete es un elemento común en todas las religiones; es más, para la misma naturaleza humana, que es estructuralmente simbólica, la forma convivial de la relación y de la comunión es coherente, sin decir que, en general, la sacramentalidad es adecuada a la corporeidad que define intrínsecamente al hombre; pues es como la traducción ritual. Y concluyen: no es difícil reconocer que la Eucaristía representa el vértice de estas experiencias y la expresión más alta de esta simbología. En todo caso, respecto a

Benedictino, entró en la Abadía de Praglia en 1950. Terminó sus estudios teológicos en el Pontificio Ateneo San Anselmo de Roma. En 1973 recibió el encargo de reabrir la antigua Abadía de Novalesa, en la diócesis de Susa, donde permaneció hasta 1981. Desde 1981 hasta 1990 enseñó en la Pontificia Facultad Teológica San Anselmo y en el Pontificio Instituto Litúrgico del mismo Ateneo, cubriendo simultáneamente el cargo de Vice Prior del Colegio Internacional de los benedictinos en Roma. Abad ordinario de Montevergine (Avellino) desde 1989, fue nombrado Obispo de Teggiano-Policastro en 1998. Desde 1999 hasta el 2003 fue Secretario de la Congregación para el Culto divino y la Disciplina de los sacramentos. Actualmente es Arzobispo de Foggia-Bovino.

estas premisas, esa es plausible, es más, en cierto modo “lógica” si no “necesaria”; por lo tanto, no debe ser motivo de asombro, la liturgia cristiana y en particular la liturgia eucarística. Ella es perfectamente aceptable. No son pocos los actuales teólogos y liturgistas que así razonan».<sup>1</sup>

Los más audaces pasan a la aplicación: para humanizar la Eucaristía, hacen lo contrario de lo que dispuso el apóstol Pablo: la relacionan al comer y al beber «en las casas» (1 Co 11, 22). El resultado no puede ser otro que el contrario: ya no se distingue el “Cuerpo del Señor” y no es más la “Cena del Señor” para que se coma.<sup>2</sup>

Una correcta metodología no niega la inteligibilidad de la Eucaristía, justamente a partir de la convivialidad, sin embargo, la originalidad del contenido es absoluta y total. El “misterio de fe” no se puede comprender a partir del hombre, si no se pone en principio el evento “inédito” de Jesús, en donde todo radicalmente comienza y si no se encuadra dentro del eterno y único diseño del Padre: «Dios amó tanto al mundo que dio a su Hijo único» (Jn 3, 16). El Hijo unigénito crucificado y resucitado es la sustancia de este diseño.

El Cuerpo y la Sangre de Cristo entregados a la Iglesia constituyen un don absolutamente gratuito e inesperado. La muerte y resurrección de Jesús de Nazaret es la síntesis de esta gracia del Padre.

«Aquí la caridad de Dios – escribe Santo Tomás – se manifiesta al extremo. Se advierte por la persona que ama y ama intensamente: Dios; por la condición de aquel que es amado: el hombre, un ser mundano, carnal, es decir pecador; por la grandeza de los dones: el amor se manifiesta en el don; ahora, el don que Dios nos ha dado es el don más grande, su Hijo unigénito: “El que no perdonó ni a su propio Hijo, antes bien le entregó por todos nosotros” (Rm 8, 32)».<sup>3</sup>

<sup>1</sup> I. BIFFI, *Il corpo dato e il sangue versato. Profilo di teologia eucaristica*, Milano 1996, 14 (Tdt).

<sup>2</sup> Cfr. *Ibid.*

<sup>3</sup> TOMÁS DE AQUINO, *Super Evangelium Sancti Ioannis Lectura*, Romae-Taurini 1952, 92, n. 477 (Tdt).

El pueblo de Dios se asombra, se maravilla gozosamente y agradece el don generoso de Dios. El estupor y la gratitud constituyen el tema del *praefatio* de la Plegaria Eucarística: es el celebrante que invita a proclamar las *magnalia Dei*, partiendo del horizonte de la historia de la salvación y culminando en la Pascua de Cristo y el don del Espíritu Santo. «Sin embargo, el centro, la nota dominante, permanece siempre una sola: la incontenible necesidad de alabar y agradecer a Dios por todo aquello que ha hecho a través de Cristo por nuestra salvación».<sup>4</sup>

Casi como premisa de toda otra reflexión, quisiera subrayar cómo la aproximación a la Eucaristía, en la más pura y universal tradición cristiana, es siempre la actitud de adoración, de estupor doxológico y contemplativo.

«Calla toda carne mortal – dice el Gran Sábado la Liturgia de San Basilio –, quédese inmóvil con temor y temple; nada terrestre ocupe su pensamiento, porque viene el Rey de los reyes, el Señor de los señores, para ser inmolado y dado como alimento a los creyentes, precedido por un coro de arcángeles, con los principados y las potencias y los querubines con innumerables ojos y los serafines con las seis alas, que se cubren el rostro y cantan un himno: aleluya, aleluya, aleluya».<sup>5</sup>

## EL CRUCIFICADO RESUCITADO EN EL ORIGEN DE LA EUCARISTÍA

La Eucaristía es el *paschale sacramentum* o convite pascual de Cristo, cuyas articulaciones internas son: “novísima cena”, pasión, muerte y resurrección, pan y vino entregados como sacramento de la Pascua nueva, alianza sellada para siempre, propiciación por nuestros pecados, don de vida eterna, *sacrificio, comunión, presencia*.

Estos tres últimos aspectos no son facetas del evento pascual salvador que se celebra en el culto. La Eucaristía, en efecto, es «memorial

<sup>4</sup> P. VISENTIN – D. SARTORE, *Eucaristia in Liturgia*, a cura de D. SARTORE – A. M. TRIACCA – C. CIBIEN, Cinisello Balsamo 2001, 750-751 (Tdt).

<sup>5</sup> *Hieratikon*, Roma 1950, 182-183 (Tdt).

del la beata pasión, de la resurrección de los muertos y de la gloriosa ascensión al Cielo de Cristo ».<sup>6</sup> La Pascua de Cristo es la recapitulación de los orígenes; la Eucaristía, a su vez, es la recapitulación de la Pascua de Cristo y la apertura hacia el futuro de salvación.

«Llegado el momento de la pasión – afirma una homilía del siglo IV – Cristo dejó el pan y el cáliz como ritual repetición de su inmolación por excelencia, de uno el propio cuerpo y del otro su propia sangre, gracias a la epiclesis mística, ordenando celebrar la Pascua bajo estas figuras ».<sup>7</sup>

La Eucaristía ofrece también, como la Pascua, o mejor aún, porque ella misma es la Pascua cristiana, la síntesis de la salvación en Cristo.

«Todo el acontecimiento salvífico, es puesto en las manos de los discípulos de Jesús cuando, siguiendo su mandamiento, celebran la Eucaristía. A nosotros se nos ofrece bajo la figura del pan y del vino, para que se vuelvan principio y alimento de la entera existencia cristiana».<sup>8</sup>

Realmente «en este sacramento está contenido todo el misterio de nuestra salvación».<sup>9</sup>

Esta síntesis de la salvación en el sacramento pascual de la Eucaristía, también es compendio del pasado, del presente y del futuro.

«Según la voluntad de instituir de Cristo, el culto eucarístico es esencialmente una anamnesis (cfr. *Lc* 22, 19; *1 Co* 11, 24ss.). Este memorial, se refiere antes que nada al pasado: recordando se mira hacia atrás, al Jesús histórico y a su acción salvadora histórica. Ya este recordar subjetivo, pero sobre todo el cumplimiento objetivo-cultural del rito instituido antes, hacen presente la salvación. Esta representación se vuelve a su vez un mirar hacia el futuro de la sal-

<sup>6</sup> *Plegaria Eucarística I*.

<sup>7</sup> PSEUDO CRISOSTOMO, in *St. Pascha*, VIII, 38: Sch 48, 149 (Tdt).

<sup>8</sup> Cfr. AA.VV., *L'Eucaristia sacramento di ogni salvezza*, Casale Monferrato 1996, 20 (Tdt).

<sup>9</sup> TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, III q. 83 a 4c.

vacación (cfr. *1 Co* 11, 26) de la cual es prenda la acción salvadora conmemorada y que en esta representación es en cierto modo anticipada. Al mismo tiempo, el memorial cultural determina y forma la entera vida cristiana de modo decisivo, en cuanto todas las obligaciones morales se derivan y encuentran su motivación sobre todo, por la acción salvadora pasada, que se revive de nuevo en la liturgia pero también del futuro inminente de salvación y de la condición de salvación presente».<sup>10</sup>

## EL SACRAMENTO EUCARÍSTICO ES SACRIFICIO

Al celebrar la Eucaristía, la Iglesia siempre entendió que obedecía al mandamiento de Cristo: «haced esto en memoria mia» (*Lc* 22, 19). El carácter memorial de la Cena del Señor no implica solamente un simple recuerdo subjetivo de lo que Jesús cumplió y ordenó celebrar como “memorial” suyo, ni un acto litúrgico que hace presente al Señor: «implica un acto litúrgico que trae como memorial delante del Padre, el sacrificio único del Hijo, que lo hace presente en su memorial».<sup>11</sup>

La tradición cristiana concibe la esencia de la celebración cultural eucarística según el concepto de convite sacrificial, ya que se basa en el ofrecimiento sacrificial de Cristo del cual la Eucaristía es su prolongación. «Sus elementos son el pan y el vino, en cuanto representación significativa del cuerpo (carne) y de la sangre de Jesús, que deben entenderse sacrificialmente».<sup>12</sup>

Afirmando con San Agustín,<sup>13</sup> que la Eucaristía es un “sacramento memorial” o un “sacrificio memorial”, se sostiene que, *por virtud del Espíritu Santo*,

<sup>10</sup> N. FÜGLISTER, *Il valore salvifico della Pasqua*, Brescia 1976, 338-339; cfr. C. VAGAGGINI, *Il senso teologico della liturgia*, Roma 1965<sup>4</sup>, 87-88 (Tdt).

<sup>11</sup> M. THURIAN, *L'Eucaristia, memoriale del Signore*, Roma 1967, 193 (Tdt).

<sup>12</sup> N. FÜGLISTER, *Il valore salvifico della Pasqua*, cit., 339-340 (Tdt).

<sup>13</sup> AGUSTÍN DE HIPONA, *Contra Faustum*, 20, 21.

«se hace presente *la acción salvadora de Cristo*, primero y *directamente* su *muerte* sacrificial y la *resurrección* que la corona pero también después *toda la opera salvadora* en cuanto *una única* gran unidad, que tiene justamente su centro en el “transitus paschalis”, en el pasaje del Señor de la muerte a la vida; es decir: también su ingreso en el mundo, su encarnación como epifanía del Dios salvador, epifanía que, después del pasaje pascual a la vida a la derecha del Padre, un día se cumplirá también para nosotros en la parusía del Glorificado; mientras tanto nosotros, mediante la presencia de su acción sacrificial, participando en su muerte y resurrección, recibimos la luz y la vida de su epifanía y la prenda de la gloria futura. En el memorial real de la Eucaristía, se realiza en forma conjunta la obra de la redención de los hombres y de la glorificación de Dios que la Constitución litúrgica del Vaticano II describe así: “Esta obra [...] Cristo el Señor la realizó principalmente por el misterio pascual de su bienaventurada pasión, resurrección de entre los muertos y gloriosa ascensión” (cfr. *Sacro-sanctum concilium*, n. 5). La acción litúrgica – y antes que nada, en máximo grado, la Eucaristía – es “memorial” de la *única* acción salvadora de Cristo; ella conmemora esta acción salvadora del Señor que históricamente llevó a cabo una vez para siempre, sin repetirla (como si no hubiera sido suficiente) pero realizándola en el presente para la salvación de los que celebran, haciéndolos participar en la *única* acción del Señor, en prenda del cumplimiento futuro pero ya pre-gustado con anticipación (cfr. *Sacro-sanctum concilium* n. 8)».<sup>14</sup>

El Concilio de Trento afirma que en la Misa «el sacrificio no es sólo de alabanza y de acción de gracias [...] sino también propiciatorio».<sup>15</sup> No es solamente un recuerdo puramente conceptual, ni una “desnuda *commemoratio*”, sino un memorial real.

<sup>14</sup> B. NEUNHEUSER, (A. M. TRIACCA), *Memoriale*, in *Liturgia*, cit., 1177 (Tdt).

<sup>15</sup> H. DENZINGER – P. HÜNERMANN, *Enchiridion symbolorum*, Barcelona 1999, n. 1753. Cfr. S. MARSILI, *La Messa mistero pasquale e mistero della Chiesa*, in AA.VV., *La sacra Liturgia rinnovata dal Concilio*, Leumann 1964, 347.

«La Misa contiene el sacrificio de Cristo en el sentido joaneo de la exaltación en la cruz, cuando el “Hijo del hombre atraerá a todos hacia él” (cfr. *Jn* 12, 32), allí donde su muerte no se ve separada de sus frutos y la humillación del Hijo obediente hasta la muerte fue infinitamente grata al Padre mereciendo la glorificación pascual [...]. El cuerpo representado por el pan es verdaderamente también para nosotros “el cuerpo entregado y partido” que fue ofrecido una sola vez para siempre en el Calvario y la sangre es verdaderamente aquella derramada entonces por la redención del mundo; pero ahora *consummatum est* (*Jn* 19, 30), todo se cumplió, el acto resolutivo de toda la historia de la salvación, en su antes y en su después ya fue realizado y la perspectiva positiva está asegurada, como quiera que vayan (en la apariencia que nosotros percibimos) las vicisitudes humanas. A través de la celebración memorial y real, nosotros tenemos en nuestras manos “el pan de vida y el cáliz de la salvación” (*Canon romano*), que son más fuertes que cualquier acontecimiento histórico. Ahora por la inseparabilidad del binomio muerte-resurrección, no se puede celebrar una sin la otra».<sup>16</sup>

Además hay otro aspecto del memorial-sacrificio: mediante la ofrenda de los dones del pan y del vino y el “estar delante de Dios” la Iglesia es recibida dentro de la donación sacrificial de su Señor.<sup>17</sup> «Tomar parte del banquete del Cuerpo y de la Sangre del Señor, significa llegar a ser “consortes” de su muerte y por lo tanto de su resurrección. En quien come la carne del Señor y bebe su sangre (*Jn* 6, 53-57) se realiza la eterna destinación pascual».<sup>18</sup> La Iglesia cada día aprende a ofrecerse: «*seipsam per ipsum discit offerre*».<sup>19</sup>

<sup>16</sup> P. VISENTIN – D. SARTORE, *Eucaristia*, cit., 751-752 (Tdt).

<sup>17</sup> Respecto a toda esta problemática cfr. *L'idea di sacrificio. Un approccio di teologia liturgica*, a cura di E. MAZZA, Bologna 2002.

<sup>18</sup> I. BIFFI, *Il Corpo dato e il Sangue versato*, cit., 61 (Tdt).

<sup>19</sup> AGUSTÍN DE HIPONA, *De civitate Dei*, 10, 20.

## COMUNIÓN

«La copa de bendición que bendecimos ¿no es acaso comunión con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo?» (1 Co 10, 16).

El punto conclusivo del convite sacrificial, de la *cena dominica*, es la *comunión sacramental*. Allí nosotros llegamos a ser una sola cosa – una comunión – no solo con la Persona del Señor Resucitado, sino también con su sacrificio. Se instituye como una mutua inmanencia, de la cual Jesús mismo nos advirtió y dio garantía: «El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna permanece en mí, y yo en él» (Jn 6, 56).

Esta comunión es el principio inagotable de vida, como Él nos dijo: «el que me coma vivirá por mí» (Jn 6, 57); se trata de una vida que comienza aquí abajo, en nuestra atormentada existencia terrestre pero proseguirá más allá de la historia, en los siglos sin fin: «Si uno come de este pan, vivirá para siempre» (Jn 6, 51).<sup>20</sup> Eso ocurre en virtud de la acción transformante del Espíritu Santo. La epiclesis invoca solemnemente al Espíritu sobre el pan y sobre el vino para que se transformen en el cuerpo y la sangre de Cristo Cabeza; pero también pide que la comunión sacramental opere la unidad de las personas en Cristo y entre ellas: «...para que fortalecidos con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo y llenos de su Espíritu Santo, formemos en Cristo un solo cuerpo y un solo espíritu»;<sup>21</sup> «A todos aquellos que comerán de este único pan e beberán de este único cáliz, concede que, reunidos en un solo cuerpo por el Espíritu Santo, se transformen en ofrenda viva en Cristo». <sup>22</sup> La Eucaristía es «*signum unitatis, vinculum caritatis*» (signo de unidad, vínculo de caridad);<sup>23</sup> es don y tarea: «*Commendatur vobis in isto pane quomodo unitatem amare debeatis*» (en este pan, se recomienda cuánto deben amar la unidad).<sup>24</sup>

<sup>20</sup> Cfr. Documento dottrinale, XXIII Congresso Eucaristico Nazionale, 1997, in AA.V.V., *L'Eucaristia sacramento di salvezza*, Casale Monferrato 1996, 15-26.

<sup>21</sup> *Plegaria Eucarística III*.

<sup>22</sup> *Plegaria Eucarística IV*.

<sup>23</sup> Esta expresión de San Agustín se encuentra asumida en: CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución sobre la sagrada liturgia *Sacrosanctum concilium*, n. 47.

<sup>24</sup> AGUSTÍN DE HIPONA, *Sermo*, 227.

Además, en la plegaria eucarística, con una diversa ubicación en el desarrollo de las partes, la comunidad cristiana celebrante sintió la necesidad de expresar alrededor del altar la comunión con la Beata Virgen María, los apóstoles, los mártires, los santos<sup>25</sup> y también de declarar la comunión y la intercesión por los vivos y por los difuntos, recordando al papa, a los obispos, al clero y a la comunidad concreta de los fieles. Se convoca a todos alrededor de la fuente de la gracia y de toda bendición. Ya la participación en el sacramento presupone la comunión eclesial. En efecto, se excluye a los heréticos, los cismáticos y los excomulgados. Es por eso que, en la Iglesia antigua, para llegar a comulgar con las especies eucarísticas se pasaba por la comunión eclesial con el Obispo en la procesión.<sup>26</sup>

La *comunión* se transforma también en tarea ecuménica, que nace del sacramento de Cristo, corazón y centro del culto de cada Iglesia o Comunidad eclesial.

«La Eucaristía nos muestra que nuestro comportamiento es incoherente respecto a la presencia reconciliadora de Dios en la historia humana: se nos enjuicia constantemente, porque siguen existiendo en nuestra sociedad relaciones injustas de todo tipo, múltiples divisiones debidas al orgullo humano, a intereses materiales y a políticas prepotentes y sobre todo a la obstinación de oposiciones confesionales injustificadas al interno del Cuerpo de Cristo».<sup>27</sup>

<sup>25</sup> Cfr. *Plegaria Eucarística I*: «Communicantes et memoriam venerantes...».

<sup>26</sup> La paz se intercambiaba entre los bautizados, no se ofrecía ni siquiera a los catecúmenos, a quienes se despedía después de la homilía. Existían una gran cantidad de fórmulas dimisorias, las cuales comprendían todas las categorías de personas que, al no estar en paz con la Iglesia, no podían comulgar con los santos misterios. En la antigua liturgia de Benevento se usaba esta *dimissio*: «Si quis cathecumenus est procedat. Si quis iudaeus est procedat. Si quis haereticus est procedat. Si quis paganus est procedat. Si quis arianus est procedat. Cuius cura non est procedat»: *Benevento Biblioteca Capitolare, 40 Graduale*, a cura di N. ALBAROSA – A. TURCO, Padova 1991, f 19r. Cfr. también *Regula Benedicti*, 63, 4: «Sic accedant ad pacem et communionem».

<sup>27</sup> COMMISSIONE “FEDE E COSTITUZIONE” del CONSIGLIO ECUMENICO DELLE CHIESE, *Battesimo, Eucaristia, Ministero*, ed. a cura di P. RICCA – L. SARTORI, Leumann Torino 1982, 34-35.

## LA EUCARISTÍA ES PRESENCIA

La Eucaristía es sacrificio porque hace presente la pasión de Cristo, es “hostia” porque contiene al mismo Cristo, la víctima salutífera. Su “ser con nosotros” va más allá del símbolo, la experiencia subjetiva, la significación sin contenido: se ubica y nos lleva al plano del ser y del actuar en favor de los hombres.

«Es Él mismo que está en el sacramento del pan y del vino aunque sean muchas las asambleas en las cuales se reúne la Iglesia. Es Él mismo que inmaculado recrea, creído vivifica, consagrado santifica a los consagrantes».<sup>28</sup>

Cristo está presente de muchos modos en su Iglesia.<sup>29</sup> En modo especial – *vere, realiter, substantialiter*, dice el Concilio de Trento,<sup>30</sup> – está presente bajo las especies eucarísticas con una verdadera *presencia real* sacramental, sustancial,<sup>31</sup> permanente, todo entero. Esta presencia real se realiza por la conversión de toda la sustancia del pan-vino en cuerpo-sangre del Señor Jesucristo<sup>32</sup> mediante las palabras de la consagración y la epiclesis-invocación del Espíritu Santo. Siempre, todo lo que el Espíritu toca se transforma.<sup>33</sup> «Cristo, todo e integro, está bajo la especie del pan y bajo cualquier parte de la misma especie, y todo igualmente está bajo la especie de vino y bajo las partes de ella».<sup>34</sup>

En la *Liturgia de San Juan Crisóstomo*, en el momento de la fracción del pan, el sacerdote acompaña el gesto con estas palabras: «Se parte y se distribuye el Cordero de Dios: se parte pero no se divide, siempre se

<sup>28</sup> GAUDENZIO DE BRESCIA, *Tractatus*, 2 (Tdt).

<sup>29</sup> Cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium*, n. 48; Constitución sobre la sagrada liturgia *Sacrosanctum concilium*, n. 7.

<sup>30</sup> Cfr. H. DENZINGER – P. HÜNERMANN, *Enchiridion symbolorum*, cit., n. 1651.

<sup>31</sup> Cfr. PABLO VI, Carta Encíclica *Mysterium fidei*, n. 39.

<sup>32</sup> Cfr. H. DENZINGER – P. HÜNERMANN, *Enchiridion symbolorum*, cit., n. 1642.

<sup>33</sup> CIRILO DE JERUSALÉN, *Catechesis mistagógica*, 5, 16.

<sup>34</sup> Cfr. H. DENZINGER – P. HÜNERMANN, *Enchiridion symbolorum*, cit., n. 1641 y 1653; cfr. TOMÁS DE AQUINO, *Secuencia para la Misa del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo*: «Fracto demum sacramento, ne vacilles, sed memento tantum esse sub fragmento, quantum toto tegitur».

come y jamás se consume, pero santifica a los que participan (comiendo su carne)». <sup>35</sup>

Sin embargo, sería restrictivo pensar que la presencia de Cristo se refiere exclusivamente a la transformación de los elementos, casi de manera estática. La liturgia romana, especialmente en las oraciones después de la comunión, resalta la potencia dinámica de la Eucaristía, que: llega a ser efectiva *participación* en el misterio celebrado, purificación, apoyo, remisión-perdón, remedio, medicina, nutrición espiritual, renovación, reparación, fuente de vida, santificación, prenda de vida eterna. <sup>36</sup>

Con un término rico de significado, se dice que la presencia eucarística procura la *salus*, que es al mismo tiempo *salud y salvación* <sup>37</sup> *in utroque*, es decir *mente et corpore*. <sup>38</sup> Así pues, según la feliz expresión de Santo Tomás: «en este sacramento se encuentra comprendido todo el misterio de nuestra salvación». <sup>39</sup>

## CONCLUSIÓN

Sacrificio, comunión, presencia: son tres dimensiones que expresan el *donarse* de Cristo completamente «por nosotros y por nuestra salvación». En efecto «nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos» (*Jn* 15, 13). En su sacrificio, Cristo nos enseña *como* traducir el sacramento eucarístico en nuestra vida, cómo vivir la *koinonia* en la Iglesia y con los hombres nuestros hermanos, mostrándonos que su presencia es una invitación a la *pro-existencia*. La *pro-existencia* se puede comprender como una vida orientada *a favor* del prójimo, empeño en el mundo, por los pobres, proporcionándoles justicia y fraternidad, soportando también si es necesario, la persecución y la muerte.

<sup>35</sup> *Hieratikon*, cit., 143.

<sup>36</sup> Cfr. A. BLAISE, *Le vocabulaire latin des principaux thèmes liturgiques*, Turnhout s.d., 397-406.

<sup>37</sup> Cfr. ID., *ibid.*, 432ss.

<sup>38</sup> Cfr. *Sacramentarium Veronense* 31; 60; 630.

<sup>39</sup> TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, III q. 83 a 4c.

La lógica del mundo es la lógica del cálculo, de la posesión y del poder. La lógica de la Eucaristía es *sacrificio*, es decir don de sí; *comunión*, es decir compartir vitalmente los dones, partir el pan; *presencia*, metiéndonos dentro de las situaciones del prójimo, comprometiéndonos y abrazando su causa, *agachándonos* para *lavar los pies* de los pobres (cfr. *Jn* 13, 1-20). La Eucaristía no solo nos representa el sacrificio de Cristo en la celebración sacramental, ella renueva continuamente la Iglesia, que emerge de ella « como comunidad insólita, en la cual sorprendentemente vive y actúa el amor del Crucificado por el Padre y por todos los hombres ».<sup>40</sup>

Es aquí, en el sacramento eucarístico donde nace la Iglesia y la nueva humanidad. La Eucaristía – enseña Pablo VI – « es instituida para que lleguemos a ser *hermanos* [...], para que nosotros extranjeros, dispersos e indiferentes los unos con los otros, lleguemos a unirnos, a ser iguales y amigos; se nos da a nosotros masa apática, egoísta, gente dividida entre sí y adversaria, para que lleguemos a ser un pueblo, un verdadero pueblo, creyente y amoroso, con un corazón y una sola alma ».<sup>41</sup>

<sup>40</sup> AA.VV., *L'Eucaristia sacramento di ogni salvezza*, cit., 30 (Tdt).

<sup>41</sup> PAOLO VI, *L'Eucaristia sacramento di unione, sorgente e vincolo di carità*, “Insegnamenti” III (1965), 358 (Tdt).

# La Eucaristía: fuente y cumbre de la vida de los fieles laicos

MATTEO CALISI

## INTRODUCCIÓN

**E**n esta modesta reflexión intentaré transmitir mi experiencia de laico católico que trata de no perder, en el caos de la vida cotidiana, la percepción de lo que Berger llama “el murmullo de los ángeles”, escuchando la palabra de Dios hecha carne, es decir, la Eucaristía, que no se encuentra ni el trueno, ni en el fuego, ni en el terremoto, sino que es una voz que habla en el silencio a las conciencias, porque, como decía Isaías, Cristo “no vociferará ni alzaré el tono” (*Is 42, 2*).

Yo realizaré algunas breves reflexiones sobre el tema, subrayando una vez más, que estas reflexiones nacen de una vivencia personal, avalada por la experiencia vivida dentro de la “Comunidad de Jesús”, que se dedica a la oración, a la evangelización y a la reconciliación entre los cristianos.

Casado y padre de dos hijos, estudió Teología y Bizantinología en la Facultad de Teología Ecuménica y Música del Conservatorio de Bari que es su ciudad natal. Desde el 2002 es Presidente de la Catholic Fraternity of Charismatic Covenant Communities and Fellowships y fue Vice Presidente de la International Catholic Charismatic Renewal Services (ICCRS) hasta marzo del 2004. Es fundador y Presidente de la “Comunidad de Jesús”, que es una asociación de fieles con una particular sensibilidad ecuménica. Es miembro de diversas comisiones internacionales para el diálogo con otras Iglesias cristianas y con los judíos mesiánicos.

## LA PARTICIPACIÓN DEL LAICO A LAS “TRIA MUNERA CHRISTI”

Una de las primeras preguntas que surgen sobre este tema es: ¿cuál es la relación entre la Eucaristía y la vida de un fiel laico, llamado a dar testimonio en todas las dimensiones de su existencia en el mundo?

Las respuesta surge inequívocamente de la Palabra de Dios en el texto de la primera carta de Pedro: «Pero vosotros sois linaje elegido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido, para anunciar las alabanzas de Aquél que os ha llamado de las tinieblas a su admirable luz» (1 P 2, 9).

Antes que nada, como fiel laico, soy consciente de haber sido elevado a una dignidad incomparable, la de pertenecer al pueblo santo de Dios que se distingue claramente de todos los otros reagrupamientos religiosos, étnicos, políticos o culturales de la historia. Dios mismo adquirió este pueblo mediante el sacrificio de su Hijo, destinándolo a ser: “linaje elegido, sacerdocio real, nación santa”.

Entrando al pueblo de Dios mediante la fe y el Bautismo, el fiel laico comienza a participar de la vocación única de este pueblo, la vocación *sacerdotal*: «Cristo Señor, Pontífice tomado de entre los hombres (cfr. *Hb* 5, 1-5), de su nuevo pueblo hizo... “un reino y sacerdotes para Dios, su Padre” (*Ap* 1, 6; cfr. 5, 9-10). Los bautizados, en efecto, son *consagrados* por la generación y la unción de Espíritu Santo como casa espiritual y *sacerdocio santo*, para que, por medio de toda obra del hombre cristiano, ofrezcan *sacrificios espirituales*».<sup>1</sup>

Gracias a su naturaleza sacerdotal, el pueblo de Dios se vuelve idóneo para celebrar la liturgia: «Los fieles, en virtud de *su sacerdocio regio*, concurren a la ofrenda de la Eucaristía».<sup>2</sup>

San León Magno escribe:

«Todos aquellos que renacen en Cristo alcanzan una dignidad real por el signo de la cruz. Con la unción del Espíritu Santo son consagrados sacerdotes. Por lo tanto, no existe solamente el servicio específico propio de nuestro [sacro] ministerio, porque todos los cristianos, revestidos de un carisma espiritual y usando su razón, se reconocen miembros de esta estirpe real y partícipes de la función sacerdotal. ¿No es acaso [ejercer] la función sacerdotal el hecho que un alma gobierne su cuerpo

<sup>1</sup> CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium*, n. 10.

<sup>2</sup> *Ibid.*

sometiéndose a Dios? ¿No es [ejercer] la función sacerdotal consagrar al Señor una conciencia pura y ofrecerle sobre el altar del propio corazón, los sacrificios inmaculados de nuestro culto? ».<sup>3</sup>

Este “sacerdocio común” es el mismo de Cristo, único Sacerdote, en el cual participan todos sus miembros,<sup>4</sup> naturalmente diferente del que es consagrado mediante el sacramento del Orden, que representa a Cristo como Cabeza del Cuerpo. La Iglesia, sin embargo, está gobernada por la ley del Espíritu Santo que es comunión; si en ella existen diferencias, se deben entender en la integración. El sacerdocio de Cristo es único e indivisible y permanece como tal cuando se comunica a la Iglesia. Por eso, en la celebración de la Eucaristía, toda la asamblea es “liturgia”, los ministros y los fieles, cada uno según la propia función, pero en la unidad del Espíritu Santo que actúa en todos.

Sin embargo, la participación a las *tria munera Christi* para los fieles laicos se manifiesta en las funciones “sacerdotal, profética y real” que se concretizan a través del testimonio cristiano en todas las dimensiones de su existencia en el mundo.

## RELACION ENTRE EUCARISTÍA Y TESTIMONIO

Este testimonio cristiano, en relación con la Eucaristía, se manifiesta justamente en relación a la percepción de la presencia viva de Cristo resucitado en el sacramento. ¡Es la condición primera e indispensable! ¡Se testimonia lo que se conoce y se experimenta concretamente! Es la percepción la que hace surgir del corazón, antes que nada, la oración, porque la oración es un diálogo entre personas que están presentes una en la otra y se escuchan.

No se dialoga con alguien que está ausente. A menudo se dice, con una imagen sugestiva, que la oración es el respiro de la vida; entonces,

<sup>3</sup> LEÓN MAGNO, *Sermones*, 4, 1: PL 54, 149 (Tdt).

<sup>4</sup> CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución sobre la sagrada liturgia *Sacrosanctum concilium*, n. 14; Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium*, n. 10.

se puede agregar que así como los pulmones se mueven al ponerse en contacto con el oxígeno del aire, la intimidad del hombre se mueve al relacionarse con esta presencia que percibe la fe.

En los signos del pan y del vino se revela una *presencia totalmente real y sustancial* que permanece más allá de la celebración. A través del gesto sacramental, que es “acción personal de Cristo”, ésta se revela como *presencia dinámica, expresiva, personal y encarnada en la Iglesia* y es el corazón de la fe del laico cristiano: su oración, su testimonio, su misión en el mundo dependen de la percepción viva, emocionada, exultante de esta presencia. ¿Cómo puede permanecer inerte quien vive esta experiencia? San Ambrosio decía «que se encontraba con Él cara a cara, en sus sacramentos»; percibía casi «el hálito de su respiración»: “*Presentiae eius flatum aspirare*”. En ningún otro espacio y tiempo, el encuentro con Cristo, es más fácil y más pleno.

No hay nada más importante para el creyente que esta percepción viva, real y personal en la Eucaristía. A menudo, reducimos erróneamente la fe a la aceptación plena de un cierto número de verdades, mientras que lo esencial de la fe permanece en la capacidad de percibir esta presencia misteriosa, escondida pero potente del Señor resucitado en la realidad de la Iglesia y del mundo, sobre todo en la Eucaristía, «fuente y cumbre de toda la vida cristiana».<sup>5</sup> Quien así lo cree, sabe encontrarse con Jesús, “respira” su presencia y la oración se vuelve el respiro de su vida. La Eucaristía se vuelve de este modo el corazón de nuestras jornadas, porque es el centro de toda actividad del espíritu y de las dimensiones temporales.

## ¿CÓMO PERCIBE EL LAICO LA PRESENCIA DE CRISTO EN LA EUCARISTÍA?

La presencia real de Cristo en la Eucaristía, se percibe en el interior de una experiencia “teologal” de Dios ligada a la participación consciente en la celebración del misterio eucarístico. Esta experiencia teo-

<sup>5</sup> Id., Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium*, n. 11.

logal depende de dos condiciones: la primera es de carácter general porque es indispensable para todos, sean laicos o ministros ordenados y consiste en el nivel de pureza que la fe, la esperanza y la caridad, las tres virtudes teologales, alcanzan en el corazón del creyente. La percepción de la presencia de Cristo y la unión con Él en la Eucaristía es directamente proporcional al nivel de esta pureza: solo los puros de corazón podrán ver a Dios (cfr. *Mt* 5, 8).

La segunda condición, también indispensable, es que la celebración eucarística se realice de forma viva, realmente participada, con el aporte consciente de los fieles en sus *funciones*: *sacerdotal* – de alabanza y adoración a Dios –, *real* – a través del ejercicio de los dones, carismas y ministerios – y *profética* – con el anuncio público y llano de la Palabra de Dios –.

Así lo expresa la Constitución sobre la sagrada liturgia:

«La santa madre Iglesia desea ardientemente que se lleve a todos los fieles a aquella participación plena, consciente y activa en las celebraciones litúrgicas que exige la naturaleza de la liturgia misma, y a la cual tiene derecho y obligación, en virtud del Bautismo, el pueblo cristiano, “linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido” (1 P 2, 9; cfr. 2, 4-5)».<sup>6</sup>

Sin embargo, somos conscientes que la concretización de esta participación, depende de una sólida formación de base y de la capacidad espiritual del que preside la celebración eucarística, es decir, del sacerdote; porque se funda en la conciencia de que él, no solamente realiza una función ritual cumpliendo el rito según las prescripciones litúrgicas, sino que tiene la tarea de hacer de este rito una mistagogía o ascensión a Dios, capaz de facilitar el encuentro de Dios con el su pueblo:

«Y como no se puede esperar que esto ocurra si antes los mismos pastores de almas no se impregnan totalmente del espíritu y de la fuerza de la liturgia y llegan a ser maestros de la misma, es indispensable que se provea, antes que nada, a la educación litúrgica del clero».<sup>7</sup>

<sup>6</sup> Id., Constitución sobre la sagrada liturgia *Sacrosanctum concilium*, n. 14.

<sup>7</sup> *Ibid.*

Esto implica, por lo tanto, que los laicos reciben mucho fruto cuando participan en misas donde los sacerdotes celebran el santo rito de manera viva, mostrando que ellos son los primeros en vivir la experiencia de la presencia de Cristo resucitado en la Palabra y en la Eucaristía.

Al mismo tiempo, los laicos, a través del ejercicio de las virtudes teologales y de los carismas con los cuales el Espíritu los dota, cuando son libres de manifestarlos, contribuyen concretamente a manifestar a Cristo resucitado en la celebración eucarística. La liturgia, que es la expresión más solemne y pública del pueblo de Dios, se vuelve automáticamente la manifestación viviente del laicado católico, componente preponderante del Pueblo de Dios.

Sin embargo, desafortunadamente, no obstaste la reforma litúrgica, todavía permanece una difundida mentalidad clerical en la liturgia, que ve la celebración del misterio más bien como obra del clero, es decir del ministro celebrante, que como “obra de todo el entero pueblo de Dios” que celebra a su Señor. En efecto, a menudo, el pueblo se une al celebrante no a través de una participación activa y viva sino sólo formalmente en una relación dialógica circunscripta a las respuestas rituales.

No es favorable para poder superar esta mentalidad, la concepción actual que atribuye al fiel laico el derecho-poder de manifestar su fe y de ejercitar por eso su propia *función sacerdotal, profética y real* sólo o predominantemente, en contacto con las realidades seculares y profanas del mundo. La consecuencia es que, cuando participa, incluso *consciente y activamente*, en el sacrificio eucarístico, termina por ser considerado más como una especie de espectador pasivo, cuya función es solamente la de fruir y recibir el misterio que se realiza en la *actio* litúrgica, que como un participante activo de la acto litúrgico en la cual el misterio se cumple.

¿No es el pueblo de Dios, la Iglesia entera fundada y generada por Cristo con la acción del Espíritu, que “celebra” la Eucaristía? ¿El pueblo de Dios está compuesto solamente por ministros ordenados? Si así fuese ¿cuál es la finalidad del *sacerdocio real* de Cristo que penetra y se transmite a cada cristiano por medio del Bautismo?

La celebración eucarística es, por lo tanto, el lugar en el cual el *sacerdocio ministerial* y el *sacerdocio real*, cada uno por su parte, se armonizan e interactúan para realizar, gracias a la potencia del Espíritu Santo, dos acontecimientos maravillosos: la generación de Cristo en el Misterio Eucarístico y la edificación del pueblo de Dios como Cuerpo Místico en el cual él es la Cabeza.

La Eucaristía es el principal lugar en donde el laico expresa y se nutre de la fe, de la esperanza y de la caridad, con la cuales lo dotó el Espíritu Santo. Es el lugar en donde el laico debe superar todo temor de testimoniar, junto con los hermanos de fe, su alabanza y adoración a Dios. La escucha profunda de la Palabra de Dios y el alimentarse de Cristo, se transmutan en un impulso incontenible de salir del templo e ir hacia el mundo para anunciar la salvación y la señoría de Jesucristo, para llegar a ser, a su vez, pan partido para los hermanos y para la humanidad entera.

Desde hace años participo en las celebraciones eucarísticas vividas según algunas expresiones típicas del movimiento de *Renovación carismática católico*. Deseo dar un testimonio diciendo que, en estas santas misas se percibe una presencia viva del Resucitado y se crea una comunión íntima con Él, justamente en virtud de esta participación viva, plena de fe, esperanza y caridad, sea en el sacerdote que preside que en los fieles laicos. En virtud de esta “carga divina”, recibida en la celebración eucarística, será después más fácil para los fieles laicos trasladar *la gracia* y *la potencia del Espíritu Santo* a las actividades cotidianas de cada día y testimoniar al Resucitado delante del mundo incrédulo y secularizado de hoy.

## LA EUCARISTÍA Y LA EXPERIENCIA DEL ESPÍRITU SANTO

La Eucaristía es don de gracia, pan vivo, sangre de redención, potencia del amor que se hace alimento y bebida. Este don de gracia, que es don del Espíritu Santo, realiza una nueva y potente *efusión del Espíritu Santo* en quien se nutre de este alimento y sacia su sed con esta be-

bida: esta *efusión* se dona a cada uno para vivir cristianamente, es decir para caminar hacia la santidad, a la cual está llamado cada bautizado y para dar un testimonio cristiano en el mundo.

Esta verdad estuvo siempre y está todavía viva y presente en la experiencia cristiana desde sus orígenes hasta hoy y se deduce de toda la tradición litúrgica.

Esta efusión del Espíritu Santo en el corazón del creyente, para hacerlo un testigo del Resucitado, no ocurrió de una vez para siempre en el Bautismo y la Confirmación sino que se nos dona constantemente en la Eucaristía.

Sabemos qué importancia se le atribuye en la Tradición oriental a la participación del *Espíritu* en el evento eucarístico. La Eucaristía no es sólo un acto de Cristo sino también del *Espíritu* y muchos recordarán como, durante el Concilio Vaticano II, los Padres orientales, a menudo denunciaron, respecto a este tema, las carencias occidentales. Realmente Cristo nos encuentra en el *Espíritu*. No se concibe en la historia de la salvación la intervención sólo por parte de Cristo sin la acción del Espíritu. Cristo, a quien en la liturgia se lo invoca con el término “Kyrios”, ejerce su señorío y su actividad salvadora solamente a través de la potencia del “Pneuma”, es decir de su Espíritu.

Así se expresaba el gran Cabasilas en el siglo XIV:

«En Pentecostés, la Iglesia recibió el Espíritu Santo después que Cristo subió a los cielos. Ahora, ella recibe el don del Espíritu después que las hostias son aceptadas en el altar celeste. Dios acoge estos dones y en cambio nos envía el Espíritu Santo».<sup>8</sup>

Por esto la *Anáfora di Santiago*, introduce así la segunda parte de la narración de la institución: «Tomó el cáliz... lo consagró, lo bendijo, lo colmó del Espíritu Santo y lo dio a sus discípulos diciendo...».<sup>9</sup>

<sup>8</sup> NICOLA CABASILAS, *Explication de la divine liturgie* (“Sources Chrétiennes”, n. 4 bis), Paris, 1967, 173-177 (Tdt).

<sup>9</sup> Cfr. J. H. HANSENS, *Institutiones Liturgicae de Ritibus Orientalibus*, III vol., Roma 1930-1932, 587-591.

San Efrén escribe en relación a este tema: «En la copa hay vino mezclado con el fuego del Espíritu».<sup>10</sup> Otro tanto se dice del pan, que se transforma en el Cuerpo viviente de Cristo, *lleno del Espíritu Santo*, en consecuencia «aquél que come con fe, come el fuego del Espíritu; coman todos, [pues] mediante esa comida comen el fuego del Espíritu Santo».<sup>11</sup>

En términos líricos, la misma «cítara del Espíritu» se encuentra dicha más difusamente en un himno:

«Fuego y Espíritu en el seno de tu Madre,  
Fuego y Espíritu en el agua del Jordán,  
de nuevo Fuego y Espíritu en nuestro Bautismo  
y Fuego y Espíritu en el pan y en el cáliz».<sup>12</sup>  
«En tu pan está escondido el Espíritu que no se come,  
en tu vino se encuentra el Fuego que no se bebe.  
El Espíritu en tu pan, el Fuego en tu vino,  
maravilla sublime que nuestros labios acogieron,  
en el pan comemos Fuego y encontramos vida».<sup>13</sup>

Utilizando una alegoría: el pan y el vino deben por lo tanto, atravesar el *braciere* de Pentecostés para emerger como Cuerpo y Sangre del Cordero inmolado del mismo modo como, en el plano natural, no hay pan que no haya pasado por un horno ardiente, ni vino cuyos granos no hayan sido antes embriagados por el calor del sol.

Esta idea del *Fuego divino* creó, primero en oriente y después también en occidente, una serie de visiones en las cuales una esfera de fuego envuelve al altar y al celebrante en el momento culminante de la Misa. No por nada en el rito caldeo, el diácono motiva a los fieles a participar del misterio con estas palabras:

<sup>10</sup> EFRÉN EL SIRO, *Hymni et sermones*, ed. T. Lamy, Malines 1882, 418.

<sup>11</sup> *Ibid.*, 415.

<sup>12</sup> Himno *De Fide* VI, 17. Cfr. P. YOUSIF, *L'Eucharistie et le Saint-Esprit d'après S. Ephrem de Nisibe*, in *A tribute in Artur Voobus. Studies in early Christian Literature*, Chicago 1977, 235-246 (Tdt).

<sup>13</sup> Himno *De Fide* X, 8 (Tdt).

«Queridos hermanos míos, esta hora es terrible y este momento tremendo: el Espíritu viene de las moradas celestes, desciende sobre esta ofrenda y la consagra. Permanezcan de pie, recen en silencio y con temblor».<sup>14</sup>

En la misma línea San Juan Crisóstomo afirma: «No es el sacerdote que hace algo, sino que es la gracia del Espíritu que irrumpe en él, lo cubre con sus alas y realiza este sacrificio místico».<sup>15</sup>

Al vivir intensamente este principio de la liturgia, algunos hombres santos de la tradición oriental, participando en los Sacros misterios, veían el Pan todo encendido, el altar en llamas, el celebrante revestido de luz. Así el hermano Simón, mientras San Sergio celebraba la Eucaristía, ve una llama de fuego rozar la mesa de la prótesis y envolver el santo altar. Después, en el momento de la comunión, el fuego entra en el cáliz y el santo bebe aquel fuego.<sup>16</sup>

También podemos citar experiencias místicas parecidas en la tradición occidental. Por ejemplo Santa Catalina de Siena, veía al altar envuelto en fuego como la zarza del Horeb. Veía al *Espíritu Santo*, que aleteaba sobre el altar a moda de paloma y en el momento de la comunión, sentía la hostia pasar sobre sus labios como un carbón ardiente y penetrar en su cuerpo como una chispa de fuego.<sup>17</sup>

En la Celebración, el *Espíritu* que transforma el pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Cristo es el mismo *Espíritu* que se invoca en la segunda epiclesis eucarística para que todos aquellos que participan de la Eucaristía «sean transformados en un solo cuerpo y en un solo espíritu», según la expresión paulina «en un solo Espíritu hemos sido todos bautizados, para no formar más que un cuerpo» (1 Co 12, 13).

En la Eucaristía, Jesús, vivo y resucitado, infunde copiosamente un «bautismo en Espíritu Santo y fuego» (Mt 3, 11) para hacernos sus dis-

<sup>14</sup> Cfr. *Messale caldeo*, Ed. Roma 1767 e Marsiglia 1936.

<sup>15</sup> JUAN CRISÓSTOMO, *De Pentecoste*, Hom I, 4; PG 50, 458-459.

<sup>16</sup> Cfr. EPIFANIO EL SABIO, *Vita di S. Sergio di Radonež*.

<sup>17</sup> Cfr. TOMÁS DE ANTONIO DE SIENA, llamado el CAPPARINI, *Legenda minor*.

cípulos y sus testigos: por eso se puede afirmar que la Eucaristía es un *perenne Pentecostés* que transforma a los cristianos en misioneros del Resucitado.

En consecuencia, cada fiel, en virtud de esta nueva y continua *efusión del Espíritu Santo*, está llamado a ser testigo del Resucitado en el estado de vida en el cual Dios lo llamó y en cada circunstancia alegre o adversa, como en toda su actividad, sea esa secular o más propiamente religiosa.

De este modo los laicos, «revestidos de poder desde lo alto» (Lc 24, 49), estarán en grado de realizar su *sacerdocio espiritual*, así como lo expresa un texto fundamental del Concilio Vaticano II, que vale la pena citar:

«Todas sus obras, sus oraciones e iniciativas apostólicas, la vida conyugal y familiar, el cotidiano trabajo, el descanso de alma y de cuerpo, si son hechas en el Espíritu, e incluso las mismas pruebas de la vida, si se sobrellevan pacientemente, se convierten en sacrificios espirituales, aceptables a Dios por Jesucristo (cfr. 1 P 2, 5), que en la celebración de la Eucaristía se ofrecen piadosísimamente al Padre junto con la oblación del cuerpo del Señor. De este modo, también los laicos, como adoradores que en todo lugar actúan santamente, consagran el mundo mismo a Dios».<sup>18</sup>

## LAS FORMAS HISTÓRICAS DEL CULTO EUCARÍSTICO

En la vida de la Iglesia, desde el inicio, la Eucaristía siempre fue y es la síntesis de toda la historia de la salvación. Además, en el misterio eucarístico, está de algún modo anticipado el futuro porque la Eucaristía realiza en el presente el retorno de Cristo. Ella es el punto de convergencia de todas las actividades de la Iglesia, es decir, de la pastoral, de la pre-

<sup>18</sup> CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium*, n. 34.

dicación, de la teología, del diálogo con el mundo, del ecumenismo. Todas estas actividades encuentran en la Eucaristía el eje y el corazón.

La centralidad de la Eucaristía, en el camino de la historia, asumió aquellas formas ejemplares que Manzoni llamaría «gestos singulares e in-comunicables». Se trata de formas impresionantes y maravillosas como el *martirio* y la *vida monástica* da la cual surge también la *vida religiosa*.

El *martirio* es el ofrecimiento de sí mismo a Dios, que se traduce en la inmolación. Es el don de la vida ofrecido con tanta seriedad que llega a la total oblación y a la aceptación de la muerte por amor a Cristo. Al respecto, es interesante ver como en la Tradición, el martirio estuvo siempre ligado indisolublemente a la Eucaristía: en la Eucaristía Cristo se inmola y en el martirio los mártires se inmolan, llegando a ser a la vez pan partido y consumado para la gloria de Dios. ¡Los ejemplos resplandecientes son tantos! Nos bastará recordar algunos.

*Ignacio de Antioquía*, obispo del siglo II, peregrinando encadenado desde Asia hacia Roma en donde encontró el martirio, exhortaba a los suyos a no hacer nada para salvarlo de la total inmolación y, caminando alegremente hacia el martirio, decía: «Trigo soy de Dios, y por los dientes de las fieras he de ser molido, para transformarme en pan para el mundo».<sup>19</sup>

En esta frase, la alusión a la Eucaristía es muy evidente y la similitud es de una eficacia maravillosa: como el pan material consagrado en la celebración eucarística se transforma en alimento, así su cuerpo consagrado por el martirio y comido por las fieras se convierte en pan para el mundo.

San Ignacio, con la aceptación del martirio, expresa el deseo de querer ofrecer su misma vida como sacrificio a Dios. Él declarará: «Les pido una sola cosa, dejenme que me ofrezca en libación a Dios mientras el altar esté preparado».<sup>20</sup> Parece que está en la iglesia, pero se encuentra en un circo de fieras.

Ésta es la razón por la cual San Ignacio, en la misma carta a los cris-

<sup>19</sup> IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Carta a los Romanos*, IV.

<sup>20</sup> *Ibid.*, II.

tianos de Roma, afirma: «No tengo más placer por ningún alimento terreno, quiero el pan de Dios, la carne de Cristo, quiero como bebida su sangre».<sup>21</sup> El mártir no desea otro alimento que la Eucaristía. Todos los otros alimentos terrenos ya no le interesan. El mártir encuentra su alimento en la Eucaristía porque allí se halla la asociación más real en la Pascua de Cristo. *Realmente* muere con Él, *realmente* se asocia a la vida del Resucitado y del modo más perfecto participa en aquel amor que impulsó a Cristo a dar su vida.

Otro ejemplo muy interesante lo presenta el martirio de *Policarpo de Esmirna*. El hagiógrafo, en un texto que es clásico, nos muestra al santo mártir allí, en el patíbulo, mientras pronuncia una especie de plegaria eucarística.<sup>22</sup> Él eleva una oración que es parecida al canon; sin embargo, la materia de la consagración no es el pan sino su misma vida.

El hagiógrafo, al narrar el martirio, dice que el fuego de la hoguera había formado como un velo alrededor del cuerpo del santo que parecía como «un pan mientras se cocina».<sup>23</sup> La alusión a la Eucaristía es muy clara y evidente. El texto nos dice que ésta era la concepción que la generación primitiva tenía de la relación entre martirio y Eucaristía.

Ésta es la razón por la cual los 49 *mártires de Abitene*, en el actual Túnez, sorprendidos durante la persecución de Diocleciano (304-305) celebrando la Eucaristía, transgrediendo así las disposiciones del emperador, fueron con valor a encontrar la muerte afirmando: «Cómo un cristiano no podía existir sin celebrar el domingo o la asamblea dominical no podía existir sin un cristiano». Y uno de ellos, un tal *Emérito*, que había brindado hospitalidad a otros cristianos en su casa al rezar, no dudó en exclamar: «¡Sin el domingo no podemos vivir!».<sup>24</sup>

<sup>21</sup> *Ibid.*, VII.

<sup>22</sup> Cfr. *Martirio di Policarpo*, XIV, in “Collana di testi patristici”, *I Padri apostolici*, Città nuova editrice, Roma 1978, 167-168.

<sup>23</sup> *Ibid.*, XV.

<sup>24</sup> Citado en ANGELO COMASTRI – FRANCESCO CACUCCI, *Senza la domenica non possiamo vivere*, Lettera di presentazione del Congresso eucarístico nazionale di Bari, 21-29 maggio 2005.

El profesor Andrea Riccardi, estudioso de la eclesiología en la edad moderna y contemporánea dio a conocer recientemente al público italiano, en una valiosa obra, algunos testimonios recogidos por la *Comisión nuevos mártires* della Santa Sede. Una de estas “memorias”, vividas dentro de un campo de concentración nazista, evidencia aún una vez más la relación existente entre sacrificio eucarístico y martirio:

«Ha escrito don Angeli: “Era útil, era quizás necesaria la presencia de sacerdotes en aquellos lugares de terror y de muerte ... No celebraban la Misa. Sin embargo, en la mañana, cuando convocados en la explanada del campo, veinte mil hombres doloridos comenzaban su jornada de penas inenarrables, nosotros estábamos allí para cumplir nuestro oficio de mediadores entre Dio y la humanidad. Aquel campo que hervía era como una gran patena, más preciosa que todas aquellas doradas de nuestras iglesias, una patena cargada de todos los sufrimientos atroces del mundo, y nosotros la elevábamos al Cielo implorando piedad, perdón y paz. Sí, se necesitaba en estos lugares el sacerdote. Él debía recoger todo aquel dolor infinito y presentarlo a Dios».»<sup>25</sup>

La *vida monástica y religiosa* es el otro gesto singular e incommunicable en el cual la Eucaristía históricamente se encarnó. Es la respuesta a un especial llamado de Dios que conlleva el don total de la propia vida, el abandono del mundo y de las cosas del mundo y la consagración de sí mismo como respuesta al llamado. Se trata de una ofrenda irrevocable en la castidad, en la obediencia y en la pobreza en una especie de martirio cotidiano, de constante muerte a sí mismo, donde no es tanto la sangre del martirio cruento que alcanza su auge sino el sacrificio constante y diuturno de sí por la gloria de Dios. El monje en la vida contemplativa y el religioso que traduce la contemplación en acción, en práctica toda la vida consagrada, se transforma en una constante ofren-

<sup>25</sup> R. ANGELI, *Vangelo nei Lager*, citado en A. RICCARDI, *Il secolo del martirio, i cristiani nel Novecento*, Milano 2000, 132 (Tdt).

da a los hermanos para la construcción del Reino. El consagrado, como el mártir, se hace pan partido para los hermanos y la suya es una misión específicamente eucarística porque como Cristo Eucaristía se dona a los suyos, así el consagrado se dona a sus hermanos.

## LA EUCARISTÍA Y EL APOSTOLADO DE LOS LAICOS

El apostolado de los laicos, aunque no forma parte de las formas específicas del martirio y de la consagración, tuvo siempre una relación estrecha con la Eucaristía. Los fieles laicos, ya sea en forma individual o a través de sociedades como las pías uniones, las cofradías, las asociaciones y otras formas que, a su vez, el Espíritu Santo suscitó en el pueblo de Dios, siempre contribuyeron con eficacia en la misión de la Iglesia, partiendo siempre de la centralidad de la Eucaristía.

Sin embargo, la novedad histórica de nuestro tiempo está representada del singular apostolado de los *movimientos eclesiales* y de las *nuevas comunidades* que surgieron después del Concilio y que el Santo Padre Juan Pablo II reconoció como una gran y segura esperanza para la Iglesia y para el mundo. Los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades formadas por laicos, justamente porque participan de la única misión de la Iglesia, no pueden sino tener como *fuentes y cumbres* de su apostolado el misterio eucarístico,<sup>26</sup> porque en la base del propio camino tienen una formidable *espiritualidad eucarística*.

En efecto, todos los inspiradores o fundadores de estos movimientos y comunidades, con acentuaciones y matices diversos, afirman sustancialmente lo mismo: su apostolado y su carisma nace del encuentro con una Persona viva, no de una idea abstracta o de una simple doctrina. Y el encuentro con esta persona viva, que es Cristo, ocurre y se realiza principalmente en la Eucaristía.

Es en la Eucaristía que los miembros de los movimientos eclesiales

<sup>26</sup> CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución sobre la sagrada liturgia *Sacrosanctum concilium*, n. 14; Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium*, n. 11.

y de las nuevas comunidades, en continuidad con la Tradición, reconocen, ven, experimentan, escuchan, tocan la presencia viva y realísima de Jesús Resucitado. Y es Jesús, encontrado en la Eucaristía, que los convierte en sus discípulos y hace de ellos testigos vivos y mediadores de su venida, casi sus sustitutos para ser acogido por los hombres: «Quien a vosotros recibe, a mí me recibe» (Mt 10, 40).

Discipulado y testimonio, comunión y misión son los dos momentos fundamentales de la historia y de la vida de los movimientos eclesiales y de las nuevas comunidades. En la base de su apostolado está este *leitmotiv*: cada hombre que Jesús encuentra, se vuelve un enviado de Jesús. La Magdalena, que es la primera persona que Jesús encuentra después de la resurrección, es la primera enviada. Los discípulos de Emaús, después de haber encontrado y reconocido a Jesús Resucitado al compartir la Eucaristía «se levantaron al momento y volvieron a Jerusalén» (Lc 24, 33), para anunciar la resurrección. Jesús se les aparece a los once y los envía a las gentes.

La Eucaristía permite encontrar a Cristo y lleva la vida donde estaba la muerte, dona la resurrección a aquellos que, muertos por causa de sus pecados, viven en la desesperación y lejos de Dios. Provoca el encuentro personal con Cristo y aquellos que la celebran están invitados por Él, personalmente, como fueron invitados los Once que habían «comido y bebido con Él después que resucitó de entre los muertos» (Hcb 10, 41 ;cfr. Lc 24, 36-48).

Testigo es aquél que atestigua lo que vio y oyó personalmente. A veces, se piensa que el rol de la Iglesia sea solamente conversar y transmitir el testimonio de los discípulos, a los cuales se apareció el Resucitado. Así, la tarea de la Iglesia se reduce radicalmente, porque es relegada a nivel de mera conversación y transmisión histórica del testimonio de los hombres de dos mil años: pero ésta es tarea del archivista o del historiador. En cambio, la misma Iglesia es testigo de la resurrección, porque la Iglesia es aquella que encuentra a Cristo en todos los momentos de la historia y por eso, *hic et nunc*, aquí y ahora. Y su testimonio es auténtico, porque el encuentro con Cristo se verifica constantemente en su vida a través de la Palabra y la Eucaristía. El testimo-

nio cristiano, por lo tanto, es la consecuencia de este encuentro personal con Cristo del cual surge el compromiso de ir a anunciar al mundo que Cristo resucitó.

Juan en su primera carta, presenta así el testimonio cristiano «lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos» (1 Jn 1, 3), «y nosotros hemos visto y damos testimonio de que el Padre envió a su Hijo, como Salvador del mundo» (1 Jn 4, 14).

La atención y la tensión que los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades tienen respecto a Cristo, encuentran su natural realización y reconocimiento en lo que hoy se llama la dimensión horizontal, es decir, en la atención de aquellos de los cuales es necesario hacerse prójimo, porque no tiene sentido ir hacia Cristo si no se va con las manos llenas de historia.

Es desde esta convicción que los miembros de estas asociaciones laicales asumen esenciales compromisos de vida cristiana a nivel personal, familiar, civil y eclesial. No es raro que ellas promuevan importantes obras sociales y de caridad en todas las partes del mundo, ayudando a los pobres y necesitados. Sin compromisos eficaces, el culto correría el riesgo de volverse un cómodo pasatiempo, se reduciría a un culto vacío o una simple apariencia de culto (cfr. Is 29, 13).

Entonces la Eucaristía, lugar de encuentro y de comunión con Cristo, se vuelve para los laicos en el lugar desde donde se parte para ir hacia los otros, para convertirse, como Cristo, en pan partido – si es necesario hasta el martirio – para los hombres de nuestro tiempo, todos pobres y necesitados de salvación y de amor.

## CONCLUSIÓN

Concluyendo, no es posible no recordar en esta sede la dimensión contemplativa en donde surge todo acto cristiano. Los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades descubrieron la importancia y el valor de la adoración eucarística y se ubican no solo como destinatarios sino también como promotores y divulgadores de la dimensión contemplativa.

El retorno a la adoración eucarística es una imperiosa necesidad para el laicado católico y para toda la Iglesia, tal como muchas veces lo corroboró el Santo Padre Juan Pablo II en muchas ocasiones y en particular con ocasión del Congreso Eucarístico Internacional del Gran Jubileo, en Roma.

En efecto, solo en la contemplación eucarística los apóstoles de Cristo pueden encontrar la fuerza para ir y convertirse, como Cristo, en pan partido para los hermanos. Es por eso que me gusta ofrecer a la meditación de quien lee estos modestos pensamientos, las mismas palabras que el Santo Padre escribió al respecto en la *Carta sobre la Adoración de la Eucaristía*:

«Exhorto a los cristianos a realizar regularmente una visita a Cristo presente en el Santísimo Sacramento del altar, pues nosotros estamos todos llamados a permanecer permanentemente en presencia de Dios, gracias a Aquél que permanecerá con nosotros hasta el final de los tiempos. En la contemplación, los cristianos perciben con mayor profundidad que el misterio pascual está en el centro de toda la vida cristiana».<sup>27</sup>

En la misma carta el Santo Padre ya había afirmado:

«La contemplación prolonga la comunión y permite encontrar a Cristo continuamente, verdadero Dios y verdadero hombre, dejarnos mirar por Él y experimentar su presencia. Cuando lo contemplamos presente en el Santísimo Sacramento del altar, Cristo se acerca hacia nosotros y se vuelve íntimo con nosotros, más de cuanto lo somos nosotros mismos; nos hace participar de su vida divina a través de una unión que transforma y mediante el Espíritu, nos abre la puerta que conduce al Padre, como Él mismo se lo dijo a Felipe: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Jn 14, 9). Permaneciendo en silencio delante del Santísimo Sacramento, nosotros descubrimos que es Cristo,

<sup>27</sup> JUAN PABLO II, *Carta sobre la adoración de la Eucaristía*, XLVII Congreso Eucarístico Internacional, Roma 18-25 de junio del 2000, n. 6.

total y realmente presente, que nosotros adoramos y con quien estamos en relación... A través de la adoración, el cristiano contribuye misteriosamente a la transformación radical del mundo y a la difusión del Evangelio. Cada persona que reza al Salvador, arrastra detrás al mundo entero y lo eleva a Dios».<sup>28</sup>

<sup>28</sup> *Ibid.*, n. 2.



## El día del Señor: la asamblea eucarística, corazón del domingo

MONS. VICENZO PAGLIA

### PREMISA

**M**e parece oportuno realizar una brevísima observación. Ya pasaron exactamente cuarenta años de la aprobación de la Constitución conciliar *Sacrosanctum concilium* sobre la liturgia. Justamente en estos días de noviembre, después de la primera aprobación general del esquema que se realizó el 14 de este mes, se redactó el texto definitivo que obtuvo la aprobación por amplia mayoría de los padres conciliares. Y de los archivos resulta que fue precisamente la Eucaristía el tema que ocupó más tiempo del debate conciliar. Hay quien sostiene – es la tesis de Giuseppe Dossetti que trabajó junto al Cardenal Lercaro durante el Concilio – que esta Constitución no tiene sólo una prioridad temporal sobre los otros documentos; ella constituye una especie de clave interpretativa de la esencia misma de la doctrina sobre la Iglesia tal y como se encuentra delineada en el Vaticano II.

Señalé esta circunstancia para subrayar no solo la oportunidad de este encuentro, sino también su consonancia, diría temporal, con el Vaticano II.

Obispo de Terni-Narni-Amelia desde el 2000. Fue por un largo período Asistente eclesiástico general de la Comunidad de San Egidio. Es Presidente de la Federación Bíblica Católica y Presidente de la Comisión para el Ecumenismo y el Diálogo interreligioso de la Conferencia Episcopal Italiana. Participa en las actividades de la Asociación “Hombres y Religiones” de la Comunidad de San Egidio que organiza encuentros ecuménicos e interreligiosos por la paz y el diálogo entre las distintas expresiones de fe y las culturas. Ha publicado numerosos volúmenes de carácter histórico y espiritual, entre los cuales *Lettera a un amico che non crede* (1998-2003), *Nel cuore di Dio*. *Le parole di chi crede* (1999), *La parola di Dio ogni giorno* (2002).

“NO PODEMOS VIVIR SIN EL DOMINGO”

Justamente el Vaticano II afirma: «La Iglesia, por una tradición apostólica que trae su origen del mismo día de la resurrección de Cristo, celebra el misterio pascual cada ocho días, en el día que es llamado con razón “día del Señor” o domingo». <sup>1</sup> Y agrega que «el domingo es la fiesta primordial» <sup>2</sup> de los cristianos. Desde los orígenes, los cristianos celebraron el domingo. San Jerónimo afirmaba: «El domingo es el día de los cristianos, es nuestro día». En efecto, el domingo, lo distinguían de los otros: solamente los discípulos de Jesús recordaban la Pascua de resurrección, que aconteció justamente el «primer día después del sábado». Esta memoria induce a los primeros cristianos a afirmar: «No podemos vivir sin el domingo», es decir: «no podemos vivir sin celebrar la memoria de la Pascua».

Las primeras comunidades cristianas, con la obvia indiferencia sea de la sociedad judía que de la romana, se reunían en el día después del sábado y celebraban la memoria del Señor resucitado con la Eucaristía. Una célebre página de Justino, escrita hacia el 150, describe de esta manera el domingo de los cristianos:

«El día que se llama del sol se celebra una reunión de todos los que moran en las ciudades o en los campos, y allí se leen, en cuanto el tiempo lo permite, los *Recuerdos de los Apóstoles* o los escritos de los profetas. Luego, cuando el lector termina, el presidente, de palabra, hace una exhortación y una invitación para que imitemos estos bellos ejemplos. Seguidamente, nos levantamos todos a una y elevamos nuestras preces [...] Terminadas las oraciones, nos damos mutuamente el ósculo de paz. Luego, al que preside a los hermanos, se le ofrece pan y un vaso de agua y vino, y tomándolos él tributa alabanzas y gloria al Padre del universo por el nombre de su Hijo y por el Espíritu Santo, y pronuncia una larga acción de gracias [eucaristía],

<sup>1</sup> CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución sobre la sagrada liturgia *Sacrosanctum concilium*, n. 106.

<sup>2</sup> *Ibid.*

por habernos concedido esos dones que de Él vienen. Y cuando el presidente ha terminado las oraciones y la acción de gracias, todo el pueblo presente aclama diciendo: Amén [...] Y una vez que el presidente ha dado gracias y todo el pueblo respondió, los que entre nosotros se llaman ministros o diáconos, dan a cada uno de los asistentes parte del pan y del vino y del agua sobre los que se dijo la acción de gracias y lo llevan a los ausentes. Y este alimento se llama entre nosotros “Eucaristía”... ».<sup>3</sup>

Así los primeros cristianos vivían el domingo. Un cristiano de hoy, si pudiese participar idealmente de la Eucaristía dominical del II siglo, no se encontraría desorientado. Es cierto que, en aquella época, significaba un elección decisiva que comportaba problemas. Algunos afrontaron hasta el martirio con tal de no renunciar a participar de la celebración.

Incluso tenemos aquellos que podríamos llamar “los mártires del domingo”. En Abitene (una pequeña ciudad del actual Túnez), en el 304, arrestaron a un grupo de cristianos con un sacerdote y dos lectores. Delante del procónsul que los acusaba de reunirse ilícitamente, uno de ellos, Saturnino, respondió:

«Nosotros debemos celebrar el día del Señor: ésta es nuestra ley”. Después interrogaron al propietario de la casa, que se llamaba Emérito. El procónsul le dijo: “¿Se hicieron reuniones prohibidas en tu casa?”. “Sí, celebramos el día del Señor”, respondió. “¿Por qué les permitiste entrar?”, le preguntó el procónsul. Y Emérito le respondió: “Son hermanos y yo no se los podía impedir”. “Tendrías que habérselo impedido”, objetó el procónsul. Sin embargo, él le dijo: “No podía impedirselo, porque nosotros no podemos vivir sin celebrar la cena del Señor”. Y le dijo a quien lo interrogaba: “No podemos vivir sin el domingo”. Y al procónsul que insistía, otro le respondió: “¿Cómo un cristiano no podía existir sin

<sup>3</sup> JUSTINO, *Apología I*, 65, 66, 67.

celebrar la asamblea dominical o que la asamblea dominical no se podía celebrar sin un cristiano! O ¿no sabes que ser cristiano es una sola cosa con la asamblea dominical y que la asamblea dominical es una sola cosa con el cristiano, al punto que uno no puede estar sin el otro?»<sup>4</sup>

Sin duda, es raro encontrar esta consciencia en nuestras comunidades cristianas contemporáneas. Y no solo por causa de la secularización que las debilitó. El Cardenal Ratzinger comenta que el testimonio dado por los mártires en este texto, «no es una forzada obediencia a una prescripción eclesial vivida como un precepto exterior, al contrario es expresión de un deber interior y a la vez de una deliberación personal».<sup>5</sup> Siempre significó una grave preocupación para la Iglesia que los cristianos participasen de la Misa dominical. La obligación de santificar la fiesta, bajo la pena de pecado mortal, expresa esta grave preocupación. La Iglesia, madre buena y premurosa, sabe bien que es imposible vivir sin la Misa del domingo. Y porque algunos comenzaron a omitirla, se vió en la necesidad de imponerla. Resumiendo, la obligación suplía la irresponsabilidad de los hijos. Y esto sucede con bastante frecuencia. No me extendo en la descripción de cómo la Iglesia siempre insistió sobre la necesidad de la participación en la celebración eucarística dominical. Entre los apócrifos de la primitiva Iglesia, se encuentra una *Carta sobre el domingo* que se presenta como un escrito enviado del cielo por el mismo Jesús. Es un texto del siglo V, con el cual si intentaba sacudir la indolencia de los cristianos respecto al domingo. Y es Jesús mismo que comienza a hablar diciendo que: “el primer día” – que llegó a ser justamente el domingo – Dios creó el cielo y la tierra, Abraham acogió a los tres ángeles, Moisés recibió la ley, el ángel visitó a María, Juan bautizó a Jesús y el juicio universal llegará en domingo. Sigue después con un lenguaje

<sup>4</sup> *Acta sanctorum Saturnini, Dativi et aliorum plurimorum martyrum in Africa, X-XII (PL 8, 710B- 712A) (Tdt).*

<sup>5</sup> J. RATZINGER, in *Communio*, 129 (1993) 44 (Tdt).

apocalíptico para exhortar a quien no participa en la asamblea litúrgica. Leo solamente un pequeño pasaje en el que se vincula la liturgia a la atención de los pobres. El autor usa el género literario de los “¡hay de!”:

«¡Hay de aquel hombre que insulta y deshonra al sacerdote: porque no insulta al sacerdote, sino a la Iglesia de Dios! [...] ¡Hay de aquellos que conversan durante la santa liturgia y molestan al sacerdote que está rezando por los pecados de ellos! ¡Hay de aquellos que no creen en las Sagradas Escrituras! [...] ¡Hay de aquellos que privan a los obreros de su salario! [...] ¡Hay de aquellos que prestan su dinero a usura, serán juzgados con Judas! [...] ¡Hay del que ofrece dones en la Iglesia y está enemistado con su prójimo! ¡Hay del sacerdote que celebra la liturgia en estado de enemistad: en efecto, él no está solo a celebrar y elevar las cosas santas sino que también los ángeles celebrar la liturgia con él».<sup>6</sup>

No puedo dejar de recordar el empeño del Cardenal Cardjin – fundador de la *Jeunesse ouvrière chrétienne* – cuando, ante la invasión del trabajo, defendió valientemente el derecho de los obreros a dedicar a Dios el domingo. El prelado llega a hablar de una verdadera y propia “profanación”. Escribía:

«Se trata de rendir al pueblo una riqueza que perdió, un privilegio robado, un derecho violado. [...] La reconquista cristiana del domingo debe aparecer delante de todos como la condición esencial de la victoria sobre la violencia, el terror, la injusticia y la opresión, como la condición indispensable del respeto por la persona, la familia y la dignidad humana del trabajador».<sup>7</sup>

<sup>6</sup> H. DELEHAYE., *Notes sur la Lettre du Christ tombée du ciel*, in ID., *Mélanges d'hagiographie grecque et latine*, Bruxelles 1966, 155-159 (Tdt).

<sup>7</sup> P. DUPLOYÉ, *Le congrès de Lyon*, citado in *Le jour du Seigneur*, Paris 1948, 14 (Tdt).

Y, con su lenguaje fuerte y claro, agregaba:

«¡Sin el domingo cristiano, no existe respeto por el trabajador! ¡Sin el domingo cristiano, no existe respeto por la familia del trabajador! ¡Sin el domingo cristiano, no existe respeto por la dignidad humana del trabajador! ». <sup>8</sup>

Volvamos a nuestros días. El documento magisterial más específico sobre el domingo es la Carta Apostólica *Dies Domini* que Juan Pablo II promulgó en 1998. Esta no es una sede para exponer los contenidos de modo exhaustivo pero ya la articulación en cinco capítulos, permite vislumbrar la riqueza teológica, espiritual y pastoral del documento. El domingo es: *dies Domini, dies Christi, dies Ecclesiae, dies homini, dies dierum*. Quizá la cercanía de la celebración del Gran Jubileo del 2000, no permitió una profundización adecuada de este texto por parte de las comunidades cristianas. Y es por eso más que nunca oportuno que el Pontificio Concilio para los Laicos vuelva a poner atención sobre este aspecto decisivo en la vida cristiana. El mismo Papa lo reprende en la Carta *Novo millennio ineunte* y afirma que la Eucaristía es el corazón del domingo. Recogiendo la antigua tradición de la Iglesia, vuelve a proponer su actualidad en nuestro tiempo:

«Estamos entrando en un milenio que se prefigura caracterizado por un profundo entrecruzamiento de culturas y de religiones incluso en los países de antigua cristianización. En muchas religiones, los cristianos son, o están llegando a ser un “pequeño rebaño”. Esto los coloca delante al desafío de testimoniar con mayor fuerza, a menudo en soledad y con dificultades, los aspectos específicos de la propia identidad. Uno de estos deberes es la participación en la eucaristía de cada domingo». <sup>9</sup>

<sup>8</sup> J. CARDJIN, *Programme 1938-39. La conquête du Dimanche pour la Masse*, citado in *NPJ*, 6 (1939/6), 149 (Tdt).

<sup>9</sup> JUAN PABLO II, Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, n. 36.

El domingo sigue siendo el día de la Iglesia, el día de la identidad de los cristianos.

«Es necesario – decía el Papa – dar una particular relevancia a la Eucaristía dominical y al domingo mismo, percibido como un día especial de la fe, día del Señor resucitado y don del Espíritu Santo, verdadera Pascua de la semana».<sup>10</sup>

Y evidencia el ligamen profundo que une la Eucaristía a la Pascua: «En la asamblea dominical [...] el encuentro con el Resucitado se realiza mediante la participación en la doble mesa de la Palabra y del pan de vida».<sup>11</sup>

Es más que actual el antiguo texto de la *Didascalía de los Apóstoles* del siglo III dirigida al Obispo:

«[¡Oh Obispo!] cuando enseñes, ordena y persuade al pueblo para ser fiel a reunirse en asamblea, a no faltar jamás, a acudir siempre para no reducir la Iglesia y disminuir el Cuerpo de Cristo sustrayéndose a la asamblea. [...] Puesto que son miembros de Cristo, no se dispersen de la Iglesia no reuniéndose; en efecto, puesto que tienen en Cristo su Cabeza [...] no se descuiden y no lo priven al Salvador de sus miembros, no desgarran y no dispersen su cuerpo no participando en la asamblea: no antepongan a la palabra de Dios, las necesidades de la vida temporal; más bien el día domingo, dejando de lado toda otra cosa, apresúrense para ir a la Iglesia. En efecto, cuál sera la justificación que podrá presentarle a Dios, quien no va en este día a la asamblea para escuchar la palabra de la salvación y para nutrirse del alimento divino que dura eternamente».<sup>12</sup>

Para la gran mayoría de la gente de los países cristianos, el domingo desafortunadamente se volvió un compromiso con escaso

<sup>10</sup> *Ibid.*, n. 35.

<sup>11</sup> *Ibid.*, n. 39.

<sup>12</sup> *Didascalía degli Apostoli*, 11, 59, 1-3 (Tdt).

valor religioso. Es el week-end, el fin de semana. Sin embargo, sabemos que el mensaje del domingo va más allá de la coincidencia con el weed-end.

Pensemos por ejemplo, en las comunidades cristianas que viven en los países islámicos, donde la fiesta civil es el viernes; no por esta razón las comunidades renuncian a celebrar el domingo o desplazan las fiestas cristianas. Y yo considero que sería un peligroso abandono, si en las sociedades de occidente se acogiese la hipótesis de secundar el domingo en el caso que fuese difícil la celebración de la Eucaristía.

Juan Pablo II reafirma que el domingo, lejos de ser simplemente “el fin de semana”, revela a los cristianos y al mundo entero, el fin último de la historia: es decir, la unidad de todos los pueblos reunidos en torno al Señor. Es decir, la Misa del domingo abre un rayo de luz sobre aquel banquete del final de los tiempos que Jesús anunció: «Vendrán de oriente y occidente, del norte y del sur, y se pondrán a la mesa en el Reino de Dios» (*Lc 13, 29*). Resumiendo, el Día del Señor, colocado otra vez en el tiempo del nuevo siglo, vuelve a proponer el diseño salvador de Dios sobre la historia de los hombres.

## EL DOMINGO, EL OCTAVO DÍA

La sabiduría de Israel enseñaba: «No es Israel que salvó el sábado sino el sábado que salvó a Israel». Análogamente se podría decir de los cristianos respecto al domingo. Sin embargo, es necesario recordar que las motivaciones del sábado y aquellas del domingo son diversas. El sábado para los judíos es el día santificado en memoria de la obra de la creación y de la liberación de Israel de la esclavitud de Egipto. Y se caracteriza por el reposo absoluto, justamente, como hizo el Señor el séptimo día al terminar la creación. El domingo, en cambio, es el día en el cual se hace memoria de la resurrección de Jesús. Los primeros discípulos de Jesús, celebraban también el sábado. Solo sucesivamente lo dejaron para celebrar únicamente el día de la resurrección. No se trata de cristianizar el sábado, ni de transformar el domingo en sábado. Con

la celebración del domingo, los cristianos acogen la profunda transformación realizada por Cristo, el cual venció definitivamente la muerte “el primer día después del sábado”.

En aquel momento, la historia humana vio el acontecimiento central de la historia. El Señor liberó a los hombres y a las mujeres de la esclavitud del mal y de la muerte. La historia de aquel día cambió su curso. He aquí porque con la resurrección de Jesús, el tiempo no gira más alrededor de los hombres o en torno a nosotros mismos o a nuestro hacer; y menos aún está orientado por un destino sin rostro (¡sin embargo son innumerables los hombres y las mujeres que se abandonan en las manos del destino!). El domingo, con una fuerza mayor, pauta el tiempo de la historia, irrumpe en nuestros días y los dirige hacia Dios, hacia el día en el cual lo encontraremos “cara a cara”.

Desde esta perspectiva, algunos Padres de la Iglesia llamaron al domingo “octavo día”, deseando señalarlo justamente como la plenitud del tiempo. Basilio, el gran Obispo de Cesarea en el siglo IV, después de afirmar que el día consagrado a la resurrección «es de algún modo la imagen del futuro», corrobora que este día en cuanto octavo, significa «el día sin fin que no conocerá ni noche ni día siguiente, el siglo imperecedero que no envejecerá ni tendrá fin».<sup>13</sup> Tal denominación se funda en las páginas evangélicas que narran las apariciones de Jesús resucitado: «Ocho días después, estaban otra vez sus discípulos dentro [...] Se presentó Jesús en medio estando las puertas cerradas, y dijo: “La paz con vosotros”» (Jn 20, 26). El domingo es el “octavo día”, es decir el día de la resurrección, el comienzo de aquel «domingo sin ocaso, cuando la humanidad entera entrará en el reposo de Dios», como canta el prefacio del Misal Romano. Si podría decir: ¡si quieres tener una idea, pálida pero real de la eternidad, vive el domingo!

El tiempo no es solamente aquel que pauta las convenciones de la sociedad civil (el año solar, el año laboral, el año escolástico y así sucesivamente), sino aquel pautado por la obra de Dios, de la cual el do-

<sup>13</sup> BASILIO DI CESAREA, *Lo Spirito Santo*, 66.

mingo es justamente la revelación. El día del Señor ciertamente resalta la diversidad del tiempo religioso respecto al tiempo ordinario; no para enajenarlo sino para fermentarlo, para darle sentido, para salvarlo. Con el domingo, el Evangelio llama a los cristianos a salir de la mentalidad egocéntrica de este mundo para vivir un tiempo de libertad, de interioridad, de gratuidad, de comunión. Todo eso no está dado por hecho; es más, requiere una elección y una educación de nosotros mismos. En la vida febril y agitada de hoy, el domingo puede (*debe*) ser el tiempo del reposo en todas sus dimensiones interiores de oración, de ponerse a escuchar, de vivir la caridad y la comunión.

Las comunidades cristianas, incluso también las mismas ciudades en donde se encuentran, necesitan la Misa, como el cuerpo tiene necesidad del corazón. Se podría decir que también tienen necesidad de la Misa aquellos que de ella no participan en absoluto. Justamente como las otras partes del cuerpo tienen necesidad del corazón para vivir. La Misa dominical sigo siendo el corazón de la Iglesia y de la tierra que ella habita. A los creyentes, se les confía la responsabilidad de este corazón para que no se quede frío y sepa infundir el sentido de Dios a un mundo que se aleja de Él. La vida triste y a veces violenta de nuestras ciudades está ligada también a la ausencia o a la debilidad de las misas dominicales. Todos tienen necesidad del día de la resurrección, del día de la fiesta, del día de la amistad y del perdón, del día en el cual es posible ver las “primicias del Espíritu” y tocar con mano el inicio de la nueva creación. El apóstol Pablo habla de toda la creación que “gime hasta el presente y sufre dolores de parto” (*Rm* 8, 22). Pues bien, la liturgia eucarística dominical es lo que principalmente muestra al mundo la “presencia de Dios”, lo que principalmente le revela el “sentido de Dios” y en consecuencia, lo que con más vigor lo impulsa a ser una “tierra nueva”. Si nuestras comunidades celebrasen realmente la liturgia eucarística, todos, incluso aquellos que no creen, verían descender del cielo un pizca del “domingo sin ocaso”. La celebración litúrgica arrastra la tierra hacia el cielo. Al contrario, un domingo insignificante desvanece la alegría y muestra una Iglesia desganada y avara que no se vuelve fermento de vida nueva.

También es verdad que, no obstante los defectos, la liturgia eucarística dominical continúa su acción redentora del mundo, un poco como aquella semilla de la cual habla el Evangelio la cual, una vez que el patrón la echa en el campo, crece ya sea que nosotros veamos o durmamos (Mc 4, 26-27). Un autor ruso, Godol, quizá pensaba justamente en esto, cuando escribía sobre la celebración de la Eucaristía en su tierra: «si la sociedad no está todavía totalmente disgregada, si los hombres no nutren todavía un odio absoluto los unos por los otros, la secreta causa de esto es la celebración de la Eucaristía».<sup>14</sup>

## EL DÍA DE EMAÚS

Juan Pablo II escribe: «Quisiera por lo tanto insistir para que la *participación en la Eucaristía* sea verdaderamente, para cada bautizado, el *corazón del domingo*: un compromiso irrenunciable, vivido no solo para cumplir un precepto sino como necesidad de una vida cristiana verdaderamente consciente y coherente».<sup>15</sup> ¿Por qué la comunidad cristiana eligió el domingo para celebrar la Eucaristía y no el jueves que es el día memorial de la Última Cena? La respuesta es clara: porque la Eucaristía dominical celebra la muerte y la resurrección de Jesús. Y por lo tanto es el momento en el cual los cristianos viven el encuentro con Jesús resucitado. La Misa dominical es nuestro Emaús. Si leemos con atención el episodio que nos narra Luca, vemos que él describe las dos partes fundamentales de la Misa: la liturgia de la Palabra y la liturgia de la Cena.

Examinemos más atentamente el capítulo 24 del Evangelio de Luca. El evangelista en este capítulo narra el día de Pascua. Divide todo el relato en tres partes: en la primera parte, que se desarrolla en las primeras horas de la mañana, narra el encuentro de Jesús resucitado con las mujeres, mientras que en la tercera parte narra lo que sucede

<sup>14</sup> Citado in O. CLÉMENT, *Dialoghi con Atenagora*, Torino 1972, 336.

<sup>15</sup> JUAN PABLO II, Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, n. 36.

al anochecer, es decir el encuentro con los apóstoles en el cenáculo. En la segunda parte, que comprende casi todo el día (más de la gran parte de los versículos del capítulo), Lucas narra el largo encuentro del Resucitado con dos simples discípulos. Los dos, en efecto, son totalmente desconocidos (de uno no se sabe ni siquiera el nombre y el otro, de nombre Cleofás no aparece nunca en el Evangelio). ¿Por qué Lucas compuso de esta manera el capítulo que narra el día central para el cristianismo? ¿No hubiese sido más lógico mostrar el encuentro de Jesús con los máximos “responsables” de la comunidad, subrayando incluso claramente, las instrucciones fundamentales para el gobierno de la Iglesia? En cambio, es evidente, que el evangelista quiere darle un valor emblemático al episodio de los dos de Emaús. ¿Por qué? No creo que estamos lejos de la verdad si decimos que el evangelista, en aquellos dos, ve representados a todos los cristianos de todos los tiempos.

Los cristianos, de ayer y de hoy, encuentran al Resucitado del mismo modo que los dos discípulos de Emaús: es decir, escuchando las Escrituras y partiendo el pan, por lo tanto, celebrando la liturgia. Por eso, cada vez que se celebra la Misa, Jesús en persona vuelve en medio de los discípulos reunidos, habla con ellos, los escucha y parte el pan con ellos. Sí, en la Eucaristía dominical se verifica un Emaús. ¡Es para nosotros la Pascua, como lo fue para los dos discípulos! Nosotros también, como ellos, no comprendemos el misterio de este extranjero que se acerca y nos habla. ¡Cuántas veces la Misa nos resulta “extranjera”! Viene a encontrarnos pero nosotros no la comprendemos; a menudo ni siquiera la acogemos. Sin embargo, la Misa retorna de nuevo fielmente cada domingo. Vuelve aún cuando nosotros preferimos otras citas, pero si queremos encontrar al Resucitado está es la única vía. Frecuentémosla, vivámosla, hagámosla el momento central de nuestra vida. Y ¿por qué no? reflexionemos sobre ella y ¡por un largo tiempo! Esto es lo que deseamos incluso hacer a través de estas páginas. Espero que también nosotros sintamos que poco a poco arde nuestro corazón. Estoy convencido que, si llegamos a ver “partir el pan”, con ojos nuevos, también nosotros “gozaremos al ver al Señor”.

## LA EUCARISTÍA: EL CIELO DESCENDE SOBRE LA TIERRA

La Eucaristía del domingo es el encuentro con Jesús resucitado, es la experiencia de la Pascua, de la victoria definitiva del bien sobre el mal, de la vida sobre la muerte. ¡No puede existir en el mundo nada más grande! San Juan de Cronstadt, un santo ruso, tiene razón al decir que “la Eucaristía es un milagro permanente” delante del cual nunca se debe perder el estupor. La tradición de la Iglesia de Oriente, recuerda que la Eucaristía dominical es el “cielo” que desciende sobre la tierra y la transfigura sin conocer más la separación, porque la comunión es total. Y todos los creyentes en Cristo están llamados a entrar en esta comunión. La Eucaristía, por lo tanto, antes de ser celebrada por los hombres es un don de Dios para los hombres, un don que nos saca de la condición de la tristeza y de la muerte para introducirnos, ya desde ahora, en la luz y en la fiesta del paraíso. La Eucaristía del domingo lleva a los hombres al cielo, los hace “contemporáneos” de la Eucaristía celeste que los ángeles y los santos celebran inmersos en el corazón mismo de la Trinidad. La Eucaristía del domingo no es una de las acciones que realiza la Iglesia, es la Iglesia en su sentido más pleno, en su dimensión eterna. En la Eucaristía dominical, Jesús hace partícipes a los hombres y a las mujeres de su mismo misterio de vida y de eternidad.

Por lo tanto, todo en la Eucaristía dominical (palabras, gestos, lugar, cantos...) debe estar orientado a que se realice el encuentro con Cristo resucitado, todo debe manifestar la fiesta eterna que se celebra en el cielo. Aquellos que participan en la Misa, sacerdote y ministros, adultos y niños, ancianos y jóvenes, todos deben ser llevados, a través del “rito”, para vivir la fiesta de la comunión trinitaria. En tal sentido, la liturgia eucarística se coloca en un plano totalmente diverso del de una fría repetición de gestos exteriores, no puede ser un momento frío, ascético, abstracto, no es ni siquiera el momento de la instrucción, de la catequesis, de las moniciones o de las explicaciones. La liturgia, no es el lugar donde se explica sino donde se celebra el misterio de la pasión, muerte y resurrección del Señor. Es por eso que la Misa domini-

cal no es simplemente una “recarga”, es más bien “la cumbre y la fuente” de la vida cristiana, como dice el Vaticano II, la “cumbre” de la historia.

La liturgia eucarística está por lo tanto, muy lejos de ser el momento del protagonismo de los participantes o de los ministros que muestran sus propias habilidades. La Misa es Santa. Es de Dios. Es Él que nos acoge a su presencia cuando se entra en la celebración eucarística. Un gran Obispo oriental, el patriarca Atenágoras, se lamentaba de que en las celebraciones litúrgicas no sucede ni siquiera lo que acontece en los teatros cuando se asiste a representaciones que emocionan y alteran:

«Créame, la mayor parte de nuestros fieles [...] no advierten el estupor maravilloso del sobrenatural – pensemos en la exclamación de Pedro delante de Cristo transfigurado: “¡Señor es bello para nosotros estar aquí!” – ¡Ah de mí! En nuestras iglesias reinan frecuentemente un pietismo individual o actitudes rutinarias. [...] Sin embargo, el único drama del cual los otros no son más que reflejos, el drama de la vida, del sufrimiento, de la muerte, del amor más fuerte que la muerte se desarrolla justamente aquí, en la iglesia, cuando el Espíritu nos representa la Pascua de Nuestro Señor. Todo está allí, todo».<sup>16</sup>

Sin embargo, continúa el patriarca, los fieles y a menudo, también los sacerdotes, permanecen ajenos al drama de Jesús que se realiza delante de ellos. Y termina:

«La Eucaristía protege el mundo y ya lo ilumina secretamente. El hombre recupera su filiación perdida, extrae su propia vida en la de Cristo, el amigo fiel que parte con él, el pan de la necesidad y de la festividad. Y el pan es su cuerpo, y el vino es su sangre; y en esta unidad ya nada nos separa de nada y de ninguno».<sup>17</sup>

<sup>16</sup> O. CLÉMENT, *Dialoghi con Atenagora*, Torino 1972, 336 (Tdt).

<sup>17</sup> *Ibid.*

## LA EUCARISTÍA EDIFICA LA IGLESIA

El Vaticano II recuerda que Dios quiso salvar a los hombres no singularmente sino reuniéndolos en un pueblo. Y bien, la Eucaristía dominical es la principal “fábrica” en donde se construye el pueblo de Dios, es el momento más alto, en el cual, la gente dispersa se reúne para formar la única familia de Dios. Santo Tomás, con una bella expresión, dice que la Eucaristía es el sacramento “*quo ecclesia fabricatur*” justamente, la “fábrica” donde se fabrica la Iglesia, donde se edifica el “pueblo de Dios”. Es la Eucaristía que hace la Iglesia, y la “hace” con particular evidencia el día del Señor. Juan Pablo II, en la *Dies Domini* afirma que, entre las actividades parroquiales «ninguna es tan vital o formativa para la comunidad como la celebración dominical del día del Señor y de su Eucaristía». <sup>18</sup> Y el Papa expresa además: «Esta realidad de la vida eclesial tiene en la Eucaristía no sólo una fuerza expresiva especial, sino como su *fuerza*. La Eucaristía nutre y modela a la Iglesia. [...] En efecto, precisamente en la Misa dominical es donde los cristianos reviven de manera particularmente intensa la experiencia que tuvieron los apóstoles la tarde de Pascua, cuando el Resucitado se les manifestó estando reunidos». <sup>19</sup> En la *Novo millennio ineunte*, agrega: «La Eucaristía dominical, reuniendo semanalmente a los cristianos como familia de Dios alrededor de la mesa de la Palabra y del Pan de vida, es también el antídoto más natural para la dispersión. Ella es el lugar privilegiado donde la comunión es constantemente anunciada y cultivada. Justamente a través de la participación eucarística, *el día del Señor* se vuelve también *el día de la Iglesia*, que puede desarrollar así en modo eficaz su rol de sacramento de unidad». <sup>20</sup>

La Misa reúne a los diversos “yo” en un “nosotros” místico. Así recita la antigua plegaria eucarística della *Didaché*: «Así come este pan

<sup>18</sup> JUAN PABLO II, Carta apostólica *Dies Domini*, n. 35.

<sup>19</sup> *Ibid.*, nn. 32-33.

<sup>20</sup> JUAN PABLO II, Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, n. 36.

estaba primero diseminado en las colinas y recogido, se vuelve una sola cosa, así tu Iglesia se reúna desde los confines de la tierra en tu reino». <sup>21</sup> La liturgia eucarística dominical crea la comunión entre los que son distintos, “construye” la comunidad cristiana, la parroquia, la diócesis. Y la edifica, no como un gueto, como un grupo de personas cerrado en sí mismas, sino como imagen de la Trinidad, comunión plena de amor que no conoce confines. En este sentido, una comunidad cristiana no puede ser sino que una comunidad eucarística. Es por eso que, la elección de hacer de la Misa del domingo el momento central de la vida de la comunidad cristiana, es sumamente oportuno también desde el punto de vista pastoral. Por supuesto, sabemos que la Misa del domingo no agota la riqueza de la liturgia de la Iglesia (es suficiente pensar en las celebraciones de los diversos sacramentos y en la Liturgia de las horas), ni la multiplicidad de las otras formas de oración. Sin embargo, sin duda la liturgia eucarística del domingo cualifica en modo particular la vida de la comunidad cristiana, hasta poder decir que se comprende la cualidad evangélica de una comunidad, de cómo vive la liturgia eucarística del domingo.

Es necesario por lo tanto, que toda la asamblea se haga sierva de la presencia del Señor en la liturgia, abandonando los rasgos de la ritualidad fría, recuperando toda la riqueza y la fuerza del lenguaje litúrgico a través de los cantos, los gestos, el incienso, la proclamación de la Palabra de Dios y el calor humano de todos. La liturgia eucarística es el corazón del domingo porque es el momento privilegiado para construir la “familia de Dios”: vence el egoísmo y la dispersión que tantas veces marcan a nuestras comunidades y entristecen la entera sociedad. Es por eso que la Misa dominical salva de la banalidad, emancipa de una mentalidad consumista, preserva de la obsesión de los ritmos de una vida agitada, libera de la esclavitud del trabajo y restituye a la ciudad la belleza de la fiesta común y la frescura de la gratuidad. La liturgia eucarística del domingo es también un gran acto de amor que los creyentes hacen por el mundo.

<sup>21</sup> DIDACHÉ, IX, 4, in *Padri Apostolici*, Roma 1989, 35.

## LA EUCARISTÍA DEL DOMINGO Y EL “CULTO ESPIRITUAL” DE LA SEMANA

La Eucaristía hace la Iglesia. Y la Iglesia se vuelve ella misma Eucaristía: pan “partido” y sangre “derramada” para la salvación del mundo; por lo tanto, la Misa no es nunca un acto litúrgico individual y ni siquiera un acto comunitario que permanece encerrado donde se celebra. La comunidad que celebra la Eucaristía dominical, por pequeña y pobre que sea, se transforma en cuerpo de Cristo y por lo tanto vive con las dimensiones de Cristo. Está es la razón por la que la Misa abre de par en par las puertas de mundo a la comunidad cristiana. A lo largo del siglo pasado, muchas veces se subrayó la dimensión misionera de la Misa dominical. Frente al proceso de secularización que alejaba siempre la sociedad de Dios, los espíritus más atentos trataron de volver a proponer el primado de la Misa dominical. A menudo, era simplemente considerada una práctica de piedad personal y un precepto de satisfacer de la forma más rápida posible. Y quizás, la negligencia y el descuido con los cuales era celebrada, junto a la dificultad de la comprensión, ya que se celebraba en latín, alejaron a mucha gente de la Iglesia. Aquellos que comenzaron la renovación litúrgica pensaban que la Misa dominical, volviendo a proponer la centralidad de la Palabra de Dios y la Eucaristía, fuese el modo más adecuado para evitar el alejamiento de los fieles y para atraer a aquellos que habían abandonado la Iglesia.

No dudamos de que se debe redescubrir la dimensión misionera de la Misa del domingo. Ella puede representar aquello que experimentaron los dos discípulos del Bautista cuando encontraron a Jesús. Cuenta el evangelista Juan que los dos discípulos, después de haber sentido hablar al Bautista de Jesús, lo siguieron. Y cuando Jesús se volvió hacia ellos y les preguntó qué buscaban, ellos le dijeron: “¿Dónde vives” y Jesús les respondió: “Venid y lo veréis” (*Jn* 1, 39). Nuestras comunidades cristianas podrían (quizás realmente), responder a quien se encuentra lejano y a quien a pesar de no creer busca un sentido para su propia vida: “¡Ven el próximo domingo a la celebración eucarística y verás!”. Es un desafío que no se puede esquivar.

Los Obispos italianos, en el documento que señala las líneas pastorales para este decenio, escriben:

«La celebración eucarística dominical, en cual Cristo que murió por todos y llegó a ser el Señor de toda la humanidad, es el centro, deberá estar orientada a hacer crecer a los fieles, mediante la Palabra que escuchan y la comunión del Cuerpo de Cristo, de modo que después puedan salir de los muros de la iglesia con un ánimo apostólico abierto a poder compartir y dispuestos a dar razones de la esperanza que mora en los creyentes. Así, la celebración eucarística será un lugar verdaderamente significativo para la educación misionera de la comunidad cristiana».<sup>22</sup>

El texto prosigue subrayando la importancia que tiene para muchos fieles la participación cotidiana en la celebración eucarística y en el culto eucarístico – en particular en la adoración eucarística – que dan continuidad en el camino del crecimiento espiritual. Es bueno que nuestras comunidades cristianas pongan particular atención a esta dimensión litúrgica que entra en la vida cotidiana. No me detengo aquí a tratar explícitamente el tema de la Misa cotidiana que, para muchos laicos es un alimento tan significativo.

La dimensión misionera implícita en la Misa dominical forma parte de una espiritualidad eucarística. En efecto, la comunidad cristiana, celebrando la Eucaristía se une a Jesús que va a morir por todos, que toma sobre sí las alegrías, las esperanzas y los dolores del mundo entero. Es por eso que la comunidad cristiana, como todo singular creyente, no puede permanecer satisfecha en su propio reunirse, olvidándose de los hermanos y del mundo. El “sacrificio” del domingo, si es eucarístico, no puede no continuarse todos los días. El apóstol Pablo exhortaba de este modo a los cristianos de Roma: «Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, a que ofrezcáis vuestros cuerpos como una víctima viva, santa, agradable a Dios: tal será vuestro culto espiritual» (*Rm* 12, 1). La participación en la Eucaristía es inseparable de este “culto espiritual” del cual habla el apóstol.

<sup>22</sup> CONFERENCIA EPISCOPAL ITALIANA, *Comunicare il Vangelo in un mondo che cambia*, n. 48 (Tdt).

San Juan Crisóstomo escribía: “El altar se encuentra en cualquier parte, en cada ángulo de la calle, en cada plaza”, vinculando justamente la Misa del domingo a la vida de cada día. Tal vínculo nace de un motivo profundo: quien participa en la Misa se transforma en el Cuerpo mismo de Jesús. La consecuencia es que el creyente debe vivir y actuar como Jesús vivía y actuaba: allí donde hay tinieblas, los creyentes deben ser luz; allí donde hay sufrimiento deben tener compasión; allí donde hay tristeza y angustia, deben llevar consolación y esperanza. En la liturgia eucarística dominical, se manifiesta la cualidad del amor de Dios: un amor absolutamente exagerado que excede todo razonamiento. El apóstol San Pablo escribe: «...apenas habrá quien muera por un justo [...] más la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros» (*Rm* 5, 7-8). Este tipo de amor es donado a los creyentes en la liturgia eucarística. Es el amor mismo de Dios que no se puede comparar con el amor de los hombres. El amor de Dios hace “salir de sí”, como hizo “salir fuera de sí” a Dios mismo que, “tanto amó a los hombres como para dar a su Hijo único” (cfr. *Jn* 3, 16).

#### LA EUCARISTÍA, “PRIMERA OBRA” DE LA IGLESIA

Un escritor ruso, Soloviev, afirmaba que «la fe sin las obras está muerta y la oración es la primera de las obras». Se puede afirmar que la liturgia eucarística del domingo es la primer obra de la Iglesia, la primera obra de la comunidad cristiana. Por lo demás, la Eucaristía del domingo es el don más grande que el Señor hizo y continúa haciendo a su Iglesia, es el testamento que Jesús dejó a los discípulos antes de subir al Padre. Él, cada domingo, continúa dejándolo en manos de su Iglesia: “¡haced esto en memoria mía!”. Se debe celebrar para la salvación de los creyentes y del mundo entero. En este sentido, la Eucaristía no es una obra nuestra: es siempre un don, un don “para ustedes y para todos” como Jesús mismo lo dice y el sacerdote que celebra lo repite.

De la Eucaristía del domingo debe surgir toda la vida pastoral de las comunidades cristianas. En efecto, de ella brota el ser y el actuar. En

la Eucaristía, la comunidad es modelada como “Cuerpo de Cristo”, superando todo individualismo y toda división. Aquí está el milagro de la Eucaristía dominical: genera hombres nuevos y mujeres nuevas que actúan en una forma nueva, con una pasión nueva por la vida, con una nueva energía de amor, con una nueva fuerza de unidad. Es por eso que las Eucaristías dominicales, mientras son un gran don para los creyentes, llegan a ser también un gran acto de amor para el mundo: los cristianos, hombres y mujeres, regenerados por el amor de Dios, se convierten en un signo visible de su presencia entre los hombres.

¿Cómo no recordar el ejemplo de Mons. Óscar Arnulfo Romero, Arzobispo de San Salvador, que fue asesinado justamente mientras estaba celebrando la Misa? Un testigo que estaba presente en el momento del asesinato dice: “Era el 24 de marzo de 1980 y Monseñor estaba celebrando la Eucaristía en la Capilla del Hospital de la Divina Providencia. Eran alrededor de las seis de la tarde. Un bala de explosión diferida, le perforó el corazón mientras estaba comenzando el ofertorio. Yo estaba presente en la Capilla en el momento del asesinato; estaba aproximadamente a cuatro metros de distancia del altar. Mientras Monseñor estaba abriendo el corporal para iniciar el ofertorio se sintió el disparo. Con el corazón herido, instintivamente él se aferró al altar, derramándose encima todas las hostias. Se cayó por lo tanto a los pies del crucifijo en un pozo de sangre. Yo interpreté este hecho como si Dios le dijese en aquel momento: Óscar, ahora eres tú la víctima”. Una vez más, se actualizaban en aquel momento las palabras de Jesús: «El buen pastor ofrece su vida por las ovejas». Romero la ofreció, justamente en el ofertorio. Con todo, Romero no era un héroe, como no lo eran los discípulos. Él también tenía miedo de morir y muchas veces lo había manifestado. Sin embargo – y aquí está la fuerza de su testimonio – él amaba el pueblo que el Señor le había confiado más que su misma vida. Junto a Romero debemos recordar a los numerosísimos mártires del siglo, lo cuales, en los campos de concentración, en los gulag, en medio de los tormentos, encontraron su fuerza y apoyo justamente en la Eucaristía.

Podemos decir que María es la imagen del misterio eucarístico. Por un designio admirable de Dios, antes de ser transformada en “Cuerpo de

Cristo”, fue ella que dio su cuerpo a Jesús, que llegó a ser, en cierto modo, carne de María. Y nunca más, Jesús y María, se separaron: ni en Belén, ni en Egipto, ni durante la vida en Nazaret, ni durante la vida pública, ni bajo la cruz, ni siquiera hoy en el cielo. Jesús y María, están unidos en la resurrección de la carne. Ella, por lo tanto, primera entre todos los creyentes, la primera que se dio toda ella misma a Dios, está hoy delante de nuestros ojos para que también nosotros podamos dar toda nuestra vida, todo nuestro cuerpo al Señor. Sí, en cierto modo, Jesús tiene todavía hoy necesidad de nuestra “carne”, como tuvo necesidad del cuerpo de María. La liturgia eucarística dominical es el “modo mariano” más evidente para vivir nuestra relación con Jesús y para mostrar al mundo la belleza y la fuerza de formar parte del “Cuerpo de Cristo”.



## El día del Señor: la asamblea eucarística, corazón del domingo

ANOUK MEYER

### PREMISA

**H**oy en día, a menudo oímos: «Soy católico, soy creyente pero no practicante». Esta afirmación, ¿no indica una verdadera falta de comprensión de lo que significa la vida de fe? Posee un defecto de lógica. Ante esa afirmación surge una pregunta: «¿Alguna vez, conocieron un fumador no practicante? ¿Alguna vez, conocieron un jugador de futbol no practicante? es decir, un jugador que nunca jugó al futbol sino que solo lo observó ¿Se dejarían curar por un médico que no-cura? ¿Defender por un abogado que no-defiende?». Y podría continuar. ¿Dónde está el error?

Vive en París, se laureó en Lengua Inglesa en la Sorbona. Es madre de siete hijos y, desde 1981, miembro del Consejo Pontificio para la Familia junto con su marido Jean Marie.

El error se encuentra simplemente en el hecho de reducir la fe a una práctica, mientras que la fe es vida. Y si se vive, también se practica. Si puse este ejemplo, que puede parecer un poco simple es porque a menudo, practicar la fe sugiere mentalmente: ¡ir a Misa el domingo!

Entonces, para el cristiano ir a Misa el domingo es todo menos una opción. No es algo accesorio, es simplemente vital. He aquí porqué es necesario que una familia cristiana organice el domingo en función de la Misa y que vaya a la Misa con alegría. Ahora, intentaré compartir con ustedes una reflexión sobre este tema.

## LA ASAMBLEA DOMINICAL ES UN TIEMPO QUE SE DONA A DIOS

La asamblea dominical, corazón de domingo, es el “órgano” que permite al corazón de la familia, batir al ritmo del corazón de Dios.

Hace dos años, Monseñor Léonard nos dijo que cuando los esposos reciben la comunión eucarística sus corazones batan al ritmo del corazón de Dios. Ésta es la vida de fe, es una realidad, es una verdad y los esposos cristianos no pueden ni deben privarse de ella. Si ellos vivieron la experiencia de este corazón a corazón con Dios, tendrán el deseo de transmitirlo a sus propios hijos, serán conscientes de la importancia de ir cada domingo a la cita que el Señor les fijó. Así, en el sucederse de los días, en el corazón de la familia, se encontrará un lugar para el corazón de Dios.

La asamblea dominical es esencial porque permite que la familia le vuelva a dar al tiempo su verdadero valor.

En efecto, me parece que una de las primeras dificultades que se encuentra es la *cuestión del tiempo*. En nuestra sociedad, frenética, es difícil poder dar el propio tiempo y a menudo nos preguntamos qué sentido tiene invertir nuestro tiempo en una actividad que no rinde. Según lo que nosotros pensamos, nos esforzamos utilizando nuestro tiempo en algo que no nos da resultados inmediatos. Y sin embargo, ¿quién de nosotros no perdió frecuentemente tiempo en cosas inútiles? El domingo, día de descanso respecto a los otros días de la semana, es un día en el cual tenemos tiempo para hacer lo que queremos. Este día, nos permite volver a descubrir en familia que el tiempo que tenemos no es solamente tiempo libre, sino que puede ser tiempo donado y donado gratuitamente.

El tiempo que nosotros le damos a Dios cuando vamos a Misa, es tiempo ganado. Desarrolla nuestro ser más profundo y se descubre que el *ser* es más importante que el *tener*. ¡Volvemos con más riqueza en nuestro corazón si vamos a Misa que si vamos al supermercado! El tiempo dado a Jesús, no es nunca tiempo perdido. En el fondo, le damos una hora a la semana cuando Dios nos donó la totalidad del tiempo.

El tiempo de la asamblea eucarística es un tiempo muy particular.

Es simultáneamente el tiempo de cada uno y el tiempo de la comunidad. En la Misa, nos encontramos juntos en familia, con otras familias, delante de Jesús. Empleamos tiempo para encontrarnos con Dios que es el dueño del tiempo, para responder a su cita semanal. No “cumplimos” con la Misa para después decir: nos hemos liberado, sino que vamos a Misa con gozo y puntualidad y les puedo garantizar que para hacer esto, ¡se necesita entrenamiento! Es claro que no todos en la familia viven al mismo ritmo y a veces, uno u otro se resiste; es normal. Sin embargo, no es normal renunciar. Quizá es necesario hablar, analizar juntos el porqué y tratar de hacer comprender que el bien de cada uno se encuentra en esta cita dominical.

En fin, el tiempo que le damos a Dios, nos empuja a difundir a nuestro alrededor lo que recibimos. La familia cristiana no va a Misa como si fuese a un espectáculo cinematográfico. Cada uno, en familia, descubrirá de domingo en domingo lo que Dios quiere para él, según su propia posibilidad. El Santo Padre nos dice que cada vez que participamos de la Eucaristía descubrimos «el sentido profundo de nuestra acción en el mundo a favor del desarrollo y de la paz, y recibimos de El la energía para empeñarnos en esta misión cada vez con más generosidad (cfr. *Sollicitudo rei socialis*, 48). Construimos así una nueva civilización: *la civilización del amor*».<sup>1</sup>

Pongamos un ejemplo: uno de nuestros niños descubrió a los siete años que existe una lógica del amor; no se puede hacer todo y el contrario. Saliendo de la Misa estaba pensativo y perplejo. Después terminó por decirle a su padre: «Papá, tengo un problema: deseo dos cosas; quisiera llegar a ser sacerdote y también cowboy, pero si entendí bien ¡cuándo celebre la Misa tendré que deponer las armas! ».

Otro hijo decidió ir a visitar a una persona anciana, otro realizar un servicio, otra familia descubrió que puede adoptar a distancia un niño del tercer mundo, etc...

<sup>1</sup> JUAN PABLO II, *Omelia al Congresso eucaristico*, Lima, 15 maggio 1988, “La traccia” I (1988), 601/V.

Resumiendo, por lo tanto digo que, el tiempo donado a Dios el domingo, es un tiempo que enriquece el corazón, enriquece la familia y la ayuda a abrirse a los otros.

## CÓMO ENTRAR EN EL MISTERIO

Nuestro mayor anhelo es que nuestros hijos descubran la importancia de la Misa dominical, cuando alrededor de ellos son pocos los amigos que viven esta experiencia. En muchas familias, el domingo es el día de descanso, por lo tanto de la mañana tranquila. Esto se entiende pero nosotros queremos darle algo más a nuestros hijos. Y sabemos que nuestra familia podrá vivir cristianamente si va a Misa el domingo, porque es el momento en el cual la entera familia va a reconfortarse y agradecer a Dios por lo que es y lo que vive.

He aquí que ésta es la dificultad: ¡la Misa es un misterio!

Somos pequeñísimos delante de este misterio. También los discípulos que vivieron con Jesús, que vieron la multiplicación de los panes y la tempestad que calmó, encontraron dificultad para creer y muchos se fueron. Entonces ¿tenemos que desalentarnos? ¡Nada de eso! El desafío es inmenso pero mientras tratamos de enseñar a nuestros niños cómo entrar en el misterio de la Misa, tengamos presente que no somos sino instrumentos y que debemos tener confianza en Dios. Nosotros sembramos, Dios actúa, recoge.

## LAS DOS PUERTAS

Siempre digo que, para entrar en el misterio de la Eucaristía hay que abrir dos puertas. La primera es la oración. Entrar en la oración significa abrir una puerta y entrar en diálogo con Dios; entonces, Dios abrirá la puerta de nuestro corazón y vendrá a nosotros. Antes de abrir la puerta de la iglesia, el niño aprende a rezar en la casa, familiarizándose así con Jesús. Podemos poner muchos ejemplos de cómo la ora-

ción en familia ha influido en toda una vida. El Papa Juan Pablo II nos reveló en uno de sus libros cómo el ejemplo de su padre en oración fue para él una escuela de oración. Nuestros hijos deben aprender ya en casa a frecuentar a Jesús en su corazón. Cuando Zaqueo trata de ver a Jesús, la respuesta de Jesús es increíble: ¡hoy iré a tu casa! (cfr. *Lc 19, 5*). Aprender a rezar significa hablar con Dios y dejar que Dios nos hable.

La segunda puerta es la del perdón. En el Sacramento de la Reconciliación, nosotros abrimos nuestro corazón a la misericordia de Dios. Y Dios, perdonándonos, abre nuestro corazón y nos conduce más allá de nuestra miseria.

La oración y el perdón son por lo tanto las dos “puertas” que es necesario aprender a abrir. Son puertas que se abren si nosotros no somos reticentes, puertas con “acceso libre y gratuito” que es necesario aprender a empujar y sobre todo, es necesario no tener miedo de empujar.

Nuestros hijos pueden aprender desde la más tierna edad a rezar, y muy pronto a perdonar. Después, cuando lleguen a la edad de la razón, podrán recibir el sacramento del perdón. Ellos sabrán por experiencia que Dios ya está presente en sus vidas y estarán preparados para recibir con alegría la Eucaristía, pues tendrán el deseo.

Generalmente no pensamos en la profundidad de la vida de fe de un niño. Una niña que se preparaba para recibir la Primera Comunión estaba muy excitada y no lograba estar quieta. ¿Por qué estás tan contenta?, le preguntó la mamá. ¡Mamá, mañana Jesús vendrá a mi corazón! La niña fue a acostarse pero no podía dormir, se levantó, fue a ver a su madre y le preguntó: ¿crees que Jesús está así, tan impaciente como yo? He aquí, una verdadera experiencia de amor.

Por lo tanto, la primer preparación y también la mejor es simplemente la oración personal y la oración familiar. Así, Cristo se vuelve parte de nuestra vida familiar. Le rezamos, le ofrecemos la jornada, le agradecemos por sus beneficios, decimos un *Bendice*, cubrimos el día de agradecimientos, etc. Le pedimos perdón por nuestras faltas y cuando tenemos que realizar alguna elección acudimos a Él. Él es nuestro amigo en todo momento. Sobre todo, no lo dejaremos a parte cuando molesta. Se vuelve por lo tanto natural ir a encontrarlo.

La Misa del domingo, de esta manera, no será más una especie de ritual obligatorio, sino un encuentro que se continúa a vivir durante la semana. Si la práctica dominical no se alimenta con una vida de oración en el curso de la semana, se vuelve rápidamente como una visita a un pariente lejano, una visita a un extraño al cual se le rinde homenaje.

#### CUESTIONES PEDAGÓGICAS

Como ustedes saben, la responsabilidad de los padres en la transmisión del sentido del precepto dominical a los hijos es muy seria. El modo en el cual ellos mismos lo viven, influenciará a los hijos y por lo tanto a toda la familia. La gran puesta en juego es transmitir el “gusto” por la Misa a los hijos y por lo tanto, antes de todo: no disgustarlos. Transmitir el gusto es ya explicar; después será necesario hacer comprender al niño que se debe preparar para un gran acontecimiento, encontrar a Jesús y que hasta que no haga su Primera Comunión no está obligado a ir a Misa todos los domingos pero que más tarde eso será necesario. Cuando mis hijos eran pequeños, me encontré en la situación de tener que decirle a uno o a otro que su actitud en la Misa manifestaba que todavía no estaba preparado para ir y que debería esperar algún domingo antes de volver a la Misa. Así, poco a poco, trataban de hacer algunos esfuerzos para venir con nosotros.

En otras circunstancias, los padres decidirán ir a Misa en diversos momentos más bien que volver nerviosos de la celebración porque los niños estuvieron insoportables.

Cuando están en la Misa junto con sus niños es bueno que los padres los ayuden a seguir la celebración, ya sea por medio de algún material o explicándoles con mucha simplicidad lo que se realiza durante el rito.

Se les puede ayudar delicadamente en sus agradecimientos. También puede suceder que los padres se beneficien con sus hijos como le sucedió a un papá que después de la comunión, le preguntó a su niño de ocho años: ¿Has rezado por tu amigo que está muy enfermo? ¿Has

rezado por tu mamá? Sí papá, ya lo hice... pero ahora sólo digo las oraciones. ¡Jesús encuentra la intenciones solo!

Los muchachitos tienen la maravillosa oportunidad de ayudar en la Misa. Allí se sienten vecinísimos al misterio.

Los padres, de todas maneras, son creativos y podrán encontrar muchos otros modos para rendir la presencia de sus niños en la Misa más accesible. No quiero enumerar en este momento las múltiples dificultades que se pueden presentar pero puedo decirles por experiencia, que a veces es muy difícil ser pedagogos con nuestros propios hijos y no siempre es fácil comprender si conviene insistir o no. Sobre este tema quiero hacerles una confidencia: hace algunos años, nuestra familia tuvo la alegría de asistir algunos días seguidos a la Misa privada del Santo Padre. ¡Imagínense la fiesta! Despertarse todos a las seis, grandes preparativos y tanta emoción. Nuestra hija más pequeña de cinco años, estaba realmente cansada. Después de la primera Misa, abrazó impulsivamente al Papa y le dijo con todo el corazón: te quiero mucho. Se portó muy bien durante la liturgia pero al final de la segunda Misa me confió: «Sabes mamá, quiero mucho a Jesús, quiero mucho al Papa pero ¡la Misa siempre es la misma: en pie, sentados, de rodillas, acostados!». ¡Me dijo “acostados” porque estaba tan cansada que se tendía sobre mis rodillas, chupándose a veces los dedos! Y sí, es arduo levantarse a las seis... y para ella era algo verdaderamente difícil. Entonces mi marido y yo decidimos no llevarla al día siguiente. Podrán imaginarse nuestro desagrado pero no queríamos forzarla.

Después, antes de volver a París, nos dijo que quería volver a ver al Papá por última vez y por lo tanto que iría a Misa con nosotros. Y allí, sucedió algo que no olvidaré jamás. El Santo Padre volviendo a la capilla se acercó a ella, la abrazó y le dijo con gran afecto mientras la tenía en sus brazos: «No te vi ayer, ¿dónde estabas?». No me olvidaré jamás de este acontecimiento por dos razones: la primera es que como tenemos siete niños, jamás imaginé por un solo instante que el Santo Padre notase la ovejita que faltaba; la segunda razón es que yo creo que la pregunta que le hizo a la niña es aquella que Dios nos hace el domingo de modo particular: ¿Dónde estás? y si no fuimos a Misa nos dice: ¿Dónde estabas?

El Señor es paciente, espera y con dulzura nos hace comprender que Él es un mendigo de nuestro amor. He aquí, lo que tenemos que tratar de transmitir a nuestros hijos: Dios nos busca y también nosotros tenemos que buscarlo para encontrarlo. Ante la pregunta de Dios: ¿Dónde estás? ¿estás en tu mundo o estás conmigo?; es necesario que cada uno responda: Señor, estoy aquí, delante de tu sacrificio; te confío mi vida; Señor, gracias por todo lo que me donas, simplemente gracias con todo mi ser; Señor, quiero hacer tu voluntad y para cumplirla mejor, vengo a tu cita cada semana.

Lo oyeron ya al principio, para ir a la Misa dominical es necesario un cierto entrenamiento familiar; es verdad, pero no somos los dueños de la respuesta que darán nuestros hijos, un vez que crezcan. Sin embargo, es cierto que los padres se alegran cuando los hijos deciden ir a la Misa por propia iniciativa.

## CONCLUSIÓN

Podemos tratar de hacer comprender a nuestros hijos que todos somos como Zaqueo, somos muy pequeños pero contrariamente a cuanto le sucedió a él, no es una multitud de personas que nos impide ver a Jesús sino una multitud de actividades, de pensamientos que nos parecen más atractivos y por eso Jesús nos dice de nuevo: «¿Dónde estás?». Y, como Zaqueo, tenemos que subir a un árbol o más bien elevarnos por encima de nuestras diversiones y preocupaciones para intentar ver a Jesús. Ahora, para verlo, Él nos da una cita en la Misa. Es más fácil que subir sobre un sicomoro! Y nosotros ya sabemos que si vamos a encontrar a Jesús-Eucaristía, Jesús vendrá y nos dirá: «¡Hoy iré a tu casa! ».

# ÍNDICE

Prólogo, <i>Card. James Francis Stafford</i> . . . . .	5
Discurso de Su Santidad Juan Pablo II a los participantes de la asamblea plenaria recibidos en audiencia el sábado 23 de noviembre de 2002 . . . . .	9
Los sacramentos de la iniciación cristiana hoy: un desafío pastoral, <i>Card. James Francis Stafford</i> . . . . .	13
La Eucaristía: plenitud de la iniciación cristiana, <i>P. Arturo Elberti, S.I.</i> . . . . .	23
El misterio de Cristo en el sacramento de la Eucaristía: sacramento, comunión y presencia, <i>Mons. Francesco Pio Tamburrino, O.S.B.</i> . . . . .	53
La Eucaristía: fuente y cumbre de la vida de los fieles laicos, <i>Matteo Calisi</i> . . . . .	65
El día del Señor: la asamblea eucarística, corazón del domingo:	
I. <i>Mons. Vincenzo Paglia</i> . . . . .	85
II. <i>Anouk Meyer</i> . . . . .	107



Los volúmenes de la colección LAICOS HOY y de la colección JÓVENES, los DOCUMENTOS y el NOTICARIO publicados por el Consejo Pontificio para los Laicos se pueden recibir enviando una cuota anual de Euros 31,00 (o el equivalente en dolares US).

El pedido se puede hacer directamente en nuestras oficinas o a través de un cheque bancario a nombre del Consejo Pontificio para los Laicos.

Las publicaciones se editan en español, francés, inglés e italiano.

CONSEJO PONTIFICIO PARA LOS LAICOS

Oficinas: Piazza San Calisto, 16 (Trastevere) - Roma

Tel. 06.698.87322 - Fax 06.698.87214

Dirección postal: Palazzo San Calisto

00120 Ciudad del Vaticano

E-mail: [pcpl@laity.va](mailto:pcpl@laity.va)

TIPOGRAFÍA VATICANA



